



SB-5

7-22

7242



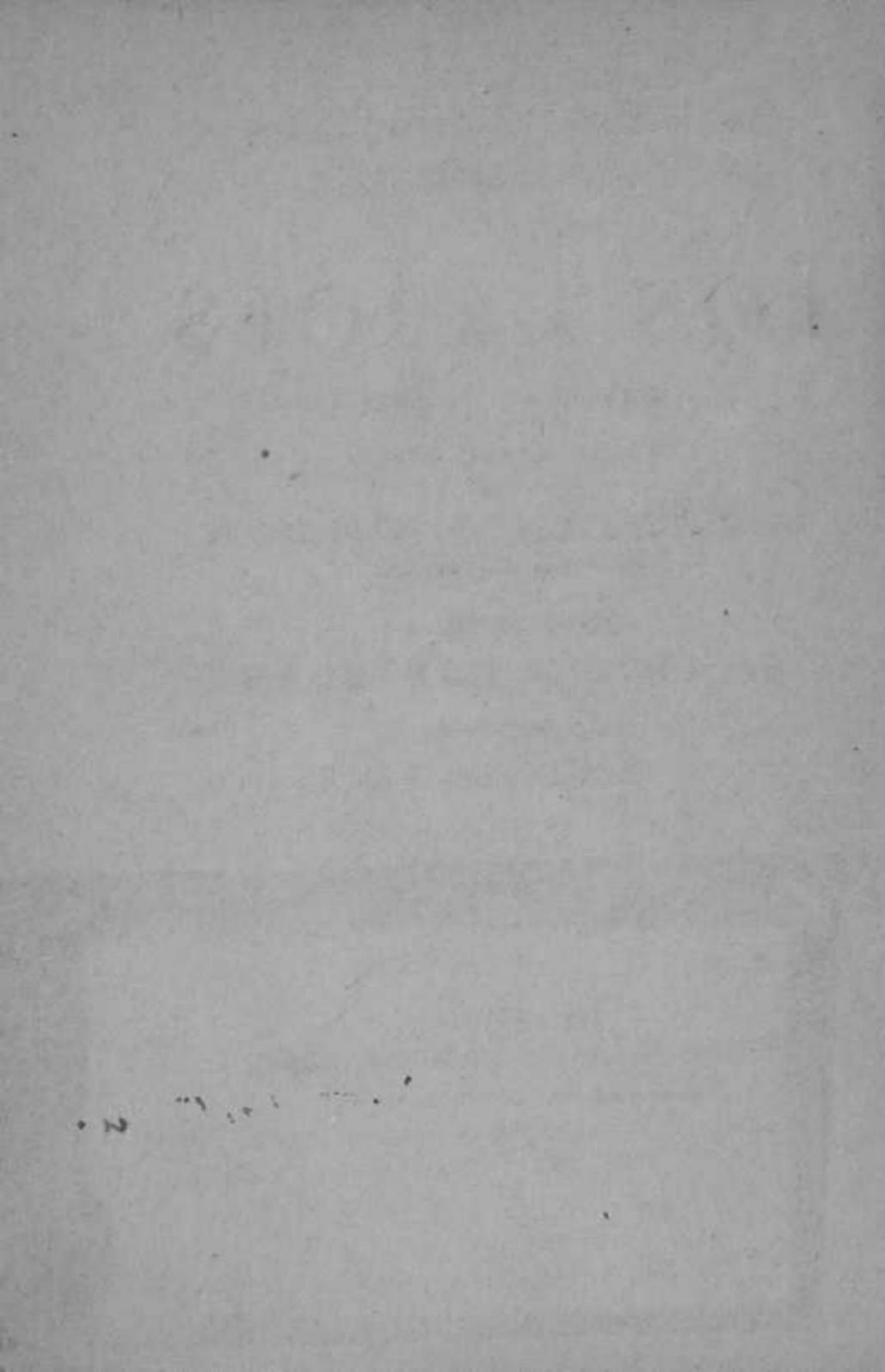
LOS HEROES

B.P. de Soria



61111516

D-1 1217



R. 12.092
BIBLIOTECA SELECTA ANGLO-ALEMANA.—VOLUMEN 1.º

TOMÁS CARLYLE

LOS HÉROES

EL CULTO DE LOS HÉROES Y LO HEROICO EN LA HISTORIA

Traducción directa del inglés

POR

D. JULIÁN G. ORBÓN

PROFESOR DE LENGUAS

Con un prólogo de

D. EMILIO CASTELAR

y una introducción de

D. LEOPOLDO ALAS (CLARÍN)

MADRID

Manuel Fernández y Lasanta, editor.

RAMALES, 6, Y AMNISTIA, 12.

1893



ES PROPIEDAD

MADRID.—Imprenta de Enrique Rubiños,
Plaza de la Paja, 7 bis.

PRÓLOGO

Por complacer á un amigo, y por coadyuvar á una empresa tan digna de ser alentada, como esta BIBLIOTECA, que con el presente tomo se inaugura, diré aquí, en dos palabras, algo de mi opinión acerca del extraordinario escritor inglés Carlyle, cuya fama de filósofo sublime y artista extravagante ha llegado hasta nosotros, heleno-
latinos, tan rebeldes á la comprensión de las antítesis y de las genialidades británicas en nuestras aficiones por la pureza del dibujo y el brillo de la forma. Cuando abro un libro de este inglés, singular entre los mismos ingleses, transpórtome á los celajes sombríos de Dinamarca desde el cielo azul de España; oigo el cantar de los sepultureros, mezclado con el ruido del azadón que cava la fosa y el rodar de la calavera que retumba en el hueco de los sepulcros; evoco las ideas sublimes

del loco Hamlet sobre el movimiento de los átomos desprendidos de los cadáveres y sobre las muecas é irrisiones de la muerte, como una estatua yacente sobre el universo tendida; me paseo allá, en aquel cementerio, donde corren juntas las más ridículas bufonadas con las más sublimes oraciones, mientras se acerca el entierro de Ofelia, caída desde el fúnebre sauce al sereno lago, y muerta, con su corona de flores en las sienes y su sonata de amor en los labios, entre las espadañas y las ondas, despertando la solemne tristeza de la luna llena al borrarse en el claror anacarado de una esplendorosa mañana. Nosotros, en la exterioridad de nuestra vida plástica, siempre que ponemos la pluma en el papel, nos acordamos del público; mientras Carlyle, en la interioridad de su individualismo germánico, escribe para dilatar su espíritu propio é íntimo, como si nadie hubiera de leerlo ni de escucharlo. Así, tiene atrevimientos sólo comprensibles en la idea solitaria y entregada por completo á sí misma; y dice cosas á los lectores de todos los pueblos ó de todos los tiempos que no se atrevería ciertamente á decir en una tertulia de confianza. Impaciente de vaciar en la expresión el ideal que vaga por los espacios de su inteligencia, lo mismo le da coger

el barro de la calle y el excremento de la cloaca, que el arrebol de los ocasos esplendorosos y el éter de los cielos infinitos, como en esos ensueños de una mala digestión ó de una buena jaqueca, cuyos delirios confunden las ideas más contradictorias y las cosas más extravagantes y dispares. Así me parece, ya el sacerdote que levanta la víctima coronada de flores en el ara de mármol, bajo las bóvedas del templo henchido de incienso y de música; ó ya el arlequín que suena sus casca- beles y representa sus payasadas entre las risas epilépticas de un público ebrio; ya el fatalista que admite la fuerza del destino, bajo cuya in- mensa pesadumbre cae aplastado el individuo, como la hormiga bajo la suela de nuestras botas; ó ya el puritano austero que ha bebido sus ideas en las iglesias de Escocia y aplicado el Evan- gelio como código político á los pueblos, y opuesto á la tiranía de los Estuardos la inviola- bilidad de la conciencia, y para salvar su dere- cho ha corrido á la América de la libertad, ele- vando su conciencia inmaculada sobre el altar de la Naturaleza virgen: que en sus obras se mezclan las ideas religiosas con las bufonadas extrava- gantes, los dicharachos soeces con el incienso místi- co, los gritos del burdel con los ecos del órgano,

el bramido de las revoluciones populares con el acento de la autoridad absoluta, las frases aristofanescas de una demagogia desencadenada con el diálogo platónico de una filosofía sublime como en la escena del mundo y en los contrastes del Universo.

¡Cuán bien describe una tarde fúnebre de los mares del Norte, cuando las montañas negruzcas aparecen cual inmensos catafalcos y los resplandores del sol poniente cual funerarias antorchas! Después de esto, que tiene la grandeza de un cuadro de Miguel Angel ó de una sinfonía de Beethoven, os comparará cualquiera de sus malquerencias con el perro ahogado y podrido que sube y baja por el Támesis en una marea de inmundicias. Ya os pintará el genio de Inglaterra en ciertas edades como un avestruz gigantesco, que mete su cabeza bajo el alay vuelve su extremidad contraria al sol, ó ya os llevará, en alas de su prodigiosa elocuencia, cerca de la colina donde se alza la iglesia en cuyo pavimento duermen los muertos aguardando el día de la resurrección, y por cuyas cúspides corren las plegarias que abren agujeros de luz en las sombras eternas, para mostrarnos, como á través de la reja de una cárcel, pedazos azules del cie-

lo de lo infinito. Por tal maravillosa manera, todas las formas se entrelazan, todas las ideas se atropellan, todos los rumores se exhalan, todos los organismos se levantan como en uno de esos gigantescos bosques tropicales, donde, al lado de las flores hermosas y aromáticas, junto á los frutos henchidos de miel, entre las aves del paraíso semejantes á ramilletes con alas, extiende su ramaje de muerte el manzanillo, cuya sombra envenena, y pupulan los más sucios y más horribles insectos.

La estética moderna ya lo llama, en su lenguaje particular, á tal arte humor genial, y á tales artistas escritores humorísticos. Sólo un pueblo donde la personalidad se extiende en todas direcciones libremente para reconcentrarse luego en sí misma, produce ingenios de este orden, tan faltos de medida, tan rebeldes á las reglas, tan fuera de lo convencional, tan desdeñosos del público y ensimismados en su egoísmo, hasta burlarse de toda tradición y llegar, por mezcla de sublimidades y de extravagancias infinitas, á la más alta y más especial originalidad. No busquéis, pues, en Carlyle compás clásico, proporciones artísticas, la simetría del ingenio francés, la sujeción á las reglas y las convenien-

cias de quien piensa más con el criterio de su público, que con el propio criterio, la corrección, la claridad y la pureza de los escritores latinos en general, y especialmente de los escritores franceses; pero buscad y encontraréis las algas y el cieno que arrojan á la orilla las tempestades de su alma y los hervores de su pensamiento, los gérmenes de muchas ideas tan bellas como perlas, y la gelatina de mucha vida, en la cual se encierran gérmenes, y gérmenes innumerables, de múltiples sistemas. Así es que la juventud debe admirarlo, sí, pero no seguirlo; debe leerlo, sí, pero no imitarlo. Duerma en paz el monstruoso cíclope, á veces feo como un vestiglo en su caverna, y á veces hermoso como un ángel en su empleo. Entre los ingenios del siglo, quizás ninguno más misterioso ni más propio para remover con el soplo de sus ideas los sentimientos del corazón, y llenar con sus creaciones, á veces muy estrafalarias, y hermosísimas á veces, el alma de este tiempo.

¡Lástima grande que algunas herencias históricas y un detentamiento injustísimo, indispongan á la continua Inglaterra con España, pues no conozco pueblos más relacionados y afines por ciertos caracteres de las sendas complejiones

morales y por ciertas propensiones de sus literaturas respectivas! Con decir que nuestro régimen parlamentario municipal de la Edad Media se parece al régimen británico de la misma época, cual una gota de agua se parece á otra gota de agua; y con añadir que las dos literaturas tienen idéntica independendencia de la tradición antigua; teatro análogo, por su contextura y por su genio, en el siglo décimosexto y en el décimoséptimo, caracteres románticos bien definidos y claros, un individualismo casi anárquico, muy diverso de las regularidades y de las proporciones y de la disciplina reinantes, lo mismo en Italia que en Francia; una mezcla y contraste brusco entre idealismos rayanos en theurgia, y realismos rayanos en brutalidad, hase dicho bastante para probar estas consonancias incomprensibles en los apartamientos, así etnológicos y geográficos que nos separan, como en las guerras seculares mantenidas sin descanso, al calor de las porffas mutuas empeñadas por la dominación del Océano entero y por los acaparamientos del comercio universal.

La demostración de tal tesis resalta de suyo á los ojos, en cuanto descendemos de semejantes consideraciones al recuerdo de los genios extra-

ordinarios que han resplandecido en los anales gloriosísimos de unas y otras letras. Shakspeare y Calderón se parecen por más de una entre las brillantes facetas que descomponen esa luz de los cielos del espíritu, más viva que la luz del espacio infinito; luz á que llamamos ideal. Uno y otro prescinden de la liturgia clásica. Fuera de aquella unidad interior, sin la que sería imposible una creación artística, como sería imposible la creación material sin la unidad de Dios, atentan á la unidad de tiempo y á la unidad de lugar, tan observadas por los clásicos. El mundo de la Edad Media y el mundo de la antigüedad greco-romana resultan como dos canteras penthelicas, en cuyas moles tallan los dos á una sus templos inacabables y sus animadas estatuas. Calderón es más teólogo que Shakspeare. En cambio, Shakspeare más psicólogo y más fisiólogo que Calderón. En el poeta español prevalece la metafísica; en el poeta inglés la moral. Para el uno es ante todo y sobre todo la idea, como se muestra en *La Devoción*, en *El Mágico*, en los *Autos*; para el otro es, ante todo y sobre todo, la pasión, como se muestra en *Otelo*, *Macbeth*, *Hamlet*, *Julietta*. Calderón es, después de Dante Alighieri, el más divino de los poetas cristianos; Shak-

speare el más humano en la literatura universal; pero ambos á dos se asemejan mucho, por el desorden lírico, por los contrastes varios, por la mezcla del llanto con la risa, por una insondable profundidad filosófica, por cualidades análogas y parecidas á las analogías existentes entre nuestro espíritu y el espíritu británico.

Nuestro primer ingenio, Cervantes, muestra en la copia de sus increíbles aptitudes una ironía, la cual, si no fuera tan genuinamente castellana, parecería sajona. El sentido común suyo, el conocimiento de la realidad y de la vida, los contrapuestos caracteres de lo idealizado y de lo práctico, aquella filosofía de observación y experiencia, encajan de tal manera en el gusto inglés, que no alcanza en parte ninguna la obra magistral del espíritu español un número de admiradores y una constante asidua lectura comparables á los que alcanza en Inglaterra. El humor, concepto de difícil explicación en castellano, por referirse, de un lado, al carácter moral, y de otro lado, al carácter fisiológico; el humor, la ironía y la gracia tristes, acerbas, elegíacas, tal como Juan Pablo Richter lo explica, parece una característica del genio británico, reunida con las múltiples cualidades creadoras de aquel ex-

traordinario escritor, en quien se reunen á las sugerencias de una inspiración y de una idealidad inagotables, el sentido de lo real y de lo verdadero, como no se han reunido en mortal ninguno hasta hoy. Comparad cualquiera de los satíricos extranjeros que brillaron en la época del Renacimiento; aquel Rabelais, apayasado frecuentemente; Pulci, tan enemigo de todo noble afecto; el genial, pero desordenadísimo Ariosto, con Cervantes, y veréis cómo ninguno tiene, ninguno entre todos ellos, sumado con el sentido vulgar, puesto en Sancho Panza de relieve, un reconcentrado genio psicológico é idealista como el que personifica don Quijote, y que brota con fértil espontaneidad doquier el sentimiento de la individualidad puede abrirse y espaciarse á su antojo. Y como estas individualidades aisladas, diversas, concretas, quizás originales hasta la extravagancia, en parte ninguna se encuentran como en España é Inglaterra, precisa imputar y atribuir su florecimiento á una grande analogía de genio entre las dos almas de ambos esclarecidos pueblos.

Carlyle no se parece á ninguno de nosotros. No tienen los escritores nuestros, aun los más clásicos, el clasicismo de antigua cepa que los ita-

lianos, y tampoco tienen la proporción y la disciplina francesas; pero, en cambio, tienen una claridad sin igual. Fuera de algunas intrincadas obras gongorinas, la más esplendente luz penetra en todos los libros españoles y les da una etérea transparencia. Pero Carlyle de suyo es oscurísimo. Algunos de sus párrafos resultarían más claros, de haberse trazado, por cualquier evento, en jeroglíficos orientales. Así, no tienen ni parecido en la literatura nuestra; y no teniéndolo, merece muy singular atención su obra individual por originalísima. Sólo encuentro un escritor que pueda comparársele, por incomparable de suyo, sólo encuentro á Gracian, el alabado por Schopenhauer. También Gracian piensa profundamente; brilla por los contrastes bruscos; pasa de la elevación á la desvergüenza; rueda desde alturas vertiginosas á derrumbarse en abismos insondables; aunque jamás llega, ni á los atrevimientos del filósofo inglés, ni á la suma del teólogo con el bufón. Así pocos recreos superiores al producido por sus párrafos intrincados que concluyen dándoos mareos parecidos á los causados por aquellos caprichos de Goya, en que dentro de indecisa niebla flotan y vagan los cirios de una procesión junto á las contorsiones de un titiritero. Yo con-

fieso mi pecado: sin creerlo nunca ejemplar literario propio para ser imitado, lo creo propio para ser leído, y, sobre todo, para ser admirado. En la infinidad del espíritu caben todos los genios, como en la infinidad del espacio caben todos los soles.

Indudablemente las ideas del escritor insigne provienen del panteísmo alemán, que trasciende por todos sus escritos en las relaciones, apuntadas á cada paso entre las más dispares ideas y las cosas más apartadas y los conceptos más incongruentes, por ser todo panteísmo una grande aplicación de las identidades que hallara el genio sintético de un hombre tan grande como Espinoza entre la extensión y el pensamiento. Pero una filosofía tan sistematizada, tan evolutiva, tan puesta en serie gradual y lógica, como la filosofía hegeliana, se quiebra en cien fragmentos al penetrar en la inteligencia de Carlyle, que unas veces la formula en himnos de amor y entusiasmo, mientras otras veces en salidas de pie de banco. Pero con esto y con todo se recogen á granel en sus libros los pensamientos profundos, escondidos como las perlas entre las rocas, y difíciles de pescar si no se arroja uno á nado en mar infinito é insondable de grandes confu-

siones. Mas yo creo uno de los libros más prácticos de Carlyle, sin duda, este libro de LOS HÉROES.

Otros dos tiene verdaderamente shaksperianos, su *Cronwell* y su *Historia de la Revolución Francesa*. El primero, *Cronwell*, me parece un libro incomprensible casi, por su carácter inglés, para los no ingleses; mientras el segundo asunto, la *Revolución*, me parece que, por su asunto francés, después de francés, latino, después de latino, universal, no ha sido alcanzado por un sajón como Carlyle. Sólo en Alemania Fichte, Göethe, Bethoven mismo, comprendieron la verdadera y sublime revolución francesa; en Inglaterra nadie la comprendió, y el odio de Pitt á los ideales y á los hombres revolucionarios, parece sobre todos cer nerse, hasta sobre unos escritores tan geniales y tan independientes como nuestro autor. El libro de LOS HÉROES téngolo por el menos inglés y más humano entre todos sus libros. Leyéndolo, se observa cómo intenta levantar la personalidad y la figura de aquellos hombres extraordinarios que tienen la llama de lo ideal en su frente, y al vapor de las ideas marchan hacia el bien de toda la Humanidad.

Por muchas contradicciones que tenga, por

muchas extravagancias que ostente, por muchas oscuridades que á lo mejor caigan sobre sus páginas, imposible desconocer la copia de sus ideas encerradas todas en un estilo que revela de suyo al gran pensador y al eximio artista. No sería un genio, como lo es el gran escritor, si no hubiera en él grandes misterios.

EMILIO CASTELAR.

CARLYLE

(Los Héroes)

I

Para inaugurar una biblioteca anglo-alemana hay cierto valor simbólico en la elección de Tomás Carlyle, como primer autor que se ofrece al público de España. El genio, que así puede llamarse sin duda, de Carlyle, es, entre todos los de Inglaterra, el que más tiene del espíritu alemán, el que mejor recuerda la antigua, oscura comunidad de origen; y sin que se pueda decir de él que es una de esas almas cosmopolitas de que hablaba con gran perspicacia un malogrado crítico francés, Hennequin, si cabe asegurar que Carlyle, inglés y muy inglés, por muchos aspectos, se diferencia de la mayor parte de sus compatriotas por varias cualidades, que le acercan al

carácter alemán. Cierto es que, en general, se observa en Inglaterra una muy acentuada diferencia de condiciones espirituales entre las pocas almas delicadas, escogidas, que allí, como en todas partes, puede haber, y el vulgo de los ciudadanos, aun contando á los más de los que se distinguen en la política, el comercio, la ciencia, etc., etc. Las notas con que suele señalarse el carácter inglés en los estudios vulgares de aquella tierra, notas que pueden ser tomadas por la observación superficial del primer viajero que pasa por las islas, no suelen ser aplicables á los grandes poetas británicos, ni en general á los artistas eminentes de aquel país; los hombres notables de la política, de los negocios económicos y aun de la ciencia, por lo general se separan menos del *inglés* que, como estereotipado, tiene el vulgo en la imaginación y en la memoria. Pongamos un ejemplo: Examinando Fouillée la filosofía del derecho, según lo entienden los pensadores ingleses, puede reconocer como nota general en todos ellos la del interés; el aspecto utilitario, práctico, como el característico en las teorías morales y jurídicas de los más insignes autores, como Bentham, el que no quería que se le hablase de *relaciones*, sino de placeres y penas; Burke, el enemigo de los *derechos naturales* del hombre; James Mill, los Austin, Stuart Mill, Bain, Grote, Spencer y otros muchos. Siguiendo esta corriente de utilitarismo, no hacen todos esos sabios más que conformarse con la tendencia ge-

neral de su pueblo, obedecer al carácter ordinario, seguir instintos que les son comunes con el vulgo, aunque en ellos estén como ennoblecidos por sabia reflexión y miras elevadas. Pero ensáyese un análisis del genio inglés en sus poetas líricos más insignes, entre los de la época moderna, ó en sus artistas de cierto género: verbigracia, los pre-rafaelistas, y se verá que en ellos lo característico es, más bien que seguir la corriente de ese positivismo nacional, contrariarla, protestar contra ella, llegar en su oposición á los idealismos más etéreos, y hasta buscar modelos, ideales históricos y aun tierra que pisar muy lejos de la industriosa y práctica Inglaterra. Grecia é Italia, y sus literaturas y sus artes, vienen á ser como refugio y consuelo de esas almas escogidas que emigran del utilitarismo frío, aunque poderoso, del moderno *Imperio romano*, del pueblo inglés, á quien compara, con razón, con la antigua Roma, utilitaria y fuerte, egoísta y tenaz, un ilustre jurisconsulto alemán. Baste citar, para ejemplo de que la gran poesía lírica inglesa es enemiga del espíritu predominante del país, los nombres de Byron, Shelley, Keats y Rossetti. En Byron la oposición, la guerra al *cant* y á las preocupaciones nacionales, fué viva, ruidosa, excesiva; en los otros tomó otros aspectos, que no es del caso examinar ahora. El que quiera cerciorarse de esta afirmación que yo sólo apunto, no tiene más que leer la mayor parte de los ensayos de Matthew Arnold, un crítico inglés que hizo ruda campaña

contra ese utilitarismo de su patria, que Inglaterra ostenta como un título de gloria.

En cuanto á Carlyle, de quien ya he dicho al principio que era un inglés muy inglés en cierto sentido, si se diferencia de la generalidad de sus compatriotas, es, por ser original en todo, á su manera; no de ese modo desinteresado, *lirico*, por decirlo así, de los poetas y pintores. Carlyle es poeta también, no cabe duda, un filósofo poeta; su obra general es una inspiración constante, un verdadero transporte poético, que llega á fatigar á Taine, como ya veremos; es un poeta que sugiere al lector su entusiasmo, y que si no logra tal sugestión, no puede ser bien comprendido, juzgado con justicia: pero á pesar de esto, lo que hay de filósofo, de sabio, en este poeta, permanece fiel al espíritu inglés general por lo que toca á buscar en el fondo de las ideas, de la meditación más abstracta, algo práctico, *real* como él dice, siquiera se trate de la realidad suprema, ó sea la de la salvación del alma, esto es, la elevación del espíritu al más alto grado de bien moral posible. Así se explica que hablando de ciertas teorías de Stuart Mill, en las que se llegaba por el *interés* al *altruismo*, á la caridad, Carlyle dijera que aparecía un nuevo *místico*; así se explica también que siendo Carlyle tan idealista que Taine creyó poder titular el libro que á Carlyle exclusivamente consagra, *El idealismo inglés*, sea un idealista, sin embargo, á quien no se le cae de la boca lo *real*, la *realidad*; que constantemente

perora contra la inanidad del *dillettantismo* de la pura especulación absolutamente desinteresada. Aunque Carlyle no sea un puritano en el sentido estrictamente histórico, como se ha dicho demasiadas veces, sin recordar textos concluyentes que lo contradicen, es indudable que, como un puritano, está constantemente preocupado por el problema de la conducta, y que sólo da valor á las cosas que sirven de cerca ó de lejos para llevarnos á obrar bien, que es para él la cuestión suprema. Tal vez las páginas menos transparentes, menos inspiradas por el gran numen de la razón adivinadora, son en Carlyle las que consagra á limitar una y otra vez el horizonte de las idealidades legítimas, negando el derecho á la vida al puro ensueño artístico y á la pura contemplación filosófica sin trascendencia ética ni práctica. En tal sentido, Carlyle es tan inglés como el primero; su idealismo no es como el que Taine con tanta elocuencia admira en la desinteresada especulación de griegos y alemanes, los pueblos filósofos por excelencia.

¿En qué consiste, pues, el germanismo de Carlyle? Pudiera decirse que en casi todos los demás caracteres. Pero en ese germanismo hay que distinguir dos cosas: por un lado, lo que puede presentarse como característico de las razas del Norte y opuesto al genio latino; en tal sentido es el autor de *LOS HÉROES*, entre los escritores modernos, uno de los que mejor representan el espíritu del Norte en general, el espíritu llamado con ma-

yor ó menor propiedad teutónico; pero en este respecto sus cualidades no se oponen á las de otros ingleses, pues son comunes á ingleses y alemanes, y aun á otros pueblos. Por otro lado, hay que considerar el germanismo como algo particular y que cabe oponer al carácter británico, ya distinguido después de tantos siglos de vida aparte é influido por otro clima y otras razas; y aquí es donde se podrá ver á Carlyle como el inglés más alemán (y menos inglés en tal respecto) entre los hombres eminentes modernos de la Gran Bretaña.

En cuanto tipo característico del genio del Norte, opuesto al llamado en general latino, y en otro sentido clásico, Carlyle tiene tan acentuadas las notas propias de esa diferencia, de que tanto se ha hablado, que en él no se ven, como en tantos otros del Norte ó del Mediodía, medio borradas las señales de raza por la influencia de la cultura y de la filosofía cosmopolitas, sino que más bien parece que renacen en tal escritor las antiguas vaguedades de la inspiración soñadora, desordenada y profunda, todos los rasgos que hacen de los orígenes de la poesía y de toda la vida intelectual del Norte cosa tan opuesta á la placida, serena, bien ordenada, musa de los orígenes de nuestra civilización clásica.

Se ha dicho, con razón, que estos hombres del Norte no hablan, cantan ni escriben pensando en el público, adaptándose á las condiciones de éste, sino como en la soledad, por sí mismos, y

como diciendo: *qui potest capere, capiat*. Si en los libros retóricos de los Cicerones y Quintilianos se ve la constante preocupación de agradar, de caer en gracia, de obtener buen éxito, puede decirse que toda esta preceptiva es inútil para los Carlyle *antiguos* y modernos, que no se preocupan ni más ni menos de semejantes fines, porque buscan el resultado por otro camino. El lector es el que ha de procurar entender, ponerse en la situación necesaria para penetrar la idea y el sentimiento del autor. Tanto peor para el que no entienda si la lógica de la pasión, de la idealidad, del entusiasmo, del subjetivismo, en suma, del autor, no coincide con la arquitectónica de una retórica hecha en frío, en abstracto, para tal género de obras anónimas, no para tal obra de *este* hombre de carne y hueso, de espíritu, de ensueños y de pasiones.

Se ha hablado mucho, aun para alabarle, de las *humoradas* de estilo, plan, imágenes, ideas, etc., de Carlyle, de sus exageraciones, de sus pruritos y casi casi pudiera decirse muletillas. A Taine le ha servido todo ello para inventar frases muy ingeniosas, descubrir símiles llenos de pintorescas y expresivas imágenes; es una delicia leer lo que se le ocurre para retratar, mediante un cúmulo de *petites faits*, de rasgos de pormenor, las graciosas extravagancias de Carlyle; pero yo declaro que me parece que á Taine se le pega algo del carácter de Carlyle, al describirle; él también exagera. Es muy fácil llamar á un hombre *humo-*

rista, y con esto reconocerle multitud de gracias estéticas, de dones poéticos, de delicadezas psíquicas, para reservarse el derecho de estar, subrepticamente, pudiera decirse, considerándole siempre como un *menor*, como un gran *enfant terrible* y acabar por abandonarle para irse á saborear las tranquilas y juiciosas páginas de un Macaulay, que no cansan como el misticismo constante del *humorista*. Y después de todo, ¿qué es un *humorista* para Taine? Algo secundario, sin duda, como implícitamente viene á reconocer al maltratar como maltrata al humorista por excelencia, á Juan Pablo Richter, á quien él no se explica que admirase tanto Carlyle, que no se postraba ante Voltaire. No diré que Taine acabe por llamar mastodonte á Carlyle, porque por eso empieza. En efecto: en la primera página del hermoso, pero deficiente libro que le consagra, dice el crítico francés, al pie de la letra: «Se descubre, por fin, que se está delante de un animal extraordinario, resto de una raza perdida, especie de mastodonte extraviado en un mundo que no está hecho para él.»

A estas horas, habiendo cambiado mucho las cosas desde que Taine escribió así en pleno florecimiento del empirismo filosófico, es posible que el ilustre historiador de los hechos menudos reconozca, con su gran imparcialidad, que Carlyle no es tan mastodonte, por lo que toca á pertenecer á una fauna que ya no encuentra en el mundo medio propio para sus condiciones fisio-

lógicas; el gran idealismo de Carlyle se parece más al espíritu que va predominando en la filosofía y en el arte modernos, que las teorías y procedimientos que dominaban cuando Taine escribía su *Idealismo inglés*. No: no son, en rigor, tan extrañas y de otros tiempos la religiosidad de Carlyle, sus vaguedades idealistas, sus rasgos de fe racional, su respeto y como adoración poética al misterio, en el cual encuentra como un coeficiente de la misma reflexión filosófica esa constante referencia á lo que no se sabe, pero que se ha de tener en cuenta, porque influye en nuestra vida como la atracción entre los astros; esa especie de filosofía musical, pudiera decirse, que no desecha por inútil el factor de lo inefable y no se atiene, para pesar la realidad, á lo que puede ser apreciado en la balanza de un estrecho intelectualismo; no son antiguallas de Carlyle, sino *maneras* modernísimas de los pensadores flamantes, de los psicólogos más sutiles y escrupulosos, que, en su análisis van mucho más lejos que el autor de *La inteligencia*, pero van por diferente camino. Lo diré con franqueza: la filosofía de Taine, aunque muy respetable, ha envejecido más con su claridad y minucioso examen de las apariencias y sus nombres, que las intuiciones poderosas y profundas de lo que se llama el misticismo de Carlyle. ¡Cuántas cosas he visto demostradas en los psicólogos de estos días que ya en Carlyle se anunciaban con fórmulas de una fe poética, sugestiva y profética! Dando todo

este valor, que sí lo tiene, al íntimo pensamiento de Carlyle, que bien se deja ver, y muchas veces en todos los pasajes de sus obras en que debe verse; reconociendo esta importancia á su modo de entender la relación del pensamiento humano con el problema de la realidad, se puede llegar, como yo creo haber llegado, á no considerar tan extravagante y desordenado, tan caprichoso y *humortstico*, el procedimiento literario del autor de *Sartor resartus*. Según se penetra en lo que, en cierto sentido sólo, se puede llamar su sistema, se le va tomando cada vez más en serio; se ve en su idea una perenne actualidad, como en la idea de todos los grandes pensadores: y los recursos de estilo *sui generis* que al lector superficial tanto llaman la atención en este autor, ya no parecen tan extraños, apenas si se fija la atención en ellos, y se les viene á reconocer la legitimidad de lo oportuno, porque son medios de expresión propios de aquel temperamento, de aquel corazón, de aquel cerebro; Carlyle no se mostraría tal como es, ni podría decir todo lo que tiene que manifestar, tal como lo piensa y lo siente, si no contara con esta manera *humortstica*, ó lo que se quiera, que es poderosamente significativa de la singular subjetividad de aquella alma grande y excepcional sin duda.

Nada más natural que de vulgo á vulgo de alma cortada por patrón conocido á otra de la misma clase, el lenguaje sea, según modelo, fiel á una retórica ordinaria, sujeto á un formu-

rio que abrevie las razones y facilite la inteligencia; la claridad, la precisión, el orden, la composición armónica, se consiguen en tal caso obedeciendo á un paradigma lógico y gramatical que se enseña en los buenos liceos franceses, v. gr.; pero ciertos espíritus, los más raros, aquellos justamente cuyo fondo más importa conocer, no expresan fácilmente lo que es la realidad al transformarse en sus propios sentimientos y en su idea; el lenguaje ordinario no basta, no sirve; los moldes hechos, que expresan por aproximación el término medio de la percepción y la impresión vulgar, son inútiles aquí; y la gran lucha consiste en conseguir por medio de la palabra reflejar al exterior algo, nunca mucho ni lo más íntimo y mejor, de la *propia* riqueza espiritual, de la visión del mundo, según el color y el dibujo que toma al refractarse en el denso medio de un alma original y fuerte, de espontánea virtualidad receptiva.

Si Carlyle no hubiera podido encontrar un estilo en armonía con su originalidad espiritual; si hubiera sido un escritor vulgarmente correcto, *compuesto* y morigerado, conoceríamos un retórico más, pero no al Carlyle que aquel escritor llevaba dentro. Considerando todo esto así, ya no parece el *humorista* inglés tan extravagante é inarmónico. La gran extravagancia sería imitarle no siendo *por dentro* como él era.

Hechas las salvedades anteriores, reclamadas por la justicia y la exactitud, dejando ya la di-

gresión, vuelvo á reconocer en Carlyle las cualidades del espíritu del Norte, que son tan opuestas á la de nuestra raza del Mediodía, cuyos hombres más perspicaces tan difícilmente aprecian, á través de la relativa incorrección, del aparente desorden y la nebulosa vaguedad, todo el valor intrínseco del genio germánico. Mas en este punto yo no he de repetir los cien lugares comunes con que una y otra vez, con mayor ó menor elocuencia, se ha pintado el contraste de uno y otro arte. El mismo Taine ha sido de los que mejor han señalado esta oposición de caracteres, y lo que al considerar á Carlyle en este respecto escribe, ni tiene á mi juicio enmienda, ni necesita ampliación: «Carlyle es profundamente germano, más cercano á la estirpe primitiva que ninguno de sus contemporáneos (1). Así dice el crítico francés, y sigue examinando todas las grandezas y pequeñeces que en el lenguaje, en el estilo, en la composición, en las imágenes, en la dialéctica, en las aficiones intelectuales, estéticas y morales, muestran en el autor de *Sartos resartus resortees* el ejemplar más característico del genio de la raza.

Mas, recordará el lector que antes decíamos que en Carlyle había también algo, y aun mucho, del carácter alemán, ya diferenciado del inglés; por lo cual puede añadirse á las palabras de Taine que se acaban de copiar: «Carlyle es

(1). *L' idéalisme anglais*, pág. 24.

el escritor inglés que más se separa del carácter inglés, para acercarse al alemán.»

Se acerca, más que por el fin que persigue, que ya hemos visto que es, aunque noblemente, interesado, un fin *real*, como él dice, un fin *útil*: el de encontrar luz para la buena conducta, para guiar el alma en el camino del bien; se acerca por los medios que escoge, por la índole de su especulación y por las tendencias de sus gustos y de sus estudios.

Renan es el francés más alemán, sin dejar de ser en la forma el más puro francés, á no ser en una obra de su juventud, publicada en la vejez, donde fondo y forma tienen algo de alemanes (1). Pero como observa con razón el crítico tantas veces citado, es más difícil ser el anglo-alemán que el francés-alemán, tratándose de la alta actividad intelectual; porque en Inglaterra la aptitud para las ideas generales, y el aprecio que de ellas se hace, son mucho menores que en Francia. Si Alemania es la tierra que produjo los grandes filósofos, los revolucionarios de las ideas generales, Francia es la tierra que produjo la revolución material, práctica, por ideas generales también; mientras Inglaterra es el país de la evolución lenta, de miras interesadas, con atención al propio derecho, al de cada cual, no á los derechos *humanos* (2); y en ciencia: es el país de los

(1) *L'avenir de la science.*

(2) El mismo Macaulay lo reconoce en las primeras páginas de su ensayo sobre la Revolución de Inglaterra.

análisis empíricos, de pormenor, con propósito particular, en busca de una ley que sirva para ligar la serie de unos cuantos hechos que importa conocer, sin preocuparse del enlace supremo de esa ley con otra superior á todas y explicación de todo. En este sentido, Carlyle apenas es inglés; no es que desprecie el estudio del pormenor, la escrupulosa busca de datos precisos, pues como historiador ha dado pruebas de atender á este cuidado, condición esencial de todo restaurador de vida pasada, de hechos desaparecidos; mas en este respecto, también los alemanes son partidarios del pormenor, y nadie más minucioso y escrupuloso que ellos cuando se trata de informes, documentos, fuentes, datos, etc.; mas ni Carlyle, ni en general los alemanes (los de los tiempos mejores sobre todo, los que Carlyle estudiaba y admiraba), se detienen en el análisis del pormenor, ni por él comienzan sus grandes concepciones, ni limitan á tan modesta aspiración el alcance de sus especulaciones. Ni Carlyle ni pensador alguno, entre los grandes de Alemania, se contentaron con menos que un concepto general del mundo, algo que responda al gran anhelo metafísico, aunque así no se llame; Carlyle no puede satisfacerse con *disecar* detalles, pues él mismo declara que el verdadero conocimiento es algo vivo, algo que abarca al objeto en su realidad toda, penetrándole hasta con el afecto. Para conocer una cosa, dice, lo que se llama conocerla, hay que amarla, simpatizar con

ella. Y esta regla la pone en práctica constantemente, como podrá notar pronto el lector de este libro cuando vea á Carlyle adivinando á fuerza de admiración, simpatía y hasta cariño, lo que puede ser en la realidad la nebulosa *Odino*; el bien que halló en las entrañas del semi-bárbaro *Mahoma*, tal vez el *héroe* en cuyo estudio más *caridad* puso Carlyle, recogiendo como premio intuiciones maravillosas del espíritu de aquel hombre singular, pero sin duda grande, perdido en el Desierto y entre la caliginosa ignorancia de su pueblo.

No se aman los detalles, los fragmentos de verdades y de cosas; para conocerlas amándolas, es necesario verlas enteras, vivas, en el enlace orgánico con toda la realidad, y esto sólo se consigue á partir de una idea unitaria, un concepto del mundo, mejor, una visión, una intuición, una creencia, y nótese que esta es la primera cualidad que Carlyle exige á sus *héroes*; el grande hombre, sea *dios*, sea profeta, sea sacerdote, sea poeta, sea literato, sea rey ó capitán, lo primero que necesita es la presencia real de la verdad del mundo en su conciencia; no dudar, no vacilar, no presumir; ver, tocar, sentir la realidad de su idea: para mover á una gran masa humana, para imprimir huella en el mundo, hay que tomar en serio la vida, hay que darle la importancia capital, suprema, que tiene; sin esto, no hay hombre para Carlyle, no hay grande hombre, no hay genio. ¿Y quién puede ver así, con esa seguridad de

ver, con esa firmeza de la visión? La imaginación, contesta Carlyle; la fantasía, que es el órgano de la percepción de lo divino. El entendimiento no es más que una ventana, añade. Para Carlyle, las cosas particulares, aisladas, son, como tales, en rigor, una apariencia, símbolos; si no fueran más que eso que parecen, no serían nada; su verdadera realidad, la que *merece la pena* de amarla y estudiarla, es invisible, está en la oscuridad, en el fondo..., y también en el misterio. Porque es de notar que si Carlyle, como los alemanes de su altura, necesita ver en el mundo primero lo general, lo uno, lo que dé razón de todo, no por eso es autor de un sistema completo y cerrado de filosofía; trata de estas materias un poco á lo mero literato, á lo *hombre de mundo*, y no hay que buscar en él una filosofía sistemática *formal*, pero sí una creencia racional, fundada, no detallada: no pretende haber pensado en todo, haber encontrado una clave de explicación universal, como que el misterio es uno de los elementos de *su* filosofía; la *suya* la que le sirve á él para creer en la realidad, seria, importante, segura, como creen sus héroes. Por no tener sistema, no tiene siquiera el del sentimentalismo, como fuente de conocer, á lo menos con el alcance que tiene tal doctrina de lógica y estética en un Jacobi, por ejemplo, ó en el Schelling de la segunda *manera*.

La victoria que Carlyle pretende, implícitamente, haber conseguido sobre el escepticismo,

el pesimismo, la vacilación, la incertidumbre, es subjetiva, personal, propia de Teufelsdræckh, el personaje en que se pinta á sí mismo: « Su método, dice, no es el de la vulgar lógica de las escuelas, en que las verdades van unas tras otras en fila, agarradas cada una á los faldones de la otra...; su filosofía es un grandioso laberinto que, dígame lo que se quiera, no carece de plan.»

Si hay algo opuesto á tal método y á tal modo de ver la realidad, es, en general, el método inglés y los sistemas filosóficos ingleses. No digo que en adelante sea lo mismo siempre, que las modernísimas tendencias del pensamiento filosófico, y particularmente las psicológicas, no puedan hacer que en Inglaterra se abra paso la idealidad filosófica que existe ya en Carlyle y en otros pocos; sobre todo, entre los pensadores que hoy son jóvenes todavía; pero es evidente que los nombres clásicos, príncipes de la filosofía inglesa, representan en ese método y esa metafísica tendencias bien opuestas á las que acabo de indicar en Carlyle. Compárese, por ejemplo, la lógica de Stuar Mill y los procedimientos (más bien que los resultados *últimos*) de toda la filosofía de Spencer, con las palabras de Carlyle que dejo copiadas pocos renglones más atrás, y se verá cómo resulta el contraste.

Pero aún se hace más gráfico pensando en otro autor inglés, que no se consagró á la filosofía directamente tal, sino á estudios más parecidos á los de Carlyle mismo, y también considerándolos

desde gran altura; compárese á Carlyle con el ídolo de tantos ingleses y de muchos continentales que adoran á los ingleses: compáresele con Macaulay.

Ya lo hace el mismo Taine al final del libro en que al empezar llama á Carlyle mastodonte; reconoce el autor francés que acaso hay menos genio en Macaulay que en Carlyle; pero confiesa que cuando se ha mantenido cierto tiempo el alma con la lectura de aquel estilo *demoníaco y exagerado*, de aquella filosofía extraordinaria y malsana, de buen grado se vuelven los ojos á la elocuencia continua (¿oratoria?) á la razón vigorosa, á las previsiones *moderadas*, á las teorías *probadas* del generoso y sólido espíritu que se llamó Macaulay.

Acabar un estudio de Carlyle con una apología ó necrología encomiástica de Macaulay, no parecerá lo más oportuno, ni acaso lo mejor intencionado, á quien sepa que el público inglés tuvo por largo tiempo establecida una especie de rivalidad entre el autor de la *Revolución francesa* y el de la *Historia de Inglaterra*, los ilustres tocayos. La inmensa mayoría de los ingleses se inclinaron, como M. Taine, del lado de Macaulay, sin negar tampoco el genio del otro; es natural que esto hagan la generalidad de los ingleses y el autor de la *Historia de la literatura inglesa*, muy francés sin duda, pero mucho más inglés que alemán, á lo menos en filosofía.

El sistema de las comparaciones es malo cuando se convierte en parangón, y yo no quisiera caer en el defecto de echar luz sobre lo que prefiero, á costa de acumular sombras en otra parte; deficiencia crítica muy generalizada, y en que también incurre muchas veces Carlyle, contradiciendo su criterio ordinario, y contradiciendo, particularmente, terminantes juicios suyos, escritos antes. Sea ejemplo lo que dice de Mahoma en LOS HÉROES, cuando, después de haberle absuelto, vuelve á considerar su vida y su obra para compararle con otros grandes hombres.

¡Dios me libre de escribir ni una palabra, ni de indicar una reticencia que pudiese tender á aminorar en alguno el entusiasmo por Macaulay: ¡Yo me contento con reconocer que, en efecto, representa, en muchos respectos, en bien y en mal, lo contrario de Carlyle; tiene grandes cualidades que á éste le faltan, y que generalmente, sobre todo en Inglaterra y donde se imita á Inglaterra, son de las que más se aprecian; en cambio ciertas limitaciones del gran talento de Macaulay corresponden á regiones del espíritu en que al alma de Carlyle se abren horizontes infinitos. En cuanto al mérito relativo de uno y otro, yo sólo diré que los entusiastas de Carlyle le llaman genio; ven en él uno de los *héroes* que pinta, y esperan que la posteridad confirme su creencia; por su parte, los más ardientes panegiristas de Macaulay, tal vez imitando su prudencia, se contentan con ponerle á la cabeza

de los historiadores artistas y críticos sabios del siglo diecinueve (1).

Lo que es indudable que Macaulay es, por cien respectos, mucho más inglés que Carlyle, que no en vano pasó la vida enamorado de los grandes hombres de la literatura y la filosofía alemana; y no platónicamente, sino estudiando, comentando y propagando en Inglaterra lo que tan bien *conoce*, es decir, según él, lo que tanto *amaba*.

Creo que baste con todo lo dicho, y acaso sea demasiado, para demostrar mi afirmación primera: que Carlyle es el autor más á propósito para enriquecer una biblioteca anglo-alemana.

II

Pero Inglaterra, que sabe engendrar hijos que no se le parecen, sabe consagrarles culto intelect-

(1) Nuestro Menéndez y Pelayo es uno de los más ardientes entusiastas de Macaulay, pero el buen juicio del insigne crítico español le hace decir: «Pero no se olvide que Macaulay es inglés, y, por tanto, poco ó nada amigo de abstracciones y de estéticas. Para él no hay más filosofía que la de Bacon. . . ni reconoce más método que el experimental y de observación. Pero con todas estas limitaciones de su entendimiento que lo constituyen en *uno de los tipos más acabados del común pensar inglés*. ¡Qué observación la suya tan profunda y sagáz! (Historia de las ideas estéticas, t. IV., vol. II, p. 92.)

Más adelante se hablará de la opinión de M. y Pelayo sobre Carlyle.

tual si son dignos de obtenerlo, y sabe reparar injusticias del tiempo.

Si Shakspeare no fué comprendido, ni con mucho, durante siglos, por sus compatriotas, hoy es un ídolo con un culto en mucho semejante al que los españoles consagran á la Virgen del Pilar, y los franceses á la Virgen de Lourdes; si el gran poeta Shelley estuvo por muchos años oscurecido, injustamente eclipsado por la fama de Byron, hoy brilla como astro de primera magnitud, y tiene también sus adoradores, Sociedades que se dedican á conservar y propagar su fama; Byron, tan perseguido en vida y muerte, es orgullo legítimo de todo inglés en el día; y este Carlyle, que tuvo muchos enemigos, que vió censuradas sus costumbres, en caricatura sus caprichos de hombre nervioso y sus descuidos de hombre preocupado con grandes ideas, hoy es objeto de general admiración en su tierra, y no se han cansado ni se cansarán en mucho tiempo la crítica y la erudición de estudiar sus obras, buscar y publicar las que pueda haber inéditas, y escudriñar los incidentes de su vida (1).

(1) El editor D'Appetan acaba de publicar un volumen titulado *Las últimas palabras de Tomás Carlyle*. (*The last words of Thomas Carlyle*), que contiene varios escritos inéditos de los últimos años de Carlyle.

La Nouvelle Revue de madama Adam, de París, publicó no ha mucho, al mismo tiempo que otra revista de Londres, un viaje de Carlyle á París, á que me referiré en el texto.

La Deutsche Rundschau, célebre revista alemana, daba

Por desgracia, esta fama que el autor de *Los HÉROES* conserva en su patria, aun después de once años de muerto, no se ha propalado en el extranjero, á lo menos en los países latinos, donde mas convendría que cundiera el espíritu de este noble idealismo septentrional para refrescar las almas, secas de tanto intelectualismo positivista como sobre ellas acumulan las llamadas *ciencias* por antonomasia... la ciencia y lo que no es ciencia.

En Italia no veo yo por ninguna parte la influencia de Carlyle; y no debe de ser muy estudiado, cuando su nombre no anda de boca en boca entre la gente culta, como el de otros ilustres poetas y pensadores ingleses. Los italianos de hoy, en efecto, hablan mucho de la literatura inglesa, por dos principales motivos, á mi ver; primero, por simpatía y gratitud al país que está, en lo que tiene de más floreciente, en el espíritu, enamorado de Italia: Inglaterra ¿quién lo ignora? estudia, visita, *siente* á Italia como nadie; y la arqueología, la estética aplicada á las artes gráficas y plásticas, se vuelven del lado de Italia con preferencia, en todo el Reino Unido; sobre todo, como Virgilio y los demás verdaderos poe-

á luz en sus más recientes números varias cartas inéditas de Carlyle, dirigidas á Varnhagen von Ense y escritas de 1837 á 57.

Los editores Longman y compañía preparan una colección de cartas de Geraldina Jewsbury á Jane Welsh Carlyle.

tas de Roma, se inclinaban del lado de Grecia, cual ciertas flores se vuelven hacia el sol, los grandes poetas ingleses, de lejos ó de cerca, se vuelven á Italia, ya desde Shakspeare y Milton, y más que nunca en los tiempos modernos, como bastan á probarlo los nombres gloriosos de Byron, Shelley, Keats, los dos últimos enterrados en Roma. Los poetas jóvenes, los críticos jóvenes, estudian con predilección á estos poetas ingleses por esta simpatía y gratitud..., y por el segundo motivo á que quería referirme: porque es moda en Italia y como prurito patriótico (pasajero sin duda) rebelarse contra la hegemonía literaria francesa, afectar desdén de las letras de París y volver los ojos á otras partes, á otros centros de vida intelectual, de poesía. Pues con todo esto, yo no sé que Carlyle, que tanto bueno, sin hablar mucho, dijo de Dante, haya obtenido hasta ahora de autores italianos muy particular estudio.

Francia, donde una juventud que anhela ideales nuevos, anchos horizontes, hace alarde de enmendar antiguos exclusivismos nacionales, volviendo los ojos y el alma á todas las literaturas dignas de estudio, en lo poco que de Inglaterra habla, no muestra que Carlyle haya sido consultado, con atención intensa á lo menos, por esas pléyades de filósofos y poetas noveles que declaran no contentarse con los maestros realistas y positivistas que les ofrecen las letras y la filosofía de su tierra en nuestras décadas.

Dado el espíritu novísimo de la juventud más culta de Francia, no se explica que Carlyle, bien *sentido*, no influya más, no sea más citado, á no ser por una casual distracción, por no leerlo bastante. Se comprendería este olvido si los nuevos idealistas, ó como se quiera, franceses, fueran como otros *revolucionarios* de otros tiempos que todo lo esperaban del presente y del porvenir, y nada ó muy poco del pasado: no es así; este injustísimo desdén hacia lo que fué, que tan cómodo encuentra la ignorancia que suele presidir á muchas falsas reformas, no es defecto de la juventud instruída y prudente que sabe que las grandes almas, los grandes libros, las grandes empresas intelectuales, son de todo tiempo, y que el progreso no consiste en ir borrando glorias antiguas: el moderno idealismo encuentra maestros lo mismo en los contemporáneos que en los antiguos, en los muertos como en los vivos: se sabe hoy que para un empeño de renovación pueden servir ideas de generaciones anteriores, pues las ideas no siempre florecen cuando vive el que las siembra, sino que muchas veces ellas son contemporáneas de los descendientes de quien las dió á luz. Carlyle, á mi ver, puede ser mucho mejor comprendido, más *penetrado* por cierta parte de la juventud de hoy que por la mayoría de los hombres distinguidos de su época, mejor que por el mismo Taine. Yo creo que si ciertos escritores nuevos como los P. Bourget, los Rod y otros muchos, aun más jóvenes,

se dedicaran en Francia á estudiar á Carlyle, como han estudiado á otros extranjeros, verbi gracia, Tolstoï, Ibsen, Shelley, etc., etc., no aplicarían al autor de LOS HÉROES los manoseados lugares comunes de su excentricidad, ni le llamarían visionario á secas, ni creerían tenerlo explicado todo con hablar de su panteísmo ó de su puritanismo. Pero lo cierto es que esos escritores que con tanta pena se duelen de no tener guías, de no tener el ejemplo animador de un maestro, que no encuentran en Renan mismo (y en cierto modo no lo es para lo que se pide) el Abelardo que hoy necesitan, no dan indicios de sospechar que en Carlyle, bien estudiado, hay mucho de lo que les hace falta.

Pocos meses há, Mr. de Vogüè, uno de los escritores franceses que más animan á la juventud en el camino de la restauración idealista, buscaba ayuda, en su célebre artículo *Las cigüeñas*, donde quiera que barruntaba un soplo espiritual de cierto género, y recurría á los novelistas como Tolstoï, y hasta á los graves tratadistas de ciencias morales y políticas, como el simpático y profundo Secretan... De Carlyle no se acordaba para nada. ¿Por qué así? ¿Porque ha muerto? Pero sns libros viven: ahí están LOS HÉROES, que, bien leídos, son todo un programa. Que en Carlyle habrá mucha *obra muerta*, elementos de aquella actualidad suya, pasajeros, hoy anticuados, inútiles, es indudable; pero el mérito del crítico que aproveche lo que *vió* Carlyle, consiste en depu-



rarlo, en mostrar lo que su idea tiene de permanente, lo que en ella es de una oportunidad constante. No pretendo yo, ni con mucho, emprender trabajo semejante, que ni mis fuerzas ni la ocasión me convidan á ello; pero lo poco que diga para buscar el fondo del pensamiento de Carlyle, según aparece en su obra, ha de concretarse á uno de sus libros, LOS HÉROES, y esto lo dejo para las páginas que servirán de introducción al tomo segundo de esta traducción española.

Ahora ya, en el poco espacio de que puedo disponer en este primer tomo, he de concretarme á la fácil, pero útil tarea de reducir á pocas páginas algo de lo principal que debe decirse respecto á la personalidad misma de Carlyle y á la historia de su no muy accidentada vida, cuyos dramas fueron de esos que no aparecen al exterior, que pasan dentro del alma y mejor se traslucen en los mismos escritos del protagonista.

Tales noticias, por vulgares y repetidas que sean, son necesarias en España, donde Carlyle es, para la inmensa mayoría, un desconocido.

Es claro que no he de asegurar yo que en ningún libro notable de literatura, filosofía, historia, etc., etc., de los escritos en España, se hable de Carlyle, como no sea por incidencia: no pretendo conocer todas las cosas buenas que en mi patria se han escrito en estos veinte años últimos; pero sí puedo afirmar que en lo mucho que de escritores españoles contemporáneos he leído,

no recuerdo que las ideas ni las palabras de Carlyle hayan sido invocadas por nadie, ni aun allí donde hubieran podido ser más oportunas. No es muy general entre nosotros el amor y el cultivo de las letras extranjeras contemporáneas, aparte las francesas; pero no faltan ilustres críticos que, como Valera, verbigracia, tienen al dedillo lo principal de cuanto produce la Europa intelectual moderna, y saben traerlo á cuento con arte y gracia y oportunidad exquisitas; pues con todo eso, yo ahora, en conciencia, y á lo menos fiándome á la memoria, sólo puedo citar á un escritor español que hable de Carlyle, y ese una sola vez, y en ocasión en que era indispensable tenerle presente. Me refiero á Marcelino Menéndez y Pelayo, el cual, ¿qué autor no habrá leído, qué manifestación importante del pensamiento literario no habrá estudiado? Con gran satisfacción, lo confieso, veo que en parte coincide lo que Menéndez y Pelayo dice hablando de Carlyle (1), con algunas de las principales apreciaciones que el lector habrá visto más arriba. Para el ilustre profesor de Madrid es la teoría del *Héroe* uno de los puntos culminantes en la idea de Carlyle, y señala el crítico español, desde luego, como el carácter capital en el héroe, según Carlyle, su profunda y sincera conciencia de la realidad. Ver la realidad, darle todo

(1) Véase *Historia de las ideas estéticas en España*. Tomo IV, vol. II, páginas 98 á 102.

su valor, ser sincero en absoluto y siempre, esto es lo esencial en el *herotismo* del pensador inglés: Menéndez lo reconoce, como nosotros lo hemos visto más arriba. Una nota señala nuestro insigne compatriota, digna de ser considerada para dar á lo que hizo Carlyle todo su mérito: de Carlyle parten las ideas y de Carlyle es el estilo que han de influir en el famoso John Ruskin (de quien en breve publicará algo esta biblioteca), cuyo nombre es hoy sinónimo, ó poco menos, de estética inglesa. A pesar de todo esto, se me figura adivinar que Menéndez y Pelayo no ha tenido tiempo para consagrar á Carlyle toda la atención y todo el estudio que merece; si le fueran tan familiares sus obras como, verbigracia, las de Macaulay, yo creo que el espíritu imparcial, profundo, noble, sereno y prudentemente entusiasta de Menéndez y Pelayo se hubiera impresionado más ante esta figura del inglés idealista, le hubiera consagrado análisis más extenso é intenso, y nos le hubiera recomendado, con las salvedades necesarias para muchos, como uno de los grandes consejeros del alma solitaria, que tiene que vivir en el mundo desconocido, guiándose por estas sublimes voces, siempre muy lejanas, porque vienen de fuera. Sí: Carlyle es uno de los grandes espíritus con quien se traba amistad eterna, inolvidable; sus máximas de consuelo, animadoras, son de las que, en la muerte de un hombre sincero y que ha pensado, deben de ayudar á los alientos interiores, que tal vez se

mezclan al delirio, por favor de la gracia misteriosa, inexplicable...

—

En cualquier enciclopedia literaria, en cualquier diccionario biográfico, el lector puede encontrar noticias semejantes á las que siguen, á lo menos, á parte de ellas:

Tomás Carlyle nació en 1795 y murió en 1881 (1). Vió la luz en lugar cercano á Ecclefechan, en el Dumfriesshire. Las primeras letras las aprendió en su propia parroquia, y los elementos de gramática latina en Annan. Trasládose después á Edinburgo, en cuya famosa Universidad cursó durante siete años. Nadie hubiera dicho, á juzgar por sus obras maestras, que la materia científica en que al principio de su carrera se había distinguido aquel gran idealista, tan amigo de ciertas vaguedades, hubieran sido las matemáticas. Así sucedió, sin embargo, y no debió de ser afición tan pasajera cuando el primer empleo que dió á su ociosidad, al aplicar sus estudios á la lucha por la existencia, fué admitir una plaza de profesor de ciencias exactas en un colegio de Fifeshire. Después, por los años de 1823, se le encuentra en un destino que tantos grandes hombres de los países más cultos han desempeñado: en funciones de director, go-

(1) El 6 de Febrero, en Chelsea, en los alrededores de Londres.

bernador, ó como se quiera llamar, de M. Buller. A pesar de estos cambios, á que la necesidad obligaría, el camino que á Carlyle se le había trazado era el de la iglesia; más, á tiempo por su fortuna, consultó su vocación verdadera, siguió sus voces y decidió ganar el pan como pudiera, entregándose á tareas propiamente literarias. Inauguró sus tareas de este género ante el público, colaborando en la *Edinburg Cyclopedia* de Breueter. Allí aparecen ya sus aficiones á la literatura europea, mezcladas con estudios nacionales: firma, en efecto, artículos en que estudia á Montaigne, Nelson, los Pitt, etc. Traduce por aquel tiempo la *Geometría*, de Legendre, pagando tributo tal vez á sus necesidades y al mismo tiempo á su antigua inclinación hacia las matemáticas

El primer trabajo importante en que ya vemos algo del Carlyle que admiramos y estudiamos, aparece en 1823, en *London Magazine*, y es la primera parte de la *Vida de Schiller*, la cual, en 1825, se publicó en un volumen y mereció ser traducida al alemán con una introducción del gran poeta, de Goethe, á quien Carlyle tanto había de estudiar, comentar y defender contra el *cant* de sus compatriotas. Ya en 1824, Carlyle había traducido un libro del gran pagano, *Los años de aprendizaje de Guillermo Meister*, de aquel Guillermo Meinster de que Carlyle dice en sus «Misceláneas» tan profundas y justas cosas. Aunque menos íntima, naturalmente,

aparece aquí una comunidad espiritual de Goethe y Carlyle, que recuerda la de Goethe y Schiller. A Schiller y á Goethe estudió y analizó, *amándolos*, como él decía, el autor inglés, y tal vez en lo más hondo del alma de Goethe penetró mejor y vió con más claridad Carlyle que Schiller, cuyo genio *plástico*, cuya crítica, más noble que zahorí, se acercaba menos á ciertas cualidades de Goethe, el de los sublimes cambiantes, que las intuiciones y vaguedades adivinatoras de Carlyle. Con aquella traducción de Guillermo Meister empezó á sufrir Carlyle serios ataques de la crítica inglesa, pues nada menos que el célebre Jeffrey le combatió en el citado *London Magazine*. El año de 1825 es memorable en la vida de Carlyle. Se casa. No hay aquí tiempo, ni tengo yo datos suficientes, pues de la memoria no me fio, para examinar hasta donde se pudiera, la influencia del nuevo estado en este poeta filósofo, que tanto pone de sí mismo en sus obras. Sólo diré que Carlyle tuvo por esposa una digna compañera de tan gran espíritu, mujer superior sin duda, superior por el talento, por la sensibilidad, y, sobre todo, por la superioridad más genuinamente femenina, por la abnegación dulce, graciosa, de la mujer que tiene una especie de culto clásico, elegante, del deber que la ata á su hogar con lazos que Dios aprieta. Fué tan ilustre y simpática señora como una de aquellas mujeres inglesas de Shakspeare, sumisas, sencillas, nobles y graciosamente virtuosas; pero añadía á

estas cualidades la cultura y elevación intelectual propias de la mujer distinguida de nuestro siglo, de prudente y relativa emancipación moral de la mujer honrada. No hablen de esto las que no lo son; y no lo son, sin dudá, las adúlteras. La mujer tiene derecho á su alma, pero no como pretexto para rescatar el cuerpo de una ley social libremente admitida. La libertad espiritual en que puede volar la esposa fiel, cuya imaginación y facultades estéticas reclaman espontaneidad, vida independiente, son cosa muy diversa del libertinaje porque aboga la desfachada hembra que empieza por abdicar la corona de la castidad para ambicionar otras hombrunas y de talco... Ha habido *mujeres de artistas*, como algunas de las que describe Daudet, que por su incapacidad para comprender y *ayudar* á su compañero, con la especie de ayuda que Romney pedía á Aurora Leigh, en el hermoso libro de Isabel Barret Browning, parece que en cierto modo casi justifican, ó por lo menos explican y disculpan algo la infidelidad subrepticia y *fragmentaria* del esposo, en rigor solitario, *viudo*.

Mas no era de éstas la compañera de Carlyle, que si no podía seguirle, ni había para qué, en todas sus lucubraciones y ensueños sublimes, comprende de ellos lo bastante para admirarle y estar orgullosa de él, y perdonarle, aunque fuera con dolor, ciertas excursiones al país de la galantería elegante, y para convertir en una religión del hogar los disculpables caprichos y

manías domésticas del buen sabio, que quería el pan cocido por su esposa, y la llevaba á sus soledades á compartir sus melancolías de genio, sin saber de las causas de ellas la esposa cosa más clara. Pero así como Federica Brion se sacrificó al amor que Goethe la tuvo, y dijo á un pretendiente que ella, amada por aquel poeta un día, no podría ser ya de otro hombre, mistress Carlyle se resignó á que su marido no la amase á ella sola con la ideal fidelidad que pide el sacramento; y si no contenta, satisfecha de sí misma, veló noches y noches junto al horno en que se cocía el pan único que había de comer aquel excéntrico personaje, tan irritado con las maldades y falsedades del mundo, de que su esposa ciertamente no tenía culpa. De lo que las manías de Carlyle hicieron padecer á aquella noble señora, se habló mucho, y se sacó partido para censurarle á él; pero es seguro que quien tanto le quería, hubiera sabido padecer aún más por librarle del desencanto de ver á la querida Inglaterra huir de los sabios y nobles consejos del autor de *Los Héroes* para empeñarse más y más cada día en el utilitarismo de los Stuart Mill y Heriberto Spencer, como con cierta fruición, nada sublime, nota Mr. Cherbuliez, al cantarle á Carlyle el entierro en el conocido estilo de la *Revista de Ambos Mundos*.

En cuanto á la delicada cuestión amorosa, los críticos, ó lo que fueran, dejaron consignado que Carlyle, cuando se decidía á abandonar por algún

tiempo su vida de ogro bien tratado, no tenía fuerza suficiente para desdeñar los halagos de las hermosas damas espirituales é insinuantes que solicitaban su atención y aprecio con mejores ó peores artes. No cabe negar que Carlyle, que tanto *amó* y comentó á Juan Pablo Richter, no supo imitarle en el gracioso tesón con que el humorista alemán supo rechazar las pretensiones de muchas mujeres que, tras admirarle, le quisieron para sí; pero no hay que tomar tampoco al autor de *Sartor resartus* por un Tenorio ni con cien leguas. De haber picado en escándalo sus expansiones ó debilidades del género galante, el *cant* inglés se habría valido de ellas con más eficacia.

En fin, ello fué que se casó en 1825 y se retiró, por de pronto á su quinta de Craigenputoch, en el Dumfriesshire. En 1827 se le ve colaborando en la célebre Revista de Edimburgo, y después en *Foreign Quarterly* y en *Fraser's Magazine*.

Entonces publica los artículos que constituyen sus famosas misceláneas (*Miscellaneous Essays*). Esta obra, sin embargo, tal como aparece en la reimpresión de Chapman and Hall de 1888, en siete volúmenes, titulada *Critical and Miscellaneous Essays*; abarca desde el estudio de Juan Pablo, publicado en 1827 en la Revista de Edimburgo, y llega á la colección tal como fué hecha en 1860 (First time, 1839; final, 1869). Comprende la principal tarea de crítica literaria de Carlyle se-

gún él la entendía, es decir, mezclándola con elementos éticos y políticos, según han hecho también tantos otros. En 1837 publica su *Revolución francesa* (French Revolution) que, según un crítico francés, es un ditirambo, pero ya veremos, al hablar de *Los Heroes* en qué sentido puede alabar Carlyle la obra, irremediable, necesaria consecuencia del espíritu de negación del siglo XVIII.

Uno de los libros más populares de Carlyle, y el que le ha valido principalmente el título de humorista, es *Sartor resartus*, que Menéndez y Pelayo declara digno del autor de *Quintus Fixlein y Levana*, del famoso Juan Pablo. Esta obra, escrita en 1830, es rechazada por los editores, que no comprenden su extraño simbolismo; pero al fin se publica en 1838 con un éxito inmenso, asegurando á su autor una especie de principado en las letras inglesas. *Sartor resartus* sirve á Carlyle para exponer, con originalidad poética algo extraña, su simbolismo, que muchos llaman místico. ¿Qué es el hombre, pregunta, para los ojos del vulgo? Un bípedo adornado con calzones; á los ojos de la pura razón ¿qué es? un alma, un espíritu, una aparición divina. Existe un yo misterioso, oculto bajo este *vestido* de la carne. Porque lo visible no es más que un vestido de algo superior invisible... Las cosas visibles son emblemas... Nuestras raíces están en la eternidad... Parece que nacemos y morimos, pero en realidad *somos*. Sólo perecen las sombras... Nuestros miembros,



nuestro cuerpo y las pasiones... sombras. ¿Qué hay debajo de todas estas viles apariencias? No se sabe; si el corazón lo adivina, la inteligencia lo ignora. La creación es el arco iris; pero el sol que lo produce no se ve. (De él tenemos un sentimiento, no una idea; su esencia quedará siempre sin nombre, dice Carlyle en otro libro, *Past and Present*.)

Nuestro autor volvió á Londres, y en 1837 da conferencias públicas acerca de varios asuntos de literatura alemana y de historia general y literaria. Sus discursos acerca de las *Revoluciones de la Europa moderna* le llevan á explicar las materia de su famosa teoría acerca del *Culto de los Héros*, que da ocasión á las conferencias famosas que se traducen en estos tomos. En 1843 salió á luz la citada obra *Pasado y presente*, y en 1845 el célebre trabajo histórico titulado «Cartas y discursos de Oliverio Cronwell (*Oliver Cromwell's letters and speeches*), que en opinión de Taine es la obra magistral de Carlyle; juicio que no es extraño en un historiador de vocación, que tanto valor da al estudio exacto de la realidad del pasado, cuando los *pormenores*, bien estudiados, los aprovecha el gran talento de un pensador y un artista. Por último, y dejando aparte ciertos opúsculos menores, se debe recordar que en 1851 se publicó la *Vida de Sterling*, y de 1858 á 1865 la importante historia de *Federico el Grande*.

Observa el citado Valbert (Cherbuliez), con

cierta íntima complacencia tal vez, que aunque Tomás Carlyle siguió publicando su pensamiento, en su vejez no se le oía más que con respeto, pero sin seguirle, sin hacerle gran caso: las corrientes iban por camino muy diferente del que él señalaba; además, añade el crítico francés, en rigor, Carlyle no hacía más que repetirse. No cabe negar que la *obra* importante, capital, del gran idealista escocés, no es de estos últimos tiempos; aunque vivió hasta 1881, su influencia directa no llegó tan acá pero en cambio la eficacia de su doctrina, de su elocuencia, vive, como ya dijo Menéndez y Pelayo, en la propaganda estética de Ruskin, en la influencia de los pintores pre-rafaelistas y en la poesía análoga, y acaso en cierta tendencia nueva de la psicología; y, sobre todo, vive Carlyle y vivirá en el corazón de cuantos lleguen á conocer sus obras y vean cómo se conforman con los más íntimos anhelos y las intuiciones más poderosas de las novísimas tendencias. Yo creo que así como Stendhal, cumpliéndose una profecía suya, *resucitó* muchos años después de muerto, y fué mejor y más leído y admirado en 1880 que en su época; y así como Schopenhauer, también según sus vaticinios, fué más estudiado, comentado y seguido que al dar á luz su sistema, muchos años después, del propio modo Carlyle, fuera de su país principalmente, influirá en adelante, porque hay mucho en sus ideas respecto del misterio y su religión y ciencia; en sus ideas respecto de la

santidad de lo real, del valor de la imaginación, del sentimiento, de lo inefable de las impresiones, de la inanidad de las fórmulas científicas y políticas, y respecto de otras muchas cosas que concuerdan con pruritos modernísimos, muy legítimos y oportunos.

Pero en añadir algo en este punto, insistiré al examinar, por vía de introducción del segundo tomo, el libro LOS HÉROES.

CLARÍN.

Oviedo, Octubre 1892.

PRIMERA CONFERENCIA

EL HÉROE COMO DIVINIDAD

Odino.—Paganismo.

Londres, martes 5 de Mayo de 1840.

Hemos emprendido la tarea de discurrir aquí sobre los grandes hombres; su manera de aparecer en los negocios de nuestro mundo, cómo se formaron en la historia del mismo, qué ideas fueron respecto á ellos las de los demás hombres; qué obra llevaron á cabo. Es decir, trataremos de los Héroes, del papel que representaron, y de la acogida que obtuvieron; de lo que yo llamo culto del héroe y lo heroico en los negocios humanos. Salta á la vista la grandeza de este tópicó, y que merece un estudio más concienzudo del que le vamos á consagrar en estos momentos. Asunto grande, é ilimitado en verdad, y como la misma historia universal, inmenso. Porque, según yo lo considero, la Historia Universal, la historia de lo que el hombre ha realizado en este mun-

do, es, en el fondo, la historia de los grandes hombres que trabajaron entre nosotros. Estos fueron en verdad capitanes, grandes capitanes, los que modelaron la vida general, ejemplos vivos y en sentido vasto, creadores de todo cuanto la masa de los hombres ha procurado hacer ó alcanzar; todas las cosas que vemos cumplidas y atraen nuestra atención en el mundo, son propiamente el resultado material y externo, la realización práctica, la forma corporal, la materialización del pensamiento de los grandes hombres que nos fueron enviados: su historia, para hablar con verdad, sería el alma de la historia del mundo entero. Verdaderamente es éste un asunto que desde luego no podremos tratar en este lugar con toda la justicia que se merece.

Los grandes hombres, de cualquier manera que se les considere, son compañía provechosa, y esto es un consuelo. No podemos fijar nuestra consideración en un grande hombre, siquiera sea imperfectamente, sin que nuestra alma gane algo en ello. El es la fuente de luz viviente en cuya orilla nos complacemos. La luz que ilumina, que ha iluminado la oscuridad del mundo; y no como lámpara encendida, sino más bien como natural luminaria, resplandeciendo por dón divino del cielo; una corriente fuente de luz, según voy diciendo, de íntima y nativa originalidad, virilidad, nobleza y heroísmo, y á cuyo contacto todas las almas se sienten en su elemento. De cualquier manera que se considere, estoy seguro de que no

titubearéis en acompañarme, por unos instantes, en tan noble compañía. Estas seis clases de héroes, escogidos en las más apartadas épocas y regiones, y difiriendo completamente en su forma externa, debieran, si los consideramos con fidelidad, esclarecer muchos puntos, no sin interés para nosotros. Si los examinásemos como corresponde, no hay duda que penetraríamos hasta la misma esencia de la historia del mundo. ¡Cuán feliz si pudiera de cualquier manera, en tiempos como los presentes, poner de manifiesto ante vosotros la verdadera significación del heroísmo; la relación divina (que bien la puedo llamar así) que en todos tiempos une un grande hombre á otros hombres; y de esta manera, no agotar, sino quebrantar y romper algo más que la superficie del terreno! De todos modos, me aventuro y afronto la empresa.

Se dice, y en todos sentidos está bien dicho, que la religión de un hombre es el hecho de mayor importancia con respecto al mismo. De un hombre ó de una nación de hombres. Por religión no quiero dar á entender aquí el credo eclesiástico que profesa, los artículos de fe por él suscritos, y, en palabras ó de cualquier otra manera, sostenidos; no es esto enteramente, y en muchos casos de ninguna manera es esto. Vemos hombres de todo género de creencias públicas, alcanzar todos los grados de prestigios ó desprestigios bajo la forma de todas ó cualquiera de ellas. No es á esto á lo que yo llamo religión; á esta profesión, á esta

aserción, que á menudo no es otra cosa sino la profesión y aserción que parte de la exterioridad del hombre, de su parte argumentativa, si acaso llega á tanto. Pero lo que un hombre prácticamente cree (y esto frecuentemente basta, aun sin declarárselo á sí mismo y mucho menos á los demás); lo que un hombre prácticamente cree y siente de corazón y tiene por concerniente á sus relaciones vitales con este misterioso universo, y su deber ó destino en él, y que en todo caso es la cosa primordial para él y fundamentalmente determina todo lo demás, esa es su *religión*, ó tal vez su mero escepticismo y no *religión*: la manera de que está y en que él se siente estar espiritualmente relacionado al mundo invisible ó no mundo. Y yo digo: si vosotros me decís lo que eso es, me decís, hasta una parte muy importante, lo que el hombre es y la clase de cosas que él hará. De un hombre ó de una nación yo pregunto, primero de todo, qué religión tuvieron.

¿Era paganismo, pluralidad de dioses, mera representación sensual de este misterio de la vida, y por alma reconocida del mismo la fuerza de la materia? ¿Era por ventura el cristianismo, la fe en un Invisible, no sólo como sér real, sino como la sola realidad; el Tiempo á través de todos sus mínimos instantes descansando sobre la eternidad; el imperio idólatra de la fuerza suplantado por una supremacía más noble, la supremacía de la santidad? ¿Era el escepticismo, la incertidumbre con el afán de investigar si en verdad

existía un mundo invisible, un misterio de la vida, apariencia y engaño de los sentidos, la duda por todas partes, ó quizás la incredulidad, y por añadidura la negación categórica?

Con la contestación á todas estas preguntas se nos da la clave de la historia del hombre ó de la nación. Los pensamientos que tuvieron fueron los padres de las acciones que hicieron; sus sentimientos fueron los padres de sus pensamientos; lo invisible y espiritual en ellos fué lo que determinó lo actual y lo externo;—y el hecho grande con respecto á ellos fué su religión, como voy diciendo.

En estos Discursos, ciñéndonos á los límites que nos hemos propuesto, nos concretaremos únicamente á la fase religiosa de la cuestión, y una vez conocida, todo está conocido. Hemos escogido como el héroe primero de nuestra serie, á Odino, como la figura central del paganismo escandinavo; emblema para nosotros de un orden de cosas de la mayor importancia. Contemplemos por un momento al héroe como divinidad, la primordial y más antigua forma del heroísmo.

Casi inconcebible para nosotros, en nuestros días, es seguramente la forma extraña de este paganismo. Un laberíntico é inextricable monte de perspectivas engañosas; confusiones, falsedades, cubriendo el ancho campo de la vida con todo género de absurdos. Una cosa que nos llena de asombro y casi, á ser posible, de incredulidad, porque verdaderamente no es fácil comprender que hom-

bre alguno, en su sano juicio, pudiera jamás, á sangre fría y con los ojos abiertos, creer y vivir en tales absurdos y con doctrinas semejantes. Que haya habido hombres capaces de adorar como al mismo Dios á uno de sus semejantes; y no sólo á un semejante suyo, sino pedazos de leña, piedras y todo género de animados é inanimados objetos; y que de este caos de alucinaciones y absurdos se formasen, para su propia satisfacción, una teoría del universo: todo esto se nos presenta, y nos parece una fábula increíble; y, sin embargo, es un hecho claro y evidente que así lo hicieron.

Entre tal laberinto de insensateces, irreverencias y torpezas, vivieron hombres como nosotros real y verdaderamente; y vivieron en tal estado contentos y satisfechos, aunque á nosotros nos parezca extraño. Sí: detengámonos triste y silenciosamente en presencia de los abismos y tinieblas que interior y exteriormente circundan al hombre, al mismo tiempo que nos regocijamos sobre las alturas de más espléndidos horizontes, producto de sus propios esfuerzos y energías: tales cosas hubo y hay en el hombre, en todos los hombres, y en nosotros también.

Algunos pensadores especulativos tienen una manera especial y concisa de resolver de plano todo cuanto se refiere á las religiones paganas: charlatanería, imposturas sacerdotales, y todo cuanto sirve á dominar y extraviar la credulidad de los pueblos, así se nos dice. Ningún hombre en su sano juicio, decimos nosotros, creyó jamás tal

cosa, ni jamás procuró imponer tales creencias á ningún otro hombre en el pleno goce de sus naturales facultades. Será nuestro deber protestar con frecuencia contra esta especie de hipótesis, referentes á la historia y á los hechos del hombre; y por nuestra parte, desde ahora mismo protestamos contra esas suposiciones referentes al paganismo y á todos los *ismos* á través de los cuales el hombre se ha esforzado por abrirse un camino y hacerse un lugar para vivir en el mundo. En todos ellos hubo una verdad, pues de otro modo jamás el hombre los hubiera sostenido. Ciertamente que abundan en el mundo la impostura y el charlatanismo; sobre todo en las religiones y muy especial y particularmente, y en grado superlativamente temible, en aquéllas que alcanzaron su grado máximo de decadencia: pero el charlatanismo jamás pudo ser la influencia generadora de semejantes cosas; jamás la robustez y la vida de las mismas, sino más bien el precursor certero de la aproximación de su muerte. No olvidemos esto jamás: para mí es una de las hipótesis más tristes, la del charlatanismo engendrando género alguno de fe, ni aun siquiera entre los salvajes. Ni el charlatanismo ni la impostura pueden de modo alguno dar vida á nada, sino muerte segura á todas las cosas. Jamás llegaremos al conocimiento verdadero de cosa alguna si no abandonamos de una vez para siempre toda hipótesis de farrago charlatanesco, considerándolas como verdaderas y dañosas enfermedades y corrupciones del espí-

ritu; siendo nuestro deber, y el deber exclusivo de todo hijo de Adán, acabar con ellas y barrerlas de nuestros pensamientos y de nuestras costumbres. El hombre es por naturaleza el enemigo natural de toda laya de mentiras. Yo veo, hasta en el mismo Gran Lamismo, una especie de verdad oculta; léase, si no, la relación que de su embajada á aquel país nos hace Mr. Turner; relación imparcial, inteligente, algo escéptica, y júzguese. Aquella pobre gente del Thibet tiene la creencia de que Dios envía siempre á cada generación una encarnación de sí mismo: en el fondo una creencia en una especie de Papa, y para nosotros algo mejor: una creencia de que hay un hombre mucho más grande, superlativamente: de que se le puede descubrir, y de que, una vez descubierto, debemos corresponderle con obediencia ilimitada. Esta es la verdad del Gran Lamismo, sin más error que lo de poder descubrir á ese *grandísimo hombre*. Los sacerdotes thibetanos poseen métodos peculiares para descubrir cuál sea el hombre más grande, propio y capaz de dominar supremamente sobre todos los demás. Métodos inadmisibles, malos: mas, por ventura, ¿son acaso peores que nuestros métodos, peores que creerle ser siempre el primogénito de cierta genealogía? Pero es cosa muy difícil esto de hallar métodos para ciertas cosas. Comenzaremos á poder comprender el paganismo cuando admitamos que para sus secuaces hubo un tiempo en que fué seria y formalmente verdadero. Admi-

tamos, sin ningún género de duda, que hubo hombres que creyeron en el paganismo; hombres con los ojos abiertos, sano el sentido; hombres hechos enteramente como nosotros, y que nosotros, en su lugar, habríamos creído lo mismo. Preguntad ahora lo que pudo haber sido el paganismo.

Otras teorías, algo más respetables, atribuyen estas cosas á la alegoría. Fué, dicen estos teóricos, un esbozo en sombras, en alegóricas fábulas, en personificación y forma visible de lo que estos espíritus poéticos habían conocido, sentido y creído de este universo. Lo que concuerda, dicen ellos, con una ley primaria de la naturaleza humana, aún existente en todas partes, aunque en casos menos importantes; y se reduce á que lo que un hombre siente en sí mismo intensamente, no descansa hasta no verlo fuera de sí por medio de la palabra y representado á sus ojos en forma visible, como si tuviese vida y realidad histórica. Ahora bien: sin ningún género de duda, existe semejante ley, y es una de las más profundamente arraigadas en la humana naturaleza; no necesitamos dudar de que esta ley ha influido fundamentalmente en estos asuntos. La hipótesis que atribuye el paganismo, ya en todo ó en su mayor parte, á este agente, yo la califico de un poco más respetable; pero no la puedo calificar todavía de verdadera hipótesis. ¡Ahora pensad si habríamos de tomar por norte de nuestra vida una alegoría ó un pasatiempo

poético! No pasatiempo poético, sino cosa más grave y seria sería lo que exigiríamos. Cosa importantísima, y de las más graves, tener que vivir en este mundo; no es cosa de juego esto de tener un hombre que morir. Jamás la vida fué para el hombre cosa de juego; esto de vivir ha sido siempre asunto gravísimo, realidad muy dura bajo todos los aspectos.

Veo, por lo tanto, que aunque estos teóricos de la alegoría están, respecto á la materia, camino de la verdad, no han conseguido alcanzarla todavía. La religión pagana es, en verdad, una alegoría, un símbolo de lo que los hombres sintieron y conocieron respecto al universo; y todas las religiones son símbolos de aquel mismo símbolo, de las opiniones y sentimientos de los hombres, y sujetas, por lo tanto, á las mismas alteraciones y transformaciones en el tiempo; y parécenos, por lo tanto, una perversión y aun inversión de los términos poner de frente, como origen y causa motora, lo que en rigor no viene á ser otra cosa que el resultado y el término. Jamás fué necesidad imperiosa del hombre esto de formar hermosas alegorías ó símbolos perfectos y poéticos, mas sí lo que había de creer y conocer con respecto á este universo; qué rumbos emprender, qué temer ó esperar; qué hacer ó dejar de hacer en esta misteriosa peregrinación de la vida. El *Pilgrim's Progress* es una hermosa, seria y justa alegoría; pero consideremos si la alegoría de Bunyan pudiera haber de ninguna ma-

nera precedido á la fe que simboliza! La fe tenía indispensablemente que existir allí, y ser al mismo tiempo mantenida y creída por todo el mundo; alegoría pudo entonces llegar á ser una sombra; y con toda su importancia y seriedad, llamémosla sombra aparatosa, mero entretenimiento de la fantasía, en comparación del hecho solemne y científica certidumbre que poéticamente procura de todas veras simbolizar. La alegoría es el producto, no la productora, de la certidumbre; y esto no sólo con respecto á Bunyan, sino en todos respectos; por lo tocante al paganismo, todavía nos queda por investigar la certidumbre científica de su procedencia, verdadera causante de este enmarañado montón de alegorías, errores y confusiones, y averiguar la manera de su existencia y lo que genuinamente representaba.

Cierto que sería pueril, y hasta temerario, pretender explicar en este sitio, ó en cualquier otro sitio, un fenómeno tan embrollado, tan distante y oscuro como el paganismo, más semejante á un espejismo que á un continente lejano de hechos y tierra firme. Para nosotros ya no es una realidad, pero lo fué, y en esto persistimos y nos esforzamos, procurando hacerlo comprender así á todos los demás; afirmando que jamás debió su origen á ningún sueño poético, y, menos que todo, á la impostura y al engaño. Los hombres, vuelvo á decir, jamás creyeron en cantares ociosos, ni aventuraron jamás la vida de su alma por



alegorías; los hombres, en todos tiempos, y muy especialmente en los primitivos y difíciles, han tenido un particular instinto para desenmascarar impostores, para detestarlos y aborrecerlos. Tratemos de ver si dejando á un lado entrambas teorías, y escuchando con atención afectuosa el rumor lejano y confuso de las edades gentílicas, podemos siquiera estar seguros de que en el corazón de todas ellas no hubo mentira ni distracción voluntarias, sino que á su manera, dada su pobre condición, fueron genuinamente verdaderas y racionales.

Recordaréis aquel cuento de Platón, de uno que se crió hasta la edad madura en una oscura caverna y á quien de repente sacaron al aire libre para ver el sol naciente. ¡Cuál no sería su admiración, su asombro, su arrobamiento al contemplar lo que nosotros presenciarnos todos los días con la mayor indiferencia! Con la libre espontaneidad del niño y la madura reflexión del hombre, todo su corazón debió encenderse á la vista de aquel astro soberano; y su alma, arrobada y sorprendida, prosternarse y adorarle como á una divinidad. Esta infantil grandeza debió de existir entre los pueblos primitivos. El primer pensador gentil entre los pueblos incultos, el primer hombre que comenzó á pensar, fué precisamente el hombre-niño de Platón. Sencillo y franco como un niño, pero con la fuerza y la inteligencia de un hombre. La naturaleza todavía no tenía nombre para él; ni había todavía, por

medio de la virtud de un nombre, comprendido la infinita variedad de perspectivas, ruidos y sonidos, formas y movimientos que nosotros llamamos colectivamente naturaleza, universo ó cosa así, hasta lo infinito, y con un nombre la despedimos de nosotros. Para el hombre primitivo, rudo y todo sentimiento, todo era nuevo, sin la máscara de nombres ni de fórmulas. Allí, de pie, irradiando en él todo su esplendor, hermoso, solemne, inexplicable. La naturaleza era para este hombre lo que siempre fué para el pensador y el el profeta—sobrenatural,—lo que está fuera del orden común de las cosas. Esta, en granito fundada y floreciente tierra; los árboles, las montañas, los ríos, las cascadas, la voz de los torrentes y el lejano ruido de los anchos y alborotados mares, el océano inmenso de luz y azul, que flota sobre nuestras cabezas; los vientos que le barren, ya con la blandura del céfiro ó con la fuerza incontrastable del huracán; la nube negra que se forma y condensa en sí misma, ya arrojando fuego, ya granizo, ya lluvia, ¿qué es? Sí: ¿qué es? A fondo, todavía no lo sabemos, ni podremos saberlo jamás. Ni nuestra inteligencia, ni inteligencia alguna, por superior ni grande, será capaz de sacarnos de este laberinto de dificultades; tal vez, por cualidades contrarias, cesemos de maravillarnos de cosa alguna en el mundo; y esto á causa de nuestra liviandad, carencia absoluta de penetración, falta total de carácter, de dignidad y alteza de pensamientos. Endurecidos, y cubriendo

toda iniciativa y aspiración generosa que nos formemos con una envoltura de tradiciones, rumores, meras palabras, llamamos al fuego de la negra nube, donde se forma el trueno, «electricidad»; y discurrimos erudita y científicamente sobre ello, y hasta procuramos producir el mismo efecto sirviéndonos del cristal y la seda; pero ¿qué es ello? ¿Qué cosa lo hizo? ¿De dónde procede? ¿Adónde va? La ciencia ha hecho mucho por nosotros; pero es una ciencia muy pobre la que quisiera ocultarnos la grande, profunda, sagrada *infinitud* de la *Nesciencia*, adonde jamás espíritu humano podrá penetrar y donde la ciencia, como mera película, no hace más que flotar superficialmente. Después de toda nuestra ciencia y ciencias, nuestro mundo es todavía un milagro, pero milagro maravillosísimo, inescrutable, mágico, y mucho más para quien quiera pensar y meditar sobre ello.

Ese gran misterio del tiempo, aunque no hubiese otro; esa cosa ilimitada, silenciosa, incansable, que llamamos tiempo, rodando, abalanzándose rápido, silencioso como la marejada inmensa del Océano, avanzando y abarcándolo todo, y sobre el cual nosotros y el universo entero flotamos como exhalaciones, como apariciones que son y luego no son: esto será para siempre un milagro capaz de hacernos enmudecer, llenándonos de terror y espanto, porque no tenemos palabra para hablar de ello. Este universo, ¡ay! ¿qué conocimiento podría tener de él el hombre pri-

mitivo? ¿qué sabemos nosotros á estas horas? Que es una fuerza, conjunto complejo de fuerzas multiplicadas al infinito, una fuerza que no es nosotros. Eso es todo; no es nosotros, es enteramente diferente de nosotros. Fuerza, fuerza, y por todas partes fuerza; nosotros mismos, una fuerza misteriosa en el centro de todas.

La hoja desprendida del árbol, y pudriéndose por los caminos, ¿quién la destruye sino la fuerza que aniquila? Y no sólo esto, sino que para el pensador ateo, á ser posible que tal pensador existiese, debe, por necesidad, ser un milagro, y de los más estupendos. Este inconmensurable torbellino de fuerzas que nos envuelve á todos nosotros aquí abajo, torbellino incansable, viejo como la eternidad, y como la inmensidad insondable, ¿qué es? Para los pueblos religiosos, la creación de Dios, la obra de Dios Todopoderoso. El ateo, la ciencia del ateo, sigue ofreciéndonos, en una jerga ininteligible, sus nomenclaturas y experimentos científicos, como si se tratase de un cuerpo muerto ó de cosa todavía más insignificante y capaz de envasarse en frascos de Leyden para expender en las droguerías; pero en todos tiempos, el sentido natural del hombre, cuando quiere hacer uso de él en conciencia, lo ha proclamado cuerpo viviente, divino é inexplicable y ante cuya presencia la actitud más propia y conveniente para nosotros, después de tanto saber y de tantos descubrimientos, es la de prosternarnos con devoción profunda y humildad de

espíritu, y rendirle culto, si no en palabras, en silencio.

Observo, además, lo que en tiempos como los nuestros necesita el poeta ó el profeta enseñarnos; necesitamos que el poeta y el profeta nos enseñen el modo de despojarnos de todas esas irreverentes envolturas, nomenclaturas y científicas vulgaridades; esto, el alma antigua, no contaminada con este fárrago, lo hizo por sí misma. El mundo, hoy solo divino para los pocos dignos de contemplarle, era entonces divino para todo el que quería volver los ojos hacia él, mirarle cara á cara, de pie y desnuda la frente. «Todo era semejante á Dios, ó Dios»: Juan Pablo lo cree así todavía; el gigante Juan Pablo, para quien no existen vulgaridades que el mundo entonces no conocía. Canope, iluminando el desierto con el esplendor de azul diamante de su disco (aquella singular azul brillantez semejante á un espíritu, mucho más brillante de lo que nosotros podremos jamás presenciar aquí) debió penetrar en el corazón del errante ismaelita, á quien guiaba á través del desierto solitario. Para su corazón salvaje, lleno de sentimientos y sin voz con que expresarlos, aquella estrella, Canope, debió parecerle un ojo misterioso, mirándole desde lo más hondo y profundo de la eternidad, revelándole con particular predilección el misterio de su esplendor. ¿No podremos comprender ahora cómo estos hombres rindieron culto á Canope, y llegaron á ser lo que nosotros llamamos sabeos, adoradores de los

astros? Tal es para mí el secreto de todas las formas de paganismo. El culto no es otra cosa que admiración trascendental, admiración para la que no hay ahora límite ni medida: ese es el culto. Para estos hombres primitivos, todo cuanto existía, todo cuanto veían á su alrededor, era un emblema de lo invisible, de algún dios.

Y ahora considerad lo que de verdad había en todo esto. Nosotros, no ya en el esplendor de los astros, sino en la más indiferente hierbecilla, ¿no vemos á Dios visiblemente, si queremos prestarle la luz de nuestra inteligencia y de nuestros ojos? Nosotros, ahora, no rendimos culto de esa manera; pero ¿no consideramos todavía como un mérito, prueba de lo que llamamos natural poético, esto de reconocer que todo objeto encierra en sí una hermosura divina; que todo objeto viene á ser un mirador, desde donde podemos contemplar el Infinito mismo? Al que sabe discernir la hermosura de las cosas, llamámosle poeta, pintor, genio, privilegiado, digno de amor. Estos pobres sabeos hicieron lo mismo que hace el poeta, el hombre de genio; pero á su manera. Que ellos lo hicieran, no importa de qué manera, fué un mérito mucho más de apreciar si lo comparamos con lo que hizo la estupidez de los demás seres, el caballo y el camello por ejemplo: nada absolutamente.

Ahora bien; si toda la variedad infinita de objetos que fija nuestra atención son para nosotros emblemas de Dios, del Altísimo, con mucha más

razón que á ninguna otra cosa, corresponderá al hombre tal emblema. Tal vez habréis oído el célebre dicho de San Juan Crisóstomo, referente al Shekinah ó Arca de la Alianza; revelación visible de Dios entre los hebreos: «¡El verdadero Shekinah es el hombre!» Sí, es el hombre: no palabra vacía, sino verdadera, en todo su alcance y significación. La esencia de nuestro ser, el misterio que en nosotros se llama Yo, ¿con qué palabras podremos significar estas cosas? Es un hálito del cielo; el Ser Altísimo sobre todos los seres se revela en el hombre. Este cuerpo, estas facultades, la vida misma, ¿no nos están diciendo no ser otra cosa sino la envoltura y semejanza de aquello que no tiene nombre? «¡No hay más que un templo en el Universo, dice Novalis, y ese templo es el cuerpo del hombre. Nada más santo que esa forma sublime. Inclinar-se ante el hombre, es una reverencia hecha á esta revelación en la carne. Tocamos al cielo al poner la mano sobre un ser humano!» Esto parecerá un juego de palabras, pero no lo es; antes, si bien lo meditamos, veremos en todo ello un hecho científico, la expresión de la verdad actual de la cosa, expresada de la mejor manera que nos es dable. Nosotros somos el milagro de los milagros, el grande é inescrutable misterio de Dios. Nosotros no podemos comprenderlo, ni sabemos cómo hablar de ello; pero podemos sentir y saber, si queremos, que así es verdaderamente.

Bien: ha habido un tiempo en que estas verda-

des fueron mejor sentidas que ahora. Las generaciones jóvenes del mundo, con la frescura y lozanía del niño y la seriedad y profundidad del hombre; que no creían haber agotado todas las cosas del cielo y de la tierra por haberlas revestido de nombres y nomenclaturas científicas, sino contemplándolas y admirándolas directamente, sintieron y reconocieron mejor lo que en el hombre y en la naturaleza había de Dios ellos, en su pleno sentido, pudieron adorar la Naturaleza, y al hombre, más que otra cosa alguna, en la naturaleza. Culto, esto es, admiración sin límites, según dijimos más arriba. Esto hicieron ellos en el uso completo de sus facultades y con toda la sinceridad de sus corazones. Yo considero el culto de los héroes como el gran elemento modificador en el antiguo sistema de pensar. Lo que nosotros llamamos el intrincado embrollo del paganismo, tuvo origen en muchas causas: toda admiración, toda adoración á una estrella ó natural objeto, era un hilo ó la fibra de una raíz; pero el culto del heroísmo es la raíz más honda de todas; la raíz madre de donde en gran parte todas las demás se alimentaron y por la cual crecieron.

Ahora, si el culto de una estrella pudo tener su significado y explicación, ¡con cuánta más razón no podríamos explicar el culto de un héroe! El culto de un héroe es la admiración trascendental por un grande hombre. ¡Y decimos que los grandes hombres son todavía admirables;

decimos que en el fondo no hay otra cosa más admirable! El corazón del hombre no abriga sentimiento más noble que este sentimiento de admiración que sentimos hacia uno más alto que nosotros mismos. En este momento, en todos los momentos, es la sola, la única vivificante influencia en la vida del hombre. Sobre ella se asienta la religión; no el paganismo solamente, sino otras más altas y más verdaderas; toda otra religión hasta hoy conocida. Culto á lo heroico, rendida y profunda admiración; ardiente, ilimitada sumisión hacia otra más alta, más noble y más divina forma de hombre: ¿no es esto, por ventura, el germen mismo del cristianismo? El más grande de todos los héroes es Uno que no nombramos aquí. Dejad que el sagrado del silencio medite sobre materia tan sagrada, y hallaremos que es el último resultado y suma perfección de un principio permanente y constante en toda la historia del hombre sobre la tierra.

O, descendiendo á temas menos inexplicables, ¿no es acaso toda lealtad también afín de la misma fe religiosa? La fe, es lealtad á algún inspirado Maestro, á un héroe espiritual. ¿Y qué viene á ser propiamente la lealtad, el alimento vital de toda sociedad, sino la *efluencia* (1) al culto de los héroes, la admiración sumisa por lo verdaderamente grande? La sociedad está fundada sobre el culto á los héroes. Todas las dignidades,

(1) «*Efluence* no es efusión aquí, ni efluviio.»

toda jerarquía en que descansa la asociación humana, son lo que podemos llamar una heroarquía (gobierno de héroes). Duque significa *dux*, *ductor*, el que guía ó conduce. *Rex*, el que rige y gobierna; *King* es *Kön-ning*, *Kanning*, el hombre que sabe ó puede. La sociedad, en todas partes, es alguna representación, no *insoportablemente* errónea, es un graduado culto á los Héroes; reverencia y obediencia tributadas á hombres realmente grandes y sabios. No *insoportablemente* errónea, decimos. Todos ellos son como billetes de Banco, estos dignatarios sociales; todos representan oro, aunque desgraciadamente siempre hay algunos falsos. Nosotros podemos pasar y disimular el curso de algunos falsos, hasta de muchos; ¡pero no de todos ó casi todos falsos! No: entonces vendrían revoluciones; gritos de democracia, libertad é igualdad, y no sabemos qué más. Si los billetes que representan las jerarquías no responden al valor que significan, y se paraliza su curso, los pueblos comienzan á dar voces, y hasta á llorar en su desesperación; gritando que no hay oro, que nunca lo hubo, y que todo era oropel y falsificación. «Oro», culto á los héroes, es, sin embargo, como fué siempre, y en todas partes, el grito universal; y no cesará hasta que el hombre cese de vivir y se extinga.

Sé muy bien que en estos días el culto á los héroes, ó la cosa que yo llamo culto á los héroes, parece haber desaparecido, y hasta cesado de vivir. Esta, por razones que valdrá la pena in-

quirir, es una edad que niega, á lo que parece, la existencia de los grandes hombres, y hasta el deseo de que los haya. Poned á la vista de nuestros críticos un grande hombre, un Martín Lutero, por ejemplo, y comenzarán por lo que ellos llaman dar cuenta de él; no para reverenciarle, sino para burlarse de él, y, en resumidas cuentas, ¡sacar en limpio que fué todo un hombrecillo! Fué obra del tiempo, dicen; el tiempo le dió á conocer; el tiempo lo hizo todo, él nada, sino lo que nosotros (el pobre crítico) hubiéramos hecho también. ¡Triste y melancólico esfuerzo, que el tiempo llame al hombre! Hemos conocido tiempos llamando á voces á sus grandes hombres, y éstos no parecían; el grande hombre no estaba allí: la Providencia no le había enviado; el tiempo, á pesar de todos sus clamores y sus gritos, tuvo que desaparecer entre la ruina y la confusión, porque el grande hombre no pareció cuando le llamó.

Porque, si bien lo pensamos, jamás tuvo tiempo alguno necesidad de desaparecér entre ruinas y confusiones, á haber encontrado un hombre bastante grande, sabio y bueno: la sabiduría, para discernir verdaderamente lo que el tiempo requería, y el valor, para conducirlo por la verdadera senda á la victoria; éstos son los medios de salvación de cualquier tiempo. Pero yo comparo los tiempos comunes y lánguidos: con su incredulidad, sus angustias, sus perplejidades; con su carácter vacilante; circunstancias emba

razosas, impotentemente derrumbándose y cayendo en peores y mayores angustias, hasta su ruina final: los comparo, digo, con montones de hacinados y secos combustibles, cuerpos muertos y corruptos, esperando que el rayo del cielo descienda y los abrase. El hombre grande, con su fuerza libre y directamente guiado por la propia mano de Dios, es el rayo verdadero; su voz es la palabra de salud que todos pueden creer. El combustible de corrupción y podredumbre se enciende al contacto de su palabra, y todo es conflagración á su alrededor: ¡se cree que el hacinamiento de leños secos fué la causa!... Tenían, cierto, gran necesidad del rayo: ¡pero llamarle!... Son críticos de muy corta vista los que dicen: «esos, los leños, son el origen del fuego.» Ninguna prueba más triste de la pequeñez de un hombre, que su falta de fe en los grandes hombres. No hay síntoma más desconsolador en una generación, que su general ceguera para la luz espiritual, y con fe únicamente en derruidos y hacinados escombros. Es la última consumación de la incredulidad. En todas las épocas de la historia del mundo veremos al hombre grande ser el salvador indispensable de su época; el rayo sin cuyo fuego el combustible no hubiera ardidó jamás. La historia del mundo, ya lo dijimos, es la biografía de los grandes hombres.

Estos pobres críticos hacen todo cuanto está de su parte para propagar la incredulidad y la universal parálisis espiritual; pero felizmente no

siempre lo consiguen del todo. En todo tiempo ha sido posible á un hombre elevarse á bastante altura para conocer y distinguir que tales doctrinas venían á reducirse á extravagantes é insidiosas lucubraciones. Y lo que es más notable, jamás en tiempo alguno pudieron desarraigarse del corazón del hombre cierta peculiar é innata reverencia hacia los grandes hombres; genuina admiración, lealtad, adoración, aunque pervertida y oscurecida. El culto á los héroes durará mientras dure el hombre. Boswell rinde culto á Johnson en pleno siglo XVIII. El incrédulo francés rinde culto á Voltaire en el último acto de su vida, matándole, como si dijéramos, á fuerza de agasajos y ovaciones; «ahogándole entre rosas.» A nosotros esto de Voltaire nos ha parecido siempre curioso. Y verdaderamente, si el cristianismo constituye el más alto ejemplo de heroísmo por su culto, vendremos á decir con verdad que el volterianismo constituye el más ínfimo.

Aquél, cuya vida era considerada como la de una especie de Anticristo, se nos presenta ahora bajo un nuevo aspecto; y ¡curioso contraste! jamás pueblo alguno fué menos inclinado á la veneración ni propenso á admirar, que lo fueron los franceses del tiempo de Voltaire. *Le Persiflage* (1) constituía todo su ser, la adoración no tenía allí cabida. ¡Pero ved! El patriarca de Fer-

(1) En francés en el original.

ney viene á París; un anciano de ochenta y cuatro años, vacilante y enfermo; y aquellos franceses sienten que aquel viejo es también un héroe, que gastó su vida combatiendo y oponiéndose al error y á la injusticia; defendiendo y libertando á los Cálas; desenmascarando hipócritas en altos puestos, y, en una palabra, que él también, aunque de extraño modo, peleó como un valiente. Sienten, además, que, si el *Persiflage* es alguna cosa grande y especial, en el mundo jamás existió *Persifleur* semejante. Él es el ideal visible de cada uno de ellos en particular; la cosa que ellos necesitaban y deseaban ser: de todos los franceses, el más francés. Él es, propiamente hablando, un dios, un dios hecho á su imagen y semejanza. En consecuencia, todas las personas, desde la reina María Antonieta hasta el aduanero de la puerta de San Dionisio, ¿no reverencian todos á su ídolo? Hasta los príncipes se disfrazan de mozos de café para verle y honrarle. El mismo director de postas ordena al postillón, con un gran juramento, que marche á galope, que quien va dentro es M. Voltaire. En París, su carruaje es el núcleo de un gran cometa, cuya cola llena calles enteras. Las señoras arrancan vellores del abrigo de pieles que le cubre, y los guardan como reliquia sagrada. Todo cuanto en Francia había de grande, de noble y de hermoso, sentía que había otro hombre más grande, más hermoso y más noble que todos ellos.

Sí: desde Odino el Escandinavo hasta el inglés

Samuel Johnson; desde el divino Fundador del cristianismo hasta el gastado pontífice del enciclopedismo, en todos tiempos y lugares el héroe ha sido materia de adoración, y siempre seguirá siendo así. Todos nosotros rendimos culto á los grandes hombres; los amamos, los veneramos y nos prosternamos sumisamente en su presencia. ¿Y podríamos honradamente inclinarnos ante alguna otra cosa? ¡Ah! ¿No nos sentimos cada uno de nosotros más grandes al hacer homenaje á otra cosa más grande que nosotros? En el corazón del hombre no hay latido ni sentimiento más noble ni más sagrado. Muy consolador es para mí el pensamiento de que no exista lógica ni sofística argumentación, ni trivialidad, frivolidad, *insinceridad* ni nocivas influencias de tiempo alguno, capaces de destruir estos notables é ingénitos sentimientos de lealtad y veneración que existen en el hombre. Los tiempos de incredulidad, los tiempos escépticos, es evidente que pronto tienen que llegar á ser tiempos de revolución, de derrumbamientos, decadencias, descomposición y ruinas dolorosas. De mí sé decir que en estos desgraciados tiempos que atravesamos me parece ver en esta indestructibilidad de la adoración, la veneración y el culto de todo lo grande, lo noble y heroico, la indestructible roca de diamante bajo la cual no pueden descender los destrozos de los naufragios revolucionarios. Hasta allí, y no más, podrán llegar los restos y destrozos de todo cuanto vemos derrumbándose á nuestro alrededor

en esta época revolucionaria. Piedra angular indestructible sobre la cual pueden ya comenzar á edificar de nuevo. El hombre, de una ú otra manera, venera á los héroes; todos nosotros reverenciamos y debemos de necesidad reverenciar á los grandes hombres; esto es para mí la roca viviente en medio de toda clase de ruinas y destrozos; el único punto fijo y estable de nuestra moderna historia revolucionaria: sin él, un mar sin fondo y sin orillas.

Estas verdades encuentro yo cubiertas de otro ropaje ya viejo y obsoleto (1), pero con el mismo espíritu en el paganismo de los antiguos pueblos. La naturaleza es aún divina, la revelación de las obras de Dios; el héroe es aún digno de veneración; esto, aunque bajo formas incipientes y restringidas, es por lo que todas las religiones lucharon de la mejor manera que pudieron, para darlo á conocer y mantenerlo. Me parece que, para los aquí congregados, el paganismo escandinavo será más interesante que ningún otro, entre otras razones, por ser más reciente; continuó en estas regiones de Europa hasta el siglo XI: hace ochocientos años, los noruegos eran adoradores de Odino. Es también interesante por haber sido el credo de nuestros padres, de los hombres cuya sangre corre todavía en nuestras venas y á quienes sin duda semejamos en muchas cosas. ¡Caso

(1) Obsoleto, en español, anticuado; pero es la palabra que usa el autor.

extraño! Ellos creían aquello, mientras nosotros creemos de una manera tan diferente. Estudiemos un poco, y por muchas razones, esta pobre creencia nórdica. Tenemos para este trabajo bastantes medios á nuestra disposición; hay, además, en estas mitologías escandinavas otro punto de interés: lo bien preservadas que fueron.

En la lejana isla de Islandia, producto, según los geólogos, del fuego vomitado de los mismos abismos del mar; tierra desierta, toda esterilidad y abrumada de lava, envuelta la mayor parte del año en negras tempestades, y, durante el estío, iluminada por un rayo de salvaje hermosura, desenvolviéndose en formas piramidales de severo y horrendo aspecto en medio del Océano Glacial, con sus torbellinos de nieve, terribles simas volcánicas, rugientes surtidores de agua hirviendo, pozos de ardiente azufre y todo semejan-do la desolación y destrozos del fuego y el hielo; allí, donde menos lo esperábamos, los recuerdos de todo cuanto vamos á narrar, fueron escritos. En las riberas de esta tierra de confusión y escombros, hay una zona de país herboso y verde, donde puede subsistir el ganado, y por este medio, y con lo que el mar produce, sostenerse de igual manera el hombre. Y parece también que los hombres de allí debieron de ser amigos de la poesía, y amigos de expresar en imágenes musicales y poéticas los pensamientos profundos, que no podía menos de inspirarles aquel panorama espléndido, á la par que horroroso. Mucho se hu-

biera perdido á no haber el mar arrojado de su seno aquella isla singular, y á no haberla descubierto los noruegos. Muchos de los viejos poetas norsos fueron naturales de Islandia.

Scemundo, uno de los primeros sacerdotes cristianos que allí hubo, y que tal vez conservaba todavía un resto de pasión por el paganismo, coleccionó algunos de sus viejos cantos paganos, cantos que estaban ya haciéndose obsoletos; cantos ó poemas de un carácter mítico, profético y religioso los más de ellos. Esto es lo que los críticos norsos llaman el Elder ó Edda poético. Edda, una palabra de incierta etimología, se cree que significa *abuela*. Snorro Sturleson, caballero islandés y personaje muy distinguido por más de un concepto, y educado por un descendiente de este Scemundo, se encargó, un siglo después, de ordenar, entre otros libros que él escribió, una especie de sinopsis de toda la Mitología, explicada y aumentada con nuevos fragmentos de versos transmitidos de padres á hijos. Obra construída realmente con grande ingenuidad, talento natural, y lo que podemos llamar arte inconsciente; obra excepcionalmente perspicua y que aún se lee con agrado; este es el Edda prosaico, ó el nuevo. Con éstos y con los demás sagas numerosos, islandeses la mayor parte, con los comentarios, islandeses ó no, y que aún en nuestros días encuentran entusiastas en los países del Norte, es posible que ganemos alguna luz directa sobre la materia, y que veamos todavía las viejas creencias

escandinavas, como si dijéramos, cara á cara. Olvidemos que es una religión falsa, y considerémosla únicamente como el sistema y manera de pensar de nuestros antepasados, y procuremos ver si podemos simpatizar con él de alguna manera.

La principal característica de esta vieja Mitología escandinava la encuentro en la personificación de las obras visibles de la Naturaleza. Ingenuo y entusiástico reconocimiento de las operaciones y transformaciones de la naturaleza física, consideradas como cosa enteramente milagrosa, estupenda y divina. Lo que nosotros enseñamos ahora como ciencia, ellos lo admiraban asombrados, y se prosternaban en su presencia, como objeto de culto y religión. Los oscuros y hostiles poderes de la naturaleza, se los figuran Jætuns, Gigantes, seres monstruosos, hirsutos y de carácter demoníaco. El hielo, el fuego, las tempestades del mar, son Jætuns. Los poderes benignos y amigos, como el calor estival, el sol, son dioses. El imperio del Universo está dividido entre estos dos bandos; moran separados en perenne y mortal antagonismo. Los dioses viven arriba, en Asgard, el jardín de los Asen ó divinidades; el imperio Jætun, país remoto, oscuro y caótico, es la patria de los Jætuns.

Todo esto es muy curioso; no vano ni frívolo, si llegamos hasta sus fundamentos. El poder del fuego, llama ó lumbre, por ejemplo, y que nosotros designamos con una trivialidad química y

por esta causa borrando la idea de prodigio y asombro que en él, como en todas las demás cosas, reside, es para los antiguos habitantes de aquel país glacial, Loke, demonio veloz y sutil de la casta de los Jætuns. Los salvajes de las islas de los Ladrones (según cuentan algunos viajeros españoles) creían también que el fuego, que nunca habían visto antes, era algún diablo ó dios que os mordía ferozmente cuando le tocabais, y que se alimentaba de leños secos. De nosotros podemos decir que no hay química posible, á no venir la estupidez en su auxilio, capaz de arrebatarnos la idea de que el fuego es una maravilla. Frost, según el viejo vidente escandinavo, viene á ser un Jætun hirsuto y monstruoso; el gigante Thrym ó Rime, voz casi anticuada aquí, pero todavía corriente en Escocia, para significar escarcha; Rime nó era entonces, como ahora, una cosa química y muerta, sino un demonio, un Jætun viviente: el monstruo Jætun, Rime, llevaba sus caballos por la noche á sus antros, sentándose á peinarles la crin; estos caballos eran nubes de granizo y vientos de escarcha. Sus vacas, no, no las suyas, sino las de un pariente, las vacas del gigante Hymir, son *icebergs*, montes de hielo; este Hymir mira las rocas con su ojo diabólico, y las hiende y hace estallar con su mirada.

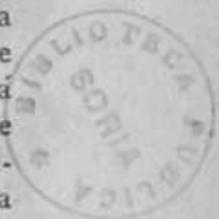
El trueno no era entonces mera electricidad vidriosa ó resinosa; era el dios Donner (trueno) Thor, dios benigno de la benéfica estación estival. El trueno era su cólera; la aglomeración de nu-

bes negras, el ceño de su enojo; el rayo, la maza destructora lanzada por el brazo de Thor; su carro se abalanza sobre las cumbres de las montañas: es el estruendo; encendido de enojo, sopla sobre su roja barba y es el chasquido de la tormenta rimbombando antes de estallar el trueno. Balder, el dios Blanco, el hermoso, justo y benéfico (en quien los primeros misioneros cristianos hallaron una gran semejanza con Cristo), es el sol: ¡lo más hermoso entre todas las cosas visibles, y aún glorioso y divino, á pesar de todas las Astronomías y Almanagues! Pero tal vez el dios más maravilloso que jamás vimos, es uno de quien Grimm, el etimologista alemán, halla señales: el dios Wünsch ó Wish (deseo, desear); el dios Wish, el dios que podría darnos todo lo que deseáramos. ¿No es ésta la más sincera, y sin embargo la voz más ruda del espíritu del hombre? El más rudo de los ideales que el hombre pudo jamás formar y que todavía se nos presenta en las más recientes formas de nuestra cultura espiritual. Consideraciones más altas deben enseñarnos que el dios Wish no es el Dios verdadero.

De los otros dioses ó Jætuns, únicamente mencionaré, y eso por amor á la etimología, el dios Aegir, que viene á simbolizar las tempestades del mar y es un Jætun muy peligroso; y ahora, hasta estos mismos días, los barqueros de Nottingham, según se me dice, cuando las aguas de nuestro río Trent alcanzan una altura poco común, y descienden luego, formando remolinos y corrientes pe-

ligrosas, dan la voz de alerta, gritando: *Tened cuidado que viene el Eager*. ¡Cosa rara! ¡Esa palabra sobreviviendo como la cima de un mundo sumergido! Los más antiguos barqueros de Nottingham han sido creyentes del dios Aegir. Cierto; nuestra sangre inglesa es, en muy buena parte, escandinava; ó, por mejor decir, en el fondo no hay diferencia ni distinción alguna entre el danés, noruego y sajón, á no ser en grado muy superficial, como si dijéramos: cristianos y gentiles, ó cosa así. Pero de todos ellos, el que prevalece sobre toda la isla es el elemento danés propiamente, á causa de las incesantes invasiones que hubo de aquella parte: correspondiendo, por consiguiente, la proporción más grande, á toda la costa oriental, y sobre todas ellas á las comarcas del Norte. Por toda la extensión del Humber, por toda Escocia, el lenguaje de la gente común es todavía, en grado singular, islándico; sus germanismos conservan aún un tinte nórstico muy peculiar. Ellos también son normandos, hombres del Norte.

Del dios principal, Odino, hablaremos luego. Por lo pronto, tengamos presente todo lo dicho hasta aquí, cual es la esencia del paganismo escandinavo, ó de todo otro paganismo; reconocimiento de las fuerzas del mundo físico, como agentes personales, estupendas, divinas; como dioses y demonios, para nosotros no concebible. Es el pensamiento infante del hombre, abriéndose, con religioso respeto y asombro, sobre este



Universo, siempre estupendo. Hay para mí, en este sistema norso, algo muy genuino, muy grande y muy varonil. Una amplia sencillez y rusticidad lo distingue señaladamente de la graciosa liviandad del viejo paganismo griego. Es pensamiento: el pensamiento genuino y profundo de espíritus severos, graves, aunque rudos, abiertos con sinceridad religiosa á las influencias de todos los objetos que los rodeaban; una inspección y examen de todas las cosas, cara á cara, corazón con corazón; primera característica de todo buen pensamiento en todos tiempos. No liviandad *semi-sport* y graciosa, como en el paganismo griego; un natural franco y sencillo, una ruda franqueza sobre un gran fondo de verdad, se nos revela aquí. ¡Cosa singular! Después de tantas y tan magníficas estatuas, de tantos y tan hermosísimos Apolos, de tan graciosas y sonrientes fábulas, descender y discurrir sobre los dioses norsos, entretenidos y ocupados en preparar y fermentar cerveza para celebrar sus banquetes en honor de Aegir, el Gigante del mar (el See jøetun); despachando á Thor, en busca del caldero místico, al país de los Jøetuns; Thor, que después de muchas aventuras, vuelve con el caldero monstruo, que, á guisa de sombrero, se lo cala y echa á andar, tocándole los talones las asas del pote descomunal. Especie de fuerzas gigantes; desmedida y desmañada grandeza; huecas y estupendas masas, en estado caótico, es lo que caracteriza este sistema mitológico. Fuerzas colosales y completamente abandonadas

á sí mismas; sin rumbo fijo, tambaleándose con inseguros y descomunales trancos. Considerad, en este sistema, la idea que tienen respecto á la Creación. Los dioses, después de haber muerto el gigante Imer, en el conflicto del Hielo con el Fuego, gigante amasado con viento caldeado, y tras mucha confusión y trabajo, determinaron construir un mundo de la masa de su cuerpo. Con la sangre, hicieron el mar; de su carne, la tierra; de sus huesos, las rocas; de sus cejas, el palacio Asgard, morada de sus dioses; de su cráneo, la inmensa bóveda azul de los cielos; y los sesos se convirtieron en nubes. ¡Qué faena ésta de amontonar Osas sobre Peliones! ¡Pensamiento salvaje y sin domar! ¡Pensamiento grande, gigantesco, enorme, para convertirse más tarde, y en oportuno tiempo, en grandeza compacta, doméstica; no gigantea, sino divina, con la robustez de cien Briareos, en los Shakspeares y los Goëthes! Estos hombres, espiritual y corporalmente hablando, son nuestros progenitores.

Me complace de igual manera, aquella su representación del árbol Igdrásil. Toda la vida está representada por ellos en el símil de un árbol. Igdrásil, el árbol de la existencia, arraiga sus raíces en lo más profundo de los reinos de Hela ó de la Muerte; su tronco toca al cielo, y sus ramas se extienden sobre el universo: es el árbol de la existencia. Al pie de este árbol, y en el reino de la muerte, se sientan tres *Nornas* ó hados—el pasado, el presente, el porvenir,—re-

gando sus raíces con el agua del pozo sagrado. Sus ramas, con su flor y sus hojas desprendidas—acontecimientos, cosas sufridas, cosas hechas, castástrofes—se extienden por todos los tiempos y países. ¿No son cada una de sus hojas una biografía, cada una de sus fibras una acción, una palabra? Sus ramas son la historia de todas las naciones. Su mismo ruido es el ruido de la humana existencia, sucediéndose desde tiempo inmemorial. Allí, en medio de él, con sordo y hondo susurro, siempre creciente y ensordecedor, tiene principio el aliento de la pasión humana; ó azotado del huracán, el torbellino ruge en su cuerpo como la voz de todos los dioses: tal es Igrásil, el árbol de la existencia. Lo pasado, lo presente, lo porvenir; lo que fué hecho, lo que se está haciendo y lo que se habrá de hacer: la conjugación al infinito del verbo Hacer. Considerando la confusión en que se revuelven los sucesos humanos, cada uno de por sí en comunión inextricable con todos; cómo la palabra que os estoy dirigiendo hoy está tomada, no solamente de Ulfilas el mæsogodo, sino de todos los hombres, desde que el hombre tuvo uso de palabra: no encuentro símil de tanta verdad como el símil de este árbol. ¡Hermoso, completamente hermoso y grande! «La Máquina del universo,» ¡ved qué contraste!...

Ahora bien: es por demás singular la opinión que de la naturaleza tenían los antiguos escandinavos; opinión muy distante y muy distinta de la

que nosotros tenemos. ¡De dónde especialmente procedía, ninguno querría verse obligado á explicarlo minuciosamente! Sólo diremos que provino de los pensamientos de aquellos hombres, y sobre todo del pensamiento del primer norso que tuvo la original facultad de pensar. De su primer hombre de genio, como diríamos nosotros. Hombres innumerables pasaron por este universo, poseídos de una vaga y muda admiración, ni más ni menos que la que pueden sentir los brutos animales; ó poseídos de penoso, infructuoso é inquisitivo asombro, tal como lo pueden sentir los hombres solamente; hasta que vino el gran pensador, el hombre original, el vidente; el vidente dando cuerpo y voz al pensamiento, y despertando por este medio las capacidades adormecidas de los demás, al noble ejercicio del pensamiento. Así, y no de otra manera, sucedió siempre con el pensador, con el héroe espiritual. Todos los demás hombres estaban muy próximos á decir lo que él dice; lo deseaban con ansiedad. Los pensamientos de todos despiertan y se levantan, por decirlo así, como de un penoso y encantado sueño, y se colocan alrededor de su pensamiento, respondiendo: sí; ¡justamente así! Para los hombres, todo gozo, todo alegría; como la luz de la mañana separándose de las sombras de la noche; y ciertamente, para ellos, aquel despertamiento, ¿no representa la resurrección de la muerte á la vida, del ser al no ser? Nosotros, para honra nuestra, aún rendimos cul-

to á estos hombres, llamándoles poetas, genios, y otros nombres de igual significación; pero para aquellos hombres primitivos, el hombre de genio, el pensador, el vidente, eran verdaderos magos que realizaban para su bienestar grandes y portentosos milagros; eran profetas y verdaderos dioses. El pensamiento, una vez evocado á la vida, no se adormece ya más; se desenvuelve y se convierte en un sistema de pensamiento; y sigue creciendo y aumentando, hombre tras hombre, generación tras generación, hasta alcanzar la altura que corresponde al natural impulso que le dió vida y hasta que no pueda seguir creciendo, sino venir en decadencia y morir de necesidad, haciendo lugar para otro nuevo sistema.

Para el pueblo escandinavo, el hombre Odino, su dios principal, fué aquel hombre extraordinario. Un maestro y capitán de alma y cuerpo, un héroe de inconmensurable valía, cuya admiración, trascendiendo los límites conocidos, se convierte en culto religioso. ¿No posee el poder de dar vida y cuerpo al pensamiento, y otros muchos poderes no menos prodigiosos? No de otra manera el noble y rudo corazón norso podía manifestar su ilimitada gratitud. ¿No fué él quien descifró el enigma-esfinge de este universo? ¿No les aseguró en él su propio destino? Por él saben lo que vienen á hacer aquí, y lo que pueden esperar después. Por él, la existencia se hizo articulada y melodiosa; él, el primero que dió vida á la vida; y, por consiguiente, podemos decir que

el hombre Odino fué el origen de la Mitología nórdica; Odino, ó cualquiera que fuese el nombre que el primer pensador norso tuvo, mientras fué un hombre entre los hombres. Su idea del universo, una vez promulgada, engendra en las demás inteligencias otras semejantes; crece, sigue siempre creciendo, mientras subsista allí la fe que le dió ser. En todos los corazones está escrita; pero invisiblemente, como con tinta simpática. Al eco de su voz se agita y hácese visible para todos. No es esto sólo: en todas las épocas del mundo, el grande acontecimiento, padre de todos los demás, ¿no es, por ventura, la llegada de un pensador entre nosotros?

Tampoco debemos olvidar una cosa que explicará un tanto la confusión de estos Eddas norsos. Estos Eddas no son un sistema de pensamiento coherente, sino la suma de varios sistemas sucesivos. Todo cuanto se nos ha transmitido respecto á esta creencia nórdica, conservada en el Edda, con la igualdad de tiempos y circunstancias respectivos, como cuadro en un mismo lienzo dibujado, de ninguna manera se nos presenta así en la realidad, sino más bien bajo toda clase de tiempos, formas y distancias, y á través de generaciones sucesivas, desde que tuvo origen la primera creencia. Todos los pensadores escandinavos, desde el primero inclusive, contribuyeron á fundar este sistema de pensamiento: su perenne renovación y adición es la obra combinada de todos ellos. Cuál fué su historia; cuáles

los cambios que sufrió de una á otra forma, con la contribución de un pensador tras otro, hasta llegar al estado en que hoy la vemos en el Edda, ninguno, desde hoy en adelante, lo sabrá jamás. ¡Concilios de Trebisonda, Concilios de Trento, los Atanasios, los Dantes, los Luteros, han desaparecido en la oscuridad de la noche sin dejar eco! Sólo sabremos que hubo semejante historia. Donde quiera que un pensador apareció, allí, en la cosa que pensó, hubo una contribución, un aumento, un cambio, una revolución. ¡Ah! La más grande revolución de todas, la realizada por el hombre Odino mismo, ¿no desapareció también para nosotros, como todas las demás? Del mismo Odino, ¿cuál fué la historia? ¡Lo raro, lo singular del caso sería pensar en ella! Este Odino, con su agreste traje, barba inculta y ojos fieros, su lenguaje norso, rudo como sus maneras, fué un hombre como nosotros, con nuestros pesares, nuestras alegrías, nuestros miembros, nuestras facciones, todo intrínsecamente lo que nosotros somos; y, sin embargo, hizo semejante obra. ¡La obra, empero, gran parte ha perecido; del trabajador apenas nos queda el nombre! «Wednesday» dirán mañana los hombres, Odin'sday! Miércoles, día de Odino, consagrado á Odino. De Odino no existe historia, ni documento alguno, ni conjetura que valga la pena repetir.

Cierto que Snorro, en su *Heimskringla*, escribe muy tranquila y sosegadamente, y hasta en estilo casi mercantil por lo conciso, que Odino

fué un príncipe heroico, allá por las regiones del mar Negro, el cual se vió obligado, por la estrechez del terreno, á salir en busca de otra patria, con gran muchedumbre del pueblo y hasta con sus doce Pares. De qué manera sacó él estos Assen (asiáticos) fuera de Asia, y por derecho de conquista los estableció en las comarcas norte de Europa; inventó las letras, la poesía y otras muchas cosas, llegando más tarde á ser venerado por estos mismos escandinavos como su dios principal, sus doce Pares convertidos en hijos suyos, y hasta en dioses como él mismo; Snorro á este respecto no admite ningún género de duda. Saxo Gramático, un normando muy curioso y diligente de aquella misma época, es todavía menos escrupuloso, y no vacila en atribuir á cada uno de los mitos, individualmente, un acontecimiento histórico, bien en Dinamarca ó en cualquier otra parte. Torfaeo, hombre docto y sagaz, algunos siglos después, les fija, por medio del cómputo, una fecha determinada. «Odino, dice nuestro autor, vino á Europa unos setenta años antes de Jesucristo.» De todo esto, como cosa fundada en meras incertidumbres, y á todas luces insostenibles ahora, nada necesitamos decir. Lejos, muy lejos: ¡mucho más allá del año setenta! La época de Odino, sus aventuras, su historia sublunar, su figura y demás circunstancias, han desaparecido para siempre en sinnúmero de siglos incomputables.

Además, Grimm, el anticuario alemán, se pro-

pasa hasta decir que tal hombre como Odino no ha existido jamás; y lo prueba con ayuda de la etimología. La palabra *Wuotan*, que es la forma original de Odino, extendida, como su divinidad principal, por todas las naciones de origen teutónico, conviene, según Grimm, con el latín *vadere*, con el inglés *wade*, y otras por el estilo, y significa primariamente "movimiento", "fuente de movimiento", "poder"; nombre que corresponde con más exactitud á la más alta Divinidad, antes que á ningún hombre. La palabra significa, dice Grimm, "dios", entre los viejos sajones, germanos y todas las naciones teutónicas; los adjetivos que de ella se derivan significan todos "divino", "supremo", ó algo perteneciente al dios principal. ¡Muy probable! En materias etimológicas debemos inclinarnos en presencia de Grimm. Consideremos y tengamos presente que *Wuotan* significan *Wadung*, fuerza de movimiento. Después de todo, ¿quién quita que sea el nombre de un hombre heroico y motor, además, tan bien como el de un dios? Por lo que toca á los adjetivos y palabras compuestas de ellos, los españoles, en su admiración universal por Lope de Vega, ¿no introdujeron la costumbre de decir: "una flor de Lope", "una dama de Lope", si la dama ó la flor eran de extraordinaria hermosura? Si esto hubiese durado, vendría á ser en España un adjetivo también, significando una cosa divina, semejante á un dios. Y en verdad, Adam Smith, en su *Ensayo sobre el lenguaje*, cree que todos los adjetivos, no importa

de qué clase, se formaron precisamente de esa manera; alguna cosa muy verde y notable por su verdor, adquirió el nombre apelativo "verde," y después, á cualquier otra cosa notable por la misma cualidad, á un árbol, por ejemplo, se le llamó "árbol-verde,"—ni más ni menos que decimos todavía "un coche de vapor," "un coche de cuatro caballos," y así de lo demás. Todos los adjetivos primitivos, según Smith, se formaron de esta manera; todos en su principio fueron sustantivos y cosas. Y no debemos ni podemos, por amor á etimologías de cierto género, borrar, sin más ni más, un hombre de la Historia. Seguramente hubo un primer maestro, un capitán; seguramente debió de haber habido un Odino, palpable en un tiempo á los sentidos; no adjetivo, sino un héroe real de carne y sangre. La voz de toda tradición, historia ó eco de historia, concuerda con todo lo que el pensamiento nos enseña para cerciorarnos de esto.

¿De qué manera el hombre Odino vino á ser considerado como un dios, dios principal? Es esta una pregunta sobre la cual nadie seguramente querría dogmatizar. Hemos dicho que la admiración de los pueblos, ó su respeto, no conoció límites; en aquellos días no se conocía todavía escala alguna con que medir el entusiasmo. ¡Imagináos el amor generoso de vuestro propio corazón por algún hombre extraordinario, extendiéndose hasta transcender de todos los límites, invadiendo, hasta desbordarse, el vasto campo de vuestro

pensamiento! ¡Y qué! Si este Odino—supuesto que todas las almas grandes y profundas se ven, sin saber de qué manera, sujetas á las misteriosas corrientes de la visión, á los arranques é inspiraciones no menos poderosas del aliento divino, viniendo á ser un enigma, una especie de terror y asombro de sí mismas—llegase á sospechar que en él también residía algo de divino, algún soplo de la influencia poderosa de *Wuotan*, “movimiento”, poder y divinidad supremos de quien, en sus éxtasis y místicos arrobos, toda la Naturaleza venía á ser la imagen terrorífica de fuego; que también en él podría residir algún esfluvio de *Wuotan*; no por esto queramos dar á entender que fuese necesariamente falso, sino, todo lo más, que estaría equivocado, al decir lo que en su fuero interno consideraba indubitablemente verdadero. Toda alma grande, toda alma genuinamente sincera, se ignora á sí misma, se desconoce, no sabe lo que es, se siente combatida de encontrados efectos, ya remontándose á las más sublimes alturas, ya despeñándose por los más profundos abismos: ¡y de todas las cosas, la menos posible para ella es la de conocerse, la de medirse á sí misma! La consideración de los otros á su respeto y lo que ella de sí misma conjetura, son dos factores que reaccionan poderosamente sobre sí mismos, procurando no traspasar los límites convenientes. Con el amor y admiración reverente de todos los hombres, con su alma indómita, henchida de nobles afectos y entusiástico ardimiento,

envuelta en torbellinos y tinieblas caóticas, iluminada de relámpagos gloriosísimos, y á su alrededor, aparecíale de repente toda la hermosura de la Creación, sin que ninguno antes que él hubiese contemplado espectáculo semejante, ¿qué creéis que un hombre en circunstancias tales se imaginaría ser? ¿Wuotan? Todos los hombres respondieron: “¡Wuotan!,,

Y ahora, considerad lo que el tiempo sólo puede hacer en semejantes casos: de qué manera un hombre, si era grande en vida, viene á ser, cuando muerto, mucho más grande respectivamente. ¡No hay cámara oscura que amplifique más que la tradición! ¡Qué manera de crecer una cosa en la humana memoria, en la humana imaginación, cuando el amor, la veneración y todo cuanto existe de pasión en el pecho humano, están allí para animarla, agigantarla y conservarla á través de los tiempos, y á pesar del tiempo mismo! ¡Tener que abrirse paso por medio de las tinieblas de los siglos, siglos de ignorancia, de confusión y barbarie; sin fecha, sin documentos, sin libros ni mármoles de Arúndel; y sólo aquí y acullá algún monumento mudo, algún túmulo de piedras solitario!... Porque en treinta ó cuarenta años, no existiendo libros ni documento alguno, cualquier grande hombre vendría á ser un Mytho, muertos los contemporáneos que le conocieron y trataron. ¡Y en trescientos años, y en tres mil años! Muy poco aprovecharía meterse á teorizar sobre tales materias; materias que re-

chazan la intrusión del diagrama y del teorema, y extrañas por completo á la jurisdicción de la lógica. Para nosotros, bástanos con discernir á distancias inconmensurables vislumbres de alguna luz real, aunque insignificante, iluminando el centro de aquella gigante imagen en la cámara oscura, á fin de conocer que en su noche no todo fué desorden, no entidad y locura, sino algo macizo y también sustancia.

Esta luz, encendida en el grande y tenebroso vórtice del espíritu norso; tenebroso, pero viviente, vigilante y en espera de luz; esto encierra para mí todo el centro de la cuestión. De qué manera llegará esta luz á extenderse y esclarecer en el tiempo, con fuerza y expansión maravillosas, variedad de formas y colores al infinito, no depende de ella tanto como del espíritu nacional que la recibe. Los colores y las formas de vuestra luz habrán necesariamente de ser los colores y las formas del prisma que los refracta. ¡Digno de nuestra reflexión es el caso de no haber hecho reconocido como tal que no esté modelado por la naturaleza del hombre! Yo afirmo que el hombre verdaderamente hombre, dirigiendo la palabra á sus semejantes, debió en todo tiempo manifestarles lo que á él le parecía un *hecho*, una semejanza real de la Naturaleza. Pero la manera de que esta apariencia ó semejanza ó hecho se modeló á sí misma — que especie de hecho vino á ser para él — estuvo y está modificada por las mismas leyes de su pro-

pio pensamiento; leyes profundas, sutiles, pero universales y siempre constantes y en actividad. El mundo de la Naturaleza, para todo hombre, es la fantasía de sí propio; la imagen de este mundo es la imagen múltiple de sus mismos sueños. ¡Quién sabe á qué especie de sutilezas de las leyes del espíritu deben su forma todas estas fábulas paganas! El número doce, el más divisible de todos los números, divisible por dos, por tres, por cuatro, por seis; número, en fin, de los más señalados entre todos, fué bastante con esto para determinar los *signos del Zodiaco*, el número de los hijos de Odin y de otros número Doce innumerables. Cualquier vago rumor, no importa de qué número, tendía siempre á resolverse en el número doce; ¡y así con todas las demás cosas, sin darse cuenta del procedimiento y sin la menor idea de formar alegorías! Pero la límpida mirada de aquellas primeras edades estaba allí para discernir las secretas relaciones de las cosas y enteramente dispuesta para seguirlas y obedecerlas. Schiller veía en el Cinturón de Venus una impeccedera verdad estética, con respecto á la naturaleza de toda hermosura; ¡pero al mismo tiempo se guarda bien de indicar que los viejos mitólogos griegos tuviesen la menor idea de discutir sobre la filosofía de la crítica! De todos modos, abandonemos estas regiones cuyos límites están fuera de nuestro alcance. ¡No podremos nosotros concebir el que Odino fuese una realidad. Error, ciertamente, mucho error; pero todo

falsedad, fábulas ociosas, alegorías estudiadas... Nosotros resistimos la creencia de que nuestros padres hubiesen creído jamás estas cosas.

Los caracteres rúnicos de Odino son una parte muy significativa de la importancia característica de su inventor. Los runos, y los milagros de magia que realizó por su medio, tienen una importancia muy grande en la tradición. Los runos constituyen el alfabeto escandinavo; ¡suponed que Odino fué el inventor de las letras, así como de la magia, entre aquella gente! La invención más grande que el hombre haya hecho jamás, la invención de dar vida al pensamiento invisible que en él existe, por medio de caracteres escritos. Es una especie de segunda habla, casi tan milagrosa como la primera. Recordaréis el asombro é incredulidad de Atabalipa, rey del Perú; de qué manera hizo al soldado que le vigilaba rasguñar en la uña de su dedo pulgar el nombre de Dios y probar por este medio la posibilidad de tal milagro, consultando á otro soldado. Si Odino dió á conocer á su gente el uso de las letras, pudo muy bien realizar milagros sin valerse de otra magia.

La escritura rúnica tiene para la gente norsa cierto aire de originalidad: no alfabeto fenicio, sino escandinavo, natural de Escandinavia. Snorro añade que Odino inventó también la poesía, la música del humano lenguaje, de igual manera que el signo rúnico que le da cuerpo y vida. Transportáos hasta la infancia de las naciones,

al primer rayo de luz matutina de nuestra Europa, cuando todo se presenta fresco y lozano á los deslumbrantes rayos de un sol naciente, cuando nuestra Europa comienza á sentir las primeras palpitaciones del pensamiento, los primeros latidos de la verdadera existencia! ¡El asombro, la esperanza; la infinita irradiación de la esperanza y del asombro en el pensamiento de un niño, estremeciendo de igual manera los corazones de estos hombres robustos! ¡Hijos robustos de la naturaleza! Aquí no vemos sólo un indomable capitán y combatiente, discerniendo con la mirada de sus inquietos ojos lo que de necesidad conviene hacer, y ejecutándolo resueltamente con la energía del león; vemos igualmente al poeta, lo que nosotros entendemos por poeta, profeta, grande y religioso pensador, é inventor al mismo tiempo, como siempre lo fué el verdadero grande hombre. Un héroe es un héroe en todos grados y maneras, y primero que todo, en el corazón y en el alma. Este hombre Odino sentía vivamente algo que decir en su corazón; pero decirlo á su manera, de un modo rudo y semiarticulado. Un gran corazón abierto y dispuesto á recibir la imagen é impresiones de este grande universo, lo mismo que la vida mortal del hombre aquí abajo, y ver si por medio de la palabra podría descargarse del peso inmenso que le abrumaba. Un héroe, como voy diciendo, á su modo, rudo y singular, pero dotado de muchas prendas, sabio y de corazón nobilísimo. Y bien: si nosotros

admiramos todavía á este hombre, más que á ningún otro, ¿qué no harían aquellas almas norsas indomables, recién llamadas por él á la vida del pensamiento? ¡Para ellos sin nombres todavía para calificarle, él era el noble, lo más noble; el héroe, el profeta, dios; *Wuotan!* el más grande de todos. En cualquier forma que se exprese el pensamiento, es pensamiento. Intrínsecamente, según conjeturo, este Odino debió de haber sido del mismo género y contextura de la especie más grande de los hombres. ¡Un pensamiento inmenso en lo más profundo de su indomable corazón! Las rudas y toscas palabras articuladas por él, ¿no son, por ventura, la raíz rudimental de las mismas palabras inglesas usadas por nosotros? Así trabajó él en la oscuridad de aquel elemento, á semejanza de una luz allí encendida; una luz de la inteligencia; ruda y noble franqueza nacida del corazón, la única especie de luces que aún nos quedan; un héroe como voy diciendo, un héroe que de necesidad tenía que brillar en las tinieblas de aquella oscuridad con la misión de esclarecerlas un poco, tarea en que todos nosotros aún estamos empeñados.

Nos le imaginaremos como el tipo genuino del hombre norso; el más hermoso teutón que aquella raza hubiese producido todavía. Aquellos rudos corazones norsos se abrieron y pusieron, movidos de atracción simpática, en derredor suyo, y no se detuvieron hasta rendirle culto. Es como la raíz de otras muchas gran-

des cosas; su fruto desde las épocas más oscuras y remotas de la historia crece y sigue creciendo por todo el vasto campo de la vida teutónica. Nuestro propio *Wednesday* (miércoles), como voy diciendo, ¿no sigue significando todavía *Odin's day?* (Día de Odino) *Wednesbury, Wansborough, Wanstead, Wandswoth?* Odino creció y se extendió también por Inglaterra, y éstas son igualmente hojas de la raíz de aquel árbol. Era el dios jefe de todos los pueblos teutónicos; su norma y ejemplar modelo; de esta manera admiraron ellos y rindieron culto á su ejemplar modelo del hombre norso: ¡esa fué la fortuna toda que en el mundo tuvo!

De modo que si el hombre Odino ha desaparecido enteramente, nos queda ahí su sombra agigantada, proyectándose sobre toda la historia de su pueblo. Y una vez admitida la calidad de dios, de este Odino, podemos comprender muy bien que todo el plan, sistema, idea ó lo que fuese, que de la naturaleza se había formado la gente escandinava, fuera lo que fuera lo que antes hubiesen creído, comenzaría ahora á desenvolverse de una manera enteramente diferente, para de allí en adelante ir creciendo y aumentando de muy distinto modo. Lo que este Odino descubrió y enseñó por medio de sus runos y sus rimas, todo el pueblo teutónico lo creyó de veras, y de su parte hizo cuanto pudo por mantenerlo y propagarlo. Su manera de pensar, vino á ser la general manera de pensar.—Y ésta, bajo nuevas con•

diciones, es todavía la historia de todo gran pensador. En gigantescos y confusos perfiles, semejando la agrandada sombra de una cámara oscura lanzada hacia lo alto desde los profundos antros de las edades pasadas, y cubriendo todo el hemisferio septentrional, ¿no representa acaso toda esta Mitología escandinava las facciones y hasta la fisonomía del hombre Odino? ¡La gigantesca imagen de *su* natural figura, legible ó no legible, allí vino á extenderse, confundirse y reducirse al estado en que hoy la conocemos! ¡Ah! digo yo: el pensamiento es siempre pensamiento. Ningún grande hombre vive en vano. La historia del mundo se reduce á la biografía de los grandes hombres.

Para mí hay algo de patético en esta forma primitiva del heroísmo; la recepción de un héroe entre sus semejantes, sin aparato ni artificio alguno; todo ingenuidad, todo sentimiento, todo corazón. No importa bajo qué forma, viene á ser uno de los sentimientos más nobles, y bajo una ú otra forma, un sentimiento tan duradero como el hombre mismo. Si pudiera, si me fuese posible presentaros bajo cualquier forma y medida lo que me preocupa y siento profundamente aquí, ahora, en este sitio, y referente á la cuestión que venimos tratando, os diría que ese sentimiento constituye el elemento vital de nuestra dignidad como hombres, el alma de la historia del hombre aquí en este mundo, y constituiría la parte principal de este discurso. ¡Nosotros no llamamos ya

dioses á nuestros grandes hombres, ni los admiramos sin límites; no! ¡Y si acaso, con limitación sobrada! Pero si nosotros no tuviéramos grandes hombres, ni los admiráramos de modo alguno, esto por sí sólo constituiría uno de los síntomas más deplorables.

Este pobre culto escandinavo, culto del heroísmo; esta manera de contemplar é interpretar el Universo, y á la que el pueblo norso ajustaba rigurosamente su conducta, tiene para nosotros un mérito indestructible. ¡Esta manera ruda, casi infantil, de ver y reconocer las cualidades divinas de la Naturaleza, las cualidades divinas del hombre; ruda, muy ruda, pero llena de sentimiento, de fuerza y robustez gigantea, pronosticando lo que vendrá á ser en el tiempo! Fué una verdad, y no lo es. Parece como que oímos la voz semiahogada de las sepultas generaciones de nuestros propios padres, llamándonos desde el fondo de los siglos, á nosotros, sus hijos, en cuyas venas su sangre corre todavía, diciéndonos: «Esto, pues, fué todo lo que nosotros pudimos y supimos hacer del mundo; esta toda la noción que nos pudimos formar de este gran misterio de la vida y del universo. No la despreciéis. Vosotros os habéis elevado á un punto de visión mucho más alto, mucho más vasto, mucho más libre; pero vosotros, de igual manera, no habéis llegado á la cumbre todavía. ¡No! También vuestra noción, á pesar de lo vasto y de lo grande á que la habéis levantado, no es más que una idea parcial, una idea imper-

fecta; la cuestión es una cuestión que ningún hombre con el tiempo, fuera del tiempo, ni en tiempo alguno podrá comprender ni resolver jamás. Después de miles de años, de civilizaciones sucediéndose unas á otras, nos encontramos de nuevo luchando y reluchando y esforzándonos por llegar á comprender una mínima parte: la cosa es más grande que el hombre, está fuera de su alcance: "¡una cosa infinita!"

La esencia de la Mitología escandinava, como la de todas las mitologías paganas, viene á ser para nosotros una confesión, un reconocimiento de las cualidades divinas de la Naturaleza; la comunión íntima y sincera del hombre con las misteriosas potestades invisibles, pero visibles á los ojos del hombre, vistas por los ojos del hombre á su alrededor, siempre en acción, moviendo el mundo. En la Mitología escandinava vemos todas estas cosas expuestas con tal color de verdad, tal grado de sinceridad, que en vano procuraríamos encontrar su igual en ninguna otra mitología, que sepamos. La sinceridad es la gran característica de todo este sistema; sinceridad superior con mucho, en nuestro sentir, á todas las gracias del arte griego, de que en absoluto carece. La sinceridad vale más que la gracia. Estos viejos norsos escrutaban los arcanos de la Naturaleza, muy despiertos los ojos, con todas las potencias de su alma. Raza honrada y tenaz, infantil y varonil á un tiempo; toda corazón, toda sentimiento; raza valiente y de verdaderos hombres. Esta

manera de observar y escudriñar la Naturaleza constituye el elemento principal del paganismo. El reconocimiento del hombre y de su deber moral, aunque existente entre los paganos de una manera imperfecta, viene á constituir el principal y exclusivo elemento en otras formas de religiones más puras. Aquí verdaderamente existe una gran divisoria señalando una grande época en la historia de las humanas creencias; una gran divisoria en el desenvolvimiento religioso del género humano. El hombre primeramente se pone en contacto con la Naturaleza y sus poderes, fuerzas ó secretas influencias, admirándolos y venerándolos; y no llega á discernir hasta siglos más tarde que todo poder debe necesariamente ser poder moral, y que la gran cuestión para él se reduce á distinguir entre el bien y el mal; entre "tú debes," y "tú no debes."

Con respecto á todas estas disquisiciones fabulosas en el Edda, me permitiré indicar, como ya lo hicimos, que lo más probable es que pertenezcan á una fecha mucho más reciente; y sin género de duda alguna para los antiguos norsos, venían á ser comparativamente, comenzando por la primera, una especie de pasatiempo poético. Ni la alegoría, ni descripción poética alguna, constituyen, como ya dijimos, la fe religiosa; la fe debe de necesidad existir primero; la alegoría vendrá después, bajo distintas formas, á servirle de cortejo, ni más ni menos que la materia viene á constituir el cuerpo del espíritu. La fe de los

antiguos norsos, puedo suponer, sin temor de equivocarme, ni más ni menos que otras muchas, fué esencialmente activa mientras estuvo reducida al estado de silencio, sin tener necesariamente mucho que decir de sí misma, ni sirviéndose de la palabra, y mucho menos del canto.

Entre aquellos nebulosos tópicos del Edda, en medio de toda aquella fantástica congerie de aserciones y de tradiciones envueltas en sus mitologías musicales, todo cuanto un hombre podría racional y prácticamente creer, vendría á reducirse, poco más ó menos, á todo esto: lo de las valkyries y el palacio de Odino; lo de un destino inflexible; y que la cosa más necesaria al hombre era el valor, ser valiente. Las valkyries son las escogedoras de los muertos en el campo de batalla: un destino inexorable, á quien no es posible aplacar, tiene señalados quiénes han de ser los muertos; esto para el creyente norso era ley fundamental, como lo sigue siendo en todo tiempo y lugar, para los hombres poseídos de ideas entusiastas, planes de reforma, de conquista, como los Mahomas, los Luteros y Napoleones. Sentimientos arraigadísimos é indomables en el corazón de tales hombres, y á los que se ven duramente sometidos, ignorando la fuerza que les impele. ¡Las valkyries! Y después que estas escogedoras de muertos conducían las almas de los valientes á la morada celestial de Odino—las de los cobardes, los viles y los esclavos eran arrojadas á otra parte, en los reinos de Hela, divinidad de la

muerte:—y á esto venía á reducirse, según nuestro sentir, todo el símbolo de las creencias nor-sas. Su corazón les decía que era necesario ser valientes; que si no lo fueran, Odino les retiraría su favor, los despreciaría y arrojaría de su presencia. ¡Ved ahora si en todo esto no hay alguna cosa que merezca llamar vuestra atención! Existe un deber sempiterno, válido en nuestros días como en los días de ayer, como en todos los tiempos: el deber de ser valientes. Valor es lo que vale, lo que tiene precio, lo que se estima y aprecia. El primer deber de todo hombre es, y será siempre, el de dominar, el de subyugar el temor. No podremos obrar libremente ni de manera alguna, hasta no vernos libres del temor. Bajo el influjo de su imperio, las acciones de todo hombre son acciones de esclavo, no verdaderas, sino especiosas; sus más íntimos pensamientos son falsos; piensa y seguirá pensando como un esclavo, como un cobarde, mientras no consiga verse libre del temor, hasta no hacerle morder el polvo de sus pies. El símbolo de Odino, si podemos lisonjearnos de haber interpretado bien su espíritu, es hoy, en nuestros días, lo que fué en su origen entre la familia norsa: ¡la consagración del valor! Un hombre, lo que entendemos por hombre, necesita, debe de necesidad ser valiente; necesita avanzar, marchar hacia adelante, y en todas ocasiones, por difíciles que éstas sean, portarse como se portan los hombres, confiando, sobre todas las cosas, y sin vacilaciones de nin-



gún género, en lo que tienen decretado los poderes superiores, y de una vez para siempre desterrar de nuestros corazones hasta la sombra del terror; y la clase de victoria que alcancemos sobre este vestiglo, determinará el grado que nos corresponda ocupar entre los hombres.

Sin duda alguna, el valor de los antiguos escandinavos era del género más salvaje. Nos cuenta Snorro que consideraban como una gran vergüenza y una de las mayores miserias y desgracias, la de no morir en el campo de batalla; y cuando creían que la muerte natural se les venía encima, solían causarse heridas en la propia carne, para que Odino los recibiese con los honores de guerreros muertos en campaña. Los Reyes ancianos y cercanos á la muerte mandaban poner su cuerpo dentro de una nave, y ésta dispuesta para lanzarla al mar á toda vela y ardiendo á fuego lento, á fin de que, una vez en el mar, el incendio la envolviera en llamas y de aquella manera sepultar dignamente al héroe anciano, dándole por tumba á un tiempo mismo el firmamento y el Océano. Valor sanguinario y salvaje; pero valor de su especie, mejor cien veces que no tenerlo. En los antiguos reyes del mar, ¡qué indomable y salvaje energía! Yo me los imagino silenciosos, con los labios apretados, desafiando al mar embravecido con sus monstruos, y á todos los hombres y á todas las cosas; ignorando que fuesen especialmente valientes, verdaderos progenitores de nuestros Blakes y de nuestros Nelson. Ningún

Homero cantó estos norsos, reyes del mar; y sin embargo, ¿qué fué Agamenón á su respecto? Muy poca cosa y de menos provecho para el mundo, si le comparamos con alguno de ellos; — ¡con Hrolf de Normandía, por ejemplo! — Hrolf, ó Rollo, duque de Normandía, el indómito rey del Mar, tiene hoy, en este momento que os hablo, una parte en el gobierno de nuestra Inglaterra.

Ni el feroz batallar ni las salvajes expediciones piráticas dejaron de tener, en el curso de tantas generaciones, su respectiva importancia. La cuestión se reducía á saber quién era el más fuerte de todos, quién el que había de mandar á quién. Entre algunos de aquellos soberanos había quien llevaba el título de Leñador, Desbravador de selvas. Mucho se encierra en esto. Supongo que en el fondo muchos de ellos, á la vez que guerreros, serían leñadores, desbravadores y abatidores de montes, bosques y selvas, aunque los Skaldas no les dan más calificativo que el de guerreros, induciendo con esto á no pocos críticos en error; porque ¿qué nación de hombres pudo jamás vivir de solo pelear? Es de suponer que un buen batallador fuese al mismo tiempo un gran desbravador de montes y malezas, un verdadero trabajador, discernidor, mejorador grande y adelantado en todos los géneros de trabajo; porque el verdadero valor, muy distinto de la ferocidad, es la base de todas las virtudes. Valor es éste del género más legítimo y probado; probado contra la tenebrosa fuerza bruta de la Naturaleza en medio

de inmensos bosques, de incultas y enmarañadas selvas; domándolo y domesticándolo todo en beneficio y servicio nuestro; y por nuestra parte, ¿no hemos hecho cuanto estuvo en nuestra mano para llevarlo adelante hasta los términos más incógnitos de la tierra? ¡Ojalá no nos abandone jamás este valor!

Que el mismo Odino, el hombre Odino, con la voz y el corazón de un héroe y como inspirado del mismo cielo, encomiase la infinita importancia del valor á su pueblo y la manera de alcanzar la inmortalidad por ese medio; que su pueblo, inspirado en los mismos sentimientos, creyese sus palabras, y las creyese como inspiradas del cielo, y á él por esta causa le considerasen y venerasen como á una divinidad: todo esto viene á ser para mí la primitiva simiente de la religión norsa, de donde con el tiempo habían de provenir y crecer toda manera de mitologías, prácticas simbólicas, especulaciones, alegorías, cantos y sagas. Crecer ¡y de qué extraña manera! La hemos llamado una pequeña luz ardiendo y formándose, envuelta en las profundas tinieblas de la antigüedad norsa; pero en aquella profunda oscuridad había vida, notadlo bien. En aquella vida se reconcentraba el pensamiento ardiente, pero inculto, inarticulado, de todo el pueblo norso. ¡El espíritu norso, impaciente por darse á comprender, por abrirse camino, por manifestarse y seguir manifestándose más y más, y siempre en progresión ascendente! La viviente doctrina crece; crece ni más ni me-

nos que una higuera indiana; la primer semilla es lo esencial; una vez árbol, la rama que toque el suelo prende y arraiga, y se transforma en árbol á su vez, y así de las demás en complejidad infinita, hasta convertirse en bosques, en inmensas selvas, producto de una sola semilla. Según esto, ¿no vino á ser, en cierta manera, toda la religión norsa lo que hemos llamado la gigante sombra de la semejanza del hombre Odino? Entre algunos críticos hay quien halla alguna afinidad entre algunos mitos norsos, como los de la creación y otros tales, con los mitos del Indostán. La vaca Adumbra, por ejemplo, lamiendo la escarcha de las rocas, tiene cierto sabor oriental. ¡Una vaca del Indostán transportada á las regiones glaciales! Muy probable; cierto, podríamos hasta decir, sin la menor sombra de duda, y que todas estas cosas deben tener parentesco con las más remotas comarcas, con las edades más primitivas. El pensamiento no muere, se transforma. El primer hombre que en este nuestro planeta comenzó á pensar, fué el primer original, autor entre todos sus contemporáneos: y así de los segundos, y del tercero; no sólo esto, sino que todo verdadero pensador hasta estos momentos viene á ser una especie de Odino enseñando á los demás hombres su manera de pensar, y extiende de este modo una sombra de su semejanza sobre gran parte de la historia del mundo.

Con respecto al distintivo carácter poético ó mérito de esta Mitología norsa, no dispongo de

tiempo para extenderme sobre ella, ni tampoco nos interesa gran cosa. Nos quedan algunas profecías algo singulares, como es el *Vœluspa* en el *Elder Edda*, del género exaltado, enfático y sibilino: todo ello viene á ser como apéndice al argumento principal. Los *Skaldas* de los últimos tiempos parece como que se entretenían y no trataban el asunto con las debidas consideraciones, y sus cantos son cuanto nos queda respecto de esta materia. En siglos posteriores supongo seguirían cantando y simbolizando, á la manera que pintan nuestros modernos pintores cuando el corazón no se interesa ni toma parte alguna en la materia que se trata: bueno es tener esto presente.

El fragmento de Gray sobre la antigüedad norsa no nos da luz alguna, ni más ni menos que Pope sobre Grecia en su estudio de Homero. No es ninguna sombría morada, de negro y terrizo mármol, envuelta en silencio y horror, como Gray nos la describe: no; ruda y desapacible como las rocas boreales y triste como los desiertos de Islandia, tal vez; no exenta de sinceridad, ruda llaneza y hasta de un tinte de buen humor y estruendosa alegría en el centro de este espantoso espectáculo. Aquellos viejos corazones norsos no se pagaban de sublimidades teatrales, ni les quedaba tiempo para temblar. Me enamora y gana el corazón aquella su peculiar y robusta ingenuidad, veracidad y rectitud de concepción. Thor, cuando poseído de verdadero furor norso, frunce el ceño, aprieta su martillo hasta blanquearle las articu-

laciones. ¡Hermosos rasgos de compasión también, de compasión verdadera! Balder, «el Dios blanco,» muere; el hermoso, el benigno Balder; Balder es la divinidad Sol. Revuelven la naturaleza entera en busca de un remedio; pero está muerto. Frigga, su madre, envía á Hermoder á que le busque ó le vea: nueve días y nueve noches cabalga atravesando oscuros y profundos valles, por medio de un laberinto de tristeza; llega por fin al Puente de Techo de Oro; el vigilante dice: «Sí: Balder pasó por aquí; pero la mansión de los muertos está allá abajo, lejos, muy lejos, hacia el Norte.» Hermoder sigue cabalgando; salta la puerta del Infierno, la puerta de Hela; ve á Balder, y habla con él: Balder no puede ser entregado. ¡Inexorable Hela! Ni por Odino ni por dios alguno le quiere entregar. El hermoso, el benigno Balder debe quedar allí. Su mujer se resignó á ir con él, á morir con él. Permanecerán allí para siempre. El envía su anillo á Odino; Nanna, su mujer, envía á Frigga su dedal como recuerdo.

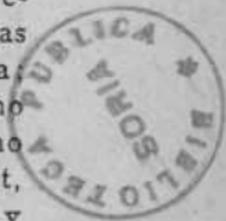
Sí: ¡el valor es también fuente de misericordia; y de verdad y de todo cuanto hay de grande, de noble y bueno en el hombre. El robusto y humilde vigor del corazón norso nos sorprende y seduce. ¿No es acaso un rasgo de verdadera fortaleza, dice Uhland—que escribió un hermoso estudio sobre Thor,—el de que los antiguos norsos viesen en el dios Thunger un amigo? El trueno no les asusta; antes reconocen su necesidad en el calor del verano; que el verano ama y tiene ne-

cesidad del trueno. El corazón del antiguo norso tiene especial predilección por Thor; ama y le entretienen los golpes de su maza. Thor es el calor estival, el dios del trabajo pacífico, así como del Trueno. Thor es el amigo del campesino; su fiel escudero y constante compañero Thialfi es el trabajo manual. Thor mismo se empeña en toda clase de trabajos; no desdeña ninguno, por rudo ó difícil que sea; de vez en cuando se mete por el país de los gigantes y lucha á muerte con aquellos monstruos del caos y del hielo, los subyuga, ó cuando menos los estrecha y maltrata. En todo esto hay una especie de humor ruidoso, casi olímpico.

Thor, como dijimos antes, fué al país de los Jætuns en busca del caldero de Hymir para que los dioses pudieran hacer cerveza. Hymir, el terrible y formidable gigante entra, cubierta de escarcha la blanca barba; derriba y quebranta peñas con sólo su mirada; Thor, después de mucha refriega, le arranca el pote enorme y se lo lleva hundido en la cabeza, machacándole las asas los talones. Los Skaldas norsos tienen particular predilección por Thor. Este Hymir es aquel cuyo ganado, según los críticos, eran montañas de hielo. ¡Genios gigantescos y á quienes sólo faltaba la cultura para convertirse en Shakspeares, Dantes, Gœthes! Ahora todo acabó: ese viejo monumento norso acabó para nosotros. Thor, el dios Trueno, convertido en Jack, el matador de gigantes; pero el espíritu que le levantó, todavía está

aquí. ¡De qué extraña manera crecen las cosas y mueren y no mueren! Todavía existen vástagos de ese árbol universal de las creencias norsas, cuya genealogía no sería difícil investigar. Este pobre Jack de nuestras nodrizas, el de los zapatos relámpago, manto milagroso y tajante espada, es uno de ellos. Hinde Etin, y aún más decepsivamente Rojo Etin de Irlanda, de las baladas escocesas, los dos provienen de Norselandia; Etin es un Jœtun evidentemente. Hasta el mismo Hamlet de Shakspeare es un tallo de este mismo árbol; sobre esto no hay duda alguna. Hamlet, Amleth, es realmente un personaje fabuloso; y su tragedia del padre envenenado, ¡envenenado durante el sueño por medio de un filtro en el oído! y lo demás que sigue, viene á ser un mito norso. El viejo Saxo, según su costumbre, le dió origen en Dinamarca; y Shakspeare, conforme con Saxo, hizo de él lo que todo el mundo sabe. Ese tallo de aquel árbol creemos en verdad que ha crecido.—¡Bien sea por accidente ó por naturaleza, ese tallo ha crecido en verdad!

Todos estos viejos cantos norsos encierran en sí alto grado de verdad, pero de verdad íntima y constante con un fondo de grandeza que os impone, y privativo únicamente de todo aquello que atraviesa los siglos por medio de la tradición. Grandeza, no por las formas gigantes del cuerpo, sino por las cualidades sublimes del espíritu en su estado primitivo de rudeza y sencillez. ¡Hay en estos viejos corazones tal grado de



sublime y silenciosa melancolía, tal fuego en su mirada, que parece arrancar de los antros más profundos del pensamiento y escrutar los arcanos más íntimos del alma! No parece sino que estos viejos norsos habían visto y conocido lo que la meditación ha enseñado á todos los hombres en todas las edades: que este mundo, después de todo, viene á ser una perspectiva engañosa, un fenómeno, no realidad, sino apariencia. Todas las almas profundas han visto eso mismo: el mitólogo oriental como el filósofo alemán; los Shakspeare, como todos los demás pensadores, no importa de qué tiempo ni de qué patria.

Nosotros somos de la materia de que se forjan los sueños.
We are such stuff as dreams are made of! (1)

Una de las expediciones de Thor á Utgard (el jardín exterior, punto céntrico y patria de los gigantes, Jætuns), es notable á este respecto. Con él iban Thialfi y Loke. Después de varias aventuras, llegaron á tierra de Gigantes; una vez allí, anduvieron vagando por inmensas llanuras, por incultos y desiertos [lugares, atravesando y rompiendo por montes y peñascales. A la entrada de la noche percibieron una casa; y como la puerta, que era todo un lienzo de la misma, estuviese abierta, se metieron dentro. Era una habitación sencilla, un gran salón enteramente vacío. Se quedaron allí; mas de repente, y en el silencio más profundo de la noche, los alarmaron unos ruidos muy

(1) *La Tempestad*, de Shakspeare.

(N. del T.)

extraños. Thor echó mano á su maza y se plantó, dispuesto á pelear, en medio de la puerta. Sus compañeros, poseídos de terror, corrían de aquí para allá por aquella ruda estancia, en busca de un rincón donde guarecerse; por fin hallaron uno, y allí se refugiaron. Thor no tuvo con quien batallar, porque á la mañana llegó á descubrirse que los ruidos extraños de la noche no eran más que el ronquido de un gigante enorme, pero pacífico, que allí al lado dormía; el gigante Skrymir. Lo que ellos habían tomado por una casa no era otra cosa sino el guante del mismo que á su lado yacía; la puerta descomunal era la muñeca, y el rincón en que se escondieron el dedo pulgar—¡vaya por guante!—noto que no tenía más dedos que el pulgar. ¡Un guante rústico y de los más primitivos! Skrymir les llevó todo el día su equipaje; Thor, no obstante, tenía sus sospechas, y no estaba muy conforme con las maneras de Skrymir; por esta causa determinó acabar con él por la noche, mientras dormía. Alzó en alto la maza y descargó golpe tan descomunal en el rostro del gigante, capaz de hender las peñas. El gigante apenas si despertó, y frotándose la mejilla, dijo: «¿Cayó alguna hoja?» Thor volvió, no bien se quedó dormido, á descargar segundo golpe, más tremendo que el primero; el gigante no hizo más que murmurar: «¿Fué algún grano de arena?» El tercer golpe de Thor (hasta blanquearle los nudillos supongo) fué con entrambas manos, y pareció dejar huella

en el rostro de Skrymir, que cesó de roncar, diciendo: «Sin duda hay gorriones sobre este árbol: ¿qué me habrán echado en la cara?» Por la puerta de Utgard—una puerta de altura tal que os era preciso estirar el cuello y echar atrás la cabeza si quisiéreis verle el techo—por esta puerta prosiguió Skrymir su camino. Thor y sus compañeros fueron admitidos é invitados á los juegos que se estaban celebrando. A Thor le presentaron para beber un cuerno, diciéndole que era cosa común entre ellos vaciarlo de un sorbo. Larga y valientemente por tres veces acometió Thor al cuerno, sin producir el menor efecto.—Sois una pobre y débil criatura, le dijeron: ¿no podríais alzar ese gato que veis ahí? Por pequeña que la hazaña pareciese, Thor, á pesar de su fuerza sobrenatural, no pudo apenas alzar un poco el espinazo del animal, pero de ningún modo los pies: á duras penas uno solamente.—«¡Vaya, tú no eres hombre! le dijeron á una las gentes de Utgard. ¡Ahí está una vieja que quiere luchar contigo!» Thor, avergonzado de veras, echó mano á la vieja; pero no le fué posible echarla al suelo.

Y entonces, al salir de Utgard, el principal de los gigantes (Jætuns) los acompañó cortésmente hasta alguna distancia, y dirigiéndose á Thor, le dijo: Al fin has sido vencido; pero no te avergüences por eso, porque todo fué ilusión y decepción de los sentidos. El cuerno que probaste agotar de un sorbo, no era, más que el mismo mar,

y sin embargo le hiciste menguar; pero ¿quién podría beber lo insondable? El gato que probaste á levantar del suelo, era la *Midgard-snake*, la gran serpiente del mundo, la cual con la cola en la boca, ciñe y conserva la creación entera; si la hubieras dado vuelta, todo vendría á convertirse en ruina y confusión. Por lo que hace á la vieja, esa era el Tiempo, la Vejez, la Duración; ¿quién podrá luchar con el Tiempo? Con el Tiempo, ni el hombre ni los dioses: ¡hombre ó dioses, el Tiempo es más fuerte que todos! Y por lo que toca á los tres golpes de tu maza, mira estos tres valles: ¡tus tres martillazos los hicieron! Thor volvió la cara al gigante y le miró atentamente; era Skrymir. Era, dicen ciertos críticos norsos, ¡la tierra deforme en su edad de piedra, y aquel guante enorme alguna de sus cavernas! En tanto, Skymir desapareció: Utgard y sus puertas, escondiéndose en las nubes cuando Thor las quiso echar al suelo con su maza, desaparecieron también; sólo á lo lejos la voz de Skrymir se dejaba oír como burlando: «¡Mejor será que no volváis á tierra de Gigantes!»

Todo esto, según vamos viendo, pertenece al período alegórico y semijocoso, no al profético ni enteramente devoto; pero si le hemos de considerar como un mito, aun considerado bajo este aspecto, ¿no vemos que contiene oro de pura ley, oro legítimo y directamente sacado del antiguo filón norso? ¡Metal más verdadero y acabado de salir del yunque del Mimo que el de otros muchos

mitos griegos más famosos y mucho mejor elaborados! ¡Hay en este Skyrmir un humor tan pantagruesco (1)! ¡Tanta alegría sobre un fondo de gravedad y tristeza! Los colores del iris en el centro de negra tempestad. Sólo los corazones valientes son capaces de sentir y comprender todo esto. Es el humor punzante y terrible de nuestro Ben Jonson, de nuestro original y viejo Ben; circula por la sangre de nosotros todos, y bajo otras formas muy distintas me parece como que distingo ciertos ecos y rumores del mismo, allá á lo lejos, por entre los bosques y desiertos de América.

Otra concepción en extremo notable es la del Ragnarøk, consumación ó crepúsculo de los dioses. Está en el canto Vœluspa; al parecer, una idea profética muy vieja. Los dioses y los Jætuns, las fuerzas divinas y las fuerzas brutas y caóticas, después de larga lucha y victoria parcial por parte de los primeros, se encuentran al fin en un duelo mortal, Thor y la Serpiente del Mundo, fuerza contra fuerza, mutuamente extintiva; la ruina y el estrago, desaparecido el crepúsculo, envuelven la creación entera. El viejo universo, con sus dioses, desapareció, pero no es muerte final; tienen que venir otro nuevo cielo y otra nueva tierra; un Dios más alto y supremo, y otra justicia más divina tienen que volver á reinar entre los hombres. Notadlo bien: esta ley de transformación, que es también una ley escrita en lo más ín-

(1) Del Pantagruel de Rabelais.

(N. del T.)

timo del pensamiento del hombre, había sido ya descifrada, en su rudo estilo, por estos viejos y diligentes pensadores, y vieron cómo aunque todo muere, y aun los dioses mueren, sin embargo, toda muerte viene á ser la del Fénix, renaciendo á otra vida mucho más grande y mucho mejor. Es la ley fundamental de la existencia para todos los seres hechos del tiempo y viviendo en este lugar de esperanza. Todos los grandes pensadores han visto esto mismo: ¡ojalá lo sigan viendo todavía!

Y ahora, y en relación con todo lo que venimos diciendo, eehemos una mirada concerniente á la última aparición de Thor, y acabemos. Con respecto á todas las demás fábulas, me parece ser ésta de las más recientes, y como una triste protesta contra los progresos del cristianismo—protesta sostenida con carácter de censura y vituperio contra las nuevas creencias por algún conservador gentil de aquellos tiempos.—El rey Olaf ha sido agriamente censurado por su celo excesivo en la introducción y propagación del cristianismo; seguramente nosotros le hubiéramos censurado mucho más por el exceso contrario. Verdad es que este exceso de celo le costó la vida, pues murió en una batalla contra sus vasallos rebeldes, por el año 1033, en Sticklestad, no lejos de Drontheim, donde está la principal catedral del Norte, fundada hace muchos siglos, y dedicada, como recuerdo agradecido, á la memoria de San Olaf. El mito concerniente á Thor se reduce á lo siguiente: el rey Olaf, el reformador rey cristia-

no, se da á la vela, con su escolta correspondiente, á lo largo de las costas de Noruega, desembarcando en todos los puertos y ensenadas administrando justicia ó ejercitando cualesquiera otros actos de su soberanía. Una vez, al dejar uno de estos puertos, se vió entrar en el barco un extranjero de grave aspecto y mirada, barba roja y de imponente y robusta figura. Los cortesanos le interrogan, y quedan sorprendidos de la profundidad y pertinencia de sus respuestas, y le conducen á presencia del Rey. La conversación del extranjero, según van navegando á lo largo de las hermosas y pintorescas costas, no es menos sorprendente en la presencia del Rey que en la de sus cortesanos; pero pasado algún tiempo comienza á hablar con el rey Olaf, poco más ó menos, en estos términos: «Sí, rey Olaf: todo aquí es hermoso, y mucho más á la luz del sol, verde, fructífero, una mansión digna de un Rey; grandes trabajos tuvo Thor que pasar, muchas y grandes batallas que lidiar con los Jætuns antes de convertirla en lo que hoy es, una mansión digna de un Rey. Ahora, rey Olaf, el pensamiento que os preocupa es de acabar con Thor. Rey Olaf, ¡tened cuidado! dijo el extranjero frunciendo el ceño. Cuando volvieron de nuevo los ojos para verle, ya había desaparecido. Esta fué la última aparición de Thor sobre la escena del mundo.

¿No veis ahora de qué manera puede surgir la fábula, sin que precisamente falte nadie á la verdad? Esta es la manera que han tenido todos los

dioses de presentarse entre los hombres; así, en tiempo de Píndaro, fué visto Neptuno en los juegos Nemeos. ¿Quién era este Neptuno, más que un extranjero de grave y noble aspecto, digno de ser visto? Hay en esta última voz del paganismo algo de patético y hasta de trágico. Thor ha desaparecido para no volver ya más. De la misma manera pasan las cosas más altas. Todas las cosas que han sido en este mundo, todas las cosas que existen hoy y que existirán mañana, tienen que perecer de igual manera; ¡á nosotros no nos queda otra cosa que hacer sino darles nuestro último adiós!

Aquella religión norsa, ruda, pero sincera; grave, que produce austera impresión, consagración del valor (así la definimos), bastó para aquellos viejos y valientes norsos. La consagración del valor no es una cosa baladí. Nosotros la consideramos como buena, y la seguiremos considerando como tal hasta donde alcancen los tiempos. Ni consideramos indiferente esto de conocer alguna cosa del viejo paganismo de nuestros padres. Inconscientemente, y en combinación con otras cosas más altas, aquella antigua fe de nuestros ascendientes, todavía está entre nosotros. Conocerla á fondo, nos pone en relaciones más íntimas y más claras con el pasado, con nuestras propias adquisiciones en el pasado. Porque todo lo pasado, como voy repitiendo, es la posesión de lo presente; lo pasado tuvo siempre algo de *verdadero*, y constituye un dominio precioso. En

época y lugar diferentes, siempre ha sido alguna distinta fase de nuestra común naturaleza humana que ha venido desenvolviéndose y manifestándose á sí misma. Lo verdadero actual es la *suma* de todas ellas; ninguna de ellas por sí sola constituye lo que de la humana naturaleza se ha estado desenvolviendo y manifestando hasta estos momentos. Mejor conocerlas todas que interpretarlas mal. «¿A cuál de estas tres religiones os adherís especialmente?» pregunta Meister á su maestro. «¡A todas tres!—responde el otro.—A todas tres, porque en virtud de su unión vienen á constituir virtualmente la religión verdadera.»

SEGUNDA CONFERENCIA

EL HÉROE COMO PROFETA

Mahoma; Islam.

Desde los tiempos más primitivos del paganismo entre los escandinavos, nos adelantamos y colocamos entre una gente muy diferente y de costumbres y religión muy distintas: vamos á discutir del mahometismo entre los árabes. ¡Qué cambio tan radical y qué progreso tan grande el que señalamos aquí, concernientes á la condición universal y pensamientos de los hombres!

El héroe no es ya considerado entre los hombres como un dios, sino como un hombre inspirado del Cielo, como un profeta. Esta es la segunda fase del culto á los héroes: la primera ó más antigua ha desaparecido, sin esperanza de que vuelva jamás á presentarse entre nosotros; en la historia del mundo no volverá jamás á presentarse hombre alguno, por grande que este fuese, á quien sus semejantes nuevamente veneren y rindan culto como á una divinidad. No solamente esto, sino que preguntamos: ¿hubo jamás en

mundo hombre alguno ó asociación de hombres que real y verdaderamente llegase á creer que el hombre á quien vieron y trataron aquí abajo en la tierra fuese un dios, y mucho menos el Hacedor de cielo y tierra? Creo que no; comunmente era algún hombre que les parecía haber visto, y de quien apenas hacían ya memoria. Pero esto no volverá á suceder jamás. ¡El grande hombre no volverá ya más á ser reconocido como un dios, y mucho menos venerado como tal!

Fué uno de los errores más crasos y groseros esto de considerar al hombre extraordinario como una divinidad. Sin embargo, permítasenos decir que en todo tiempo ha sido difícil saber *lo que es*, de qué manera recibirle, y qué cuenta y relación dar de él. Uno de los rasgos más significativos en la historia de una época, es el modo y manera de recibir y agasajar á sus grandes hombres. Siempre, en el genuino instinto de los hombres, hubo en él alguna cosa de divino. ¿Le habrán de considerar como á un dios, como á un profeta, ó por quién ó por qué cosa le habrán de tomar, y de qué manera le habrán de recibir? Esta será siempre la gran cuestión; por la manera de resolverla podremos, como á través de una claraboya, penetrar en el mismo corazón y ver y conocer á fondo el estado y condición espiritual de esos hombres y de esa época. Porque en el fondo el grande hombre es siempre el mismo, y según sale de las manos de la naturaleza: Odino, Martín Lutero, Samuel Johnson, Roberto Burns,

son, como lo iremos demostrando, originalmente de la misma condición, y sólo difieren en las diversas formas que revistieron y en la manera que tuvo el mundo de recibirlos y de considerarlos. Nos admiramos del culto tributado á Odino: esto de caer postrado en deliquios de amor y asombro ante la presencia del grande hombre; creerle y reverenciarle, no sólo como á un habitante del cielo, sino rendirle culto como á un dios verdadero; ¿esto no nos parece, que digamos, bastante correcto! ¿Pero lo será acaso más, en sentido inverso, nuestra manera de recibir á un hombre como Roberto Burns? El dón más precioso que los cielos pueden dar á la tierra; un hombre de genio como nosotros lo llamamos; al alma de un hombre enviada desde los cielos acá abajo, con un mensaje de Dios para nosotros; ¿esto, nosotros lo miramos y consideramos como un juguete ó fuego artificial que se nos envía para entretenernos un rato, reducirlo á cenizas y arrojarlo después al viento como desecho y cosa sin sustancia; esto tampoco es muy correcto que digamos. Penetrando en el corazón del asunto, referente á Burns, el poeta rústico, pero lleno de fuego é inspiración divina, se le podría calificar de fenómeno mucho más repugnante y que presagia todavía imperfecciones mucho más tristes en los procedimientos del humano linaje, que los mismos que atañen al método escandinavo. No nos parece bien que el hombre caiga y se entregue á las extravagancias de un amor y de un

culto insensato; pero tampoco nos parece nada bien, ni mucho menos racional, el procedimiento contrario de recibir al hombre de genio con esa especie de arrogancia estúpida, y de no menos estúpido desdén, por lo estudiado y fingido, sino por la resultante contraproducente para nosotros mismos; porque ¿qué idea podremos dar por este medio, por lo que afecta á nuestra inteligencia, nuestra cultura intelectual y nuestros sentimientos como hombres? El culto á los héroes es cosa que cambia continuamente; diferente en todas las edades, y difícil de desempeñar correctamente en tiempo alguno. Podríamos decir con verdad que el gran trabajo, el gran estudio de toda época sería el de concretarse al buen desempeño de tan importante asunto.

Hemos escogido á Mahoma, no como el más eminente de los profetas, sino como uno de aquellos de quienes podemos hablar y discurrir con más franqueza y libertad que de otro alguno. No es, en modo alguno, el más verdadero de los profetas; pero nosotros le consideramos como tal profeta. Digo más: como no hay peligro de que ninguno de nosotros se vuelva mahometano, pienso decir de él justa y honradamente todo lo bueno que sepa, porque no hay otra manera de llegar á conocerle á fondo ni descubrir su secreto; procuremos averiguar y comprender sus propósitos, sus ideas, su manera de pensar respecto al mundo; lo que el mundo pensó y sigue pensando de él podrá tener entonces más fácil contesta.

ción. La hipótesis más generalizada, y la más común y corriente, de que Mahoma fué un impostor intrigante, una falsedad viviente; su religión un conjunto informe de presunción, charlatanismo y estupidez, comienza á ser realmente insostenible para todo el mundo. Las mentiras que se han venido amontonando alrededor de este hombre por gentes no mal intencionadas, en otros respectos, sólo vienen á redundar en descrédito y vergüenza nuestra. Cuando Pococke quiso saber de Grocio dónde estaba la prueba del cuento de la paloma enseñada á picotear las orejas de Mahoma, á fin de hacerla pasar por un ángel que le inspiraba, Grocio contestó que no había pruebas. Tiempo es ya de acabar con todo esto. La palabra de este hombre viene siendo la luz de vida de ciento ochenta millones de hombres durante mil doscientos años. Estos ciento ochenta millones de hombres son, lo mismo que nosotros, hijos del mismo Dios. Un número más grande de criaturas, obra del mismo Dios, cree á la hora presente en la palabra de Mahoma, más que en otra palabra alguna, sea la que fuere. ¿Podremos suponer, ni siquiera por un momento, que el árbol de cuyo rocío se alimentaron y á cuya sombra vivieron y murieron tantas criaturas de Dios Altísimo, y por un número de siglos tan considerable, fuese obra de un charlatán impostor, y menos artificio de un saltimbanqui espiritual? Nosotros, por nuestra parte, estamos muy lejos de formar tal suposición; antes más bien estamos

dispuestos á creer cualquier otra cosa, por es-
 penda que sea. Porque ¿qué juicio formar, ni q
 creer, ni qué pensar de un mundo donde tales c
 sas sucediesen, creciesen y prosperasen hasta ll
 gar á revestir la sanción de los siglos?

Desgraciadamente estas teorías son para lamen-
 tar muy de veras. Si nosotros deseamos alcanzar
 alguna ciencia de la verdadera creación de Dios,
 desechemos lejos de nosotros tal cúmulo de vul-
 garidades. Producto de un siglo escéptico, señala
 una de las más desconsoladoras parálisis espiri-
 tuales, la muerte del alma en la vida del hombre:
 jamás en tiempo alguno se llegó á promulgar teo-
 ría ni más atea ni más desconsoladora. ¡Un hom-
 bre falso fundar una religión!... ¿Cómo? ¡Un
 hombre falso no puede fundar ni una choza de
 ladrillo! Si no conoce y sigue verdaderamente
 las propiedades del mortero, como las del barro,
 ya crudo ó ya cocido, y así las de todos los demás
 ingredientes de que necesita servirse en el ejerci-
 cio de su profesión, no será casa la que levante,
 sino un montón de escombros. No será casa que se
 mantenga firme mil doscientos años, ni capaz de
 hospedar por tal número de siglos ciento ochenta
 millones de almas; tiene, por necesidad, que ve-
 nir al suelo, pero de repente, por no conformarse
 en todo con el dictado de las leyes de la naturale-
 za; debemos, de necesidad, vivir conforme á sus
 leyes, en constante comunión con ella y con la
 verdad de las cosas que en ella son; porque de
 otra manera ella no nos responderá cuando la in-

interrogamos. ¡No, de ninguna manera! Porque las especiosidades son siempre especiosidades, cosas de mentira y puro engaño. Un Cagliostro, cien Cagliostros, grandes y universales eminencias sociales, viven y prosperan con su chartanismo y simuladas apariencias de verdad; ¡pero viven la vida efímera de un día! Son la moneda falsa, el billete falso; lo hacen pasar de sus indignas manos, es verdad: otros, no ellos, son los que tienen que sufrir las amargas consecuencias de sus trapacerías. Llegó, por fin, la hora en que, quebrantados todos los resortes que sostienen y afirman el orden moral del mundo, éste se desploma, y entonces vienen las terribles catástrofes que registra la Historia, no sabemos si para enmienda ó para confusión y vergüenza nuestra!

El grande hombre tiene precisamente que ser un hombre sincero, un hombre de verdad, porque de otra manera carecería de las condiciones indispensables, de la condición fundamental. Ni Mirabeau, ni Napoleón, Burns ó Cronwell, ni hombre alguno capaz de llevar á cabo grandes cosas, que no hayan estado ante todo preocupados y convencidos de esta verdad esencialísima. La sinceridad, seguiremos diciendo siempre, la profunda, la íntima, la que arranca del corazón, es la característica del hombre dispuesto á toda empresa heroica. Se supone que no se trata de la sinceridad que se proclama a sí misma; ¡no! esa es muy poca cosa; todo lo mas, una exagerada opinión de nuestro propio mérito; una sinceridad consciente, jac-

tanciosa y hueca. La sinceridad del grande hombre es de muy distinta especie; no la conoce, ni sabe él mismo lo que es; antes soy de parecer que si de alguna cosa está seguro, es más bien de su insinceridad; porque ¿dónde está el hombre que pueda ajustar rigurosamente su conducta á la ley de verdad por un solo día? No: el grande hombre no se jacta de ser sincero; muy lejos de eso, ni se interroga á sí mismo si lo es; más bien diríamos que su sinceridad no depende de él; ¡él, no puede menos de ser sincero! El grande hecho de la existencia es lo grande, lo importante, lo que á él interesa más de cerca. Huya donde quiera, la pavorosa presencia de esta realidad le sigue por todas partes; es la ley de su espíritu, y por eso él es grande, primero que todo. Digno de asombro, de admiración y hasta de pavor y miedo es para él este universo; tan real como la vida, tan real como la muerte. Aunque todos los hombres olvidaran su verdad y anduvieran por en medio de un vano simulacro, él no, él no puede. Por todas partes y en todos los instantes la imagen de fuego le persigue, centellea sobre él, y le deslumbra; no hay duda alguna: allí, allí.— Considerad todo esto como nuestra definición principal del grande hombre. Compete de igual manera á todos los hombres grandes y pequeños, como hechuras de la mano de Dios; pero téngase presente que el grande hombre es imposible sin esa condición.

Este es el hombre que nosotros llamamos original: el hombre que viene á nosotros de primera

mano, un mensajero que nos trae nuevas de lo infinitamente desconocido, de las tierras incógnitas de la inmensidad. Llamémosle de la manera que queramos, poeta, profeta ó sea Dios; de una ú otra manera todos nosotros sentimos que las palabras que salen de sus labios no son como las palabras de los demás hombres. Proveniente de lo más íntimo y profundo de la realidad de las cosas, vive y tiene que vivir necesariamente de conformidad con ellas, en directa y constante comunión con ese hecho, con esa realidad. No hay manera que se la oculten ninguna clase de rumores; si los sigue, se encuentra reducido á la más deplorable de las situaciones; errante por el mundo, sin hogar y sin patria ni luz que le guíe, pero la realidad está allí; el problema de la vida y de la muerte no se aparta ni un instante de sus ojos; le sigue á todas partes, no le puede evitar. ¿No son sus palabras una especie de revelación, que así debemos llamarla, á falta de otro nombre? El proviene del mismo corazón del mundo, es una parte de la primera realidad de las cosas. Dios ha hecho muchas revelaciones; pero ¿no es también este hombre una de las más nuevas, de las más recientes de todas las que Dios ha hecho hasta ahora? La inspiración del Altísimo, del Todopoderoso, está con él; debemos escucharle antes que á ningún otro.

No estamos, pues, dispuestos, ni mucho menos, á considerar al hombre Mahoma como á un tramoyista teatral ó ambicioso proyectista; no: no po-

demos concébirle así. Su mensaje, aunque rudo y confuso, fué como una voz venida de los abismos más profundos de lo desconocido. No fueron palabras mentirosas las de este hombre, ni sus obras aquí abajo fueron falsas tampoco, ni nonentidad, ni simulacro; diremos más bien fenómeno de fuego, pero fuego de vida lanzado de las mismas entrañas de la naturaleza para encender y renovar el mundo, porque así lo tenía dispuesto el Supremo Imperante de cielos y tierra. Ni todas las faltas, ni todas las imperfecciones, ni aun todas las insinceridades que á Mahoma se atribuyen, por muy probadas que estuviesen, serían capaces de conmover, ni menos afectar en lo más mínimo, este hecho fundamental y categórico.

Solemos detenernos sobre el artículo de faltas un poco más de lo conveniente; los detalles del argumento ocultan, por regla general, su centro verdadero. ¿Faltas? ¡La mayor de todas sería, si se nos permitiera expresar así, no tener que acusarse de ninguna! Esto lo debieran saber mejor que nadie los lectores de la Biblia. ¿A quién se llama allí el hombre conforme á los caminos de Dios altísimo? ¿Quién más pecador que David, rey de los hebreos? ¡Faltas, pecados, mucha abundancia de pecados, hasta crímenes horribles! Todo esto ha dado ocasión á que los incrédulos digan: «¿es ese el hombre acepto á Dios, el hombre según los caminos de Dios altísimo?» Poco trabajo nos costaría redargüir al incrédulo con sus propios sarcasmos, pero la ocasión no es ésta. Pregunta-

mos; ¿qué son faltas, qué son los detalles exteriores de una vida si pasamos por alto los secretos remordimientos que la corroen, las luchas sangrientas que tiene que librar consigo misma, luchas con frecuencia frustradas, siempre renovadas y jamás fenecidas? «No está en el hombre dirigir sus pasos». De todos los actos del hombre ¿no es acaso el arrepentimiento el de los más divinos? El mayor de los pecados, volvemos á repetir, sería el no tener que acusarse de ninguno: eso es muerte; un corazón tan consciente, tan sumamente delicado, está divorciado de toda sinceridad, de toda humildad, de toda realidad: está muerto; está puro, es verdad, pero seco como las arenas del desierto. La historia y la vida de David (1), conforme están escritas para nosotros en sus salmos, nos parecen ser el emblema más verdadero que jamás darse pudo de las luchas y progreso moral de un hombre acá abajo en la tierra. Las almas serias verán siempre en ellos el batallar continuo de un alma profundamente sincera en busca de lo bueno y lo mejor. Combate donde la lucha y toda clase de sacrificios se ven dolorosamente frustrados; el luchador, no pocas veces rendido, totalmente postrado, y sin embargo el combate no se acaba; con lágrimas de arrepentimiento y firme propósito de la victoria, vuelve á renovarse otra vez. ¡Pobre naturaleza humana! ¿No son éstos, acaso, sus caminos llenos de

(1) Compárese con este juicio de David el de Renan, en el tomo 1.º de su *Historia de Israel*,—(N. de C.)

tropiezos, frecuentes las caídas y sin término las desventuras? Al hombre no le es dado elegir. En este mar borrascoso de la existencia se ve condenado á perpetua lucha; ya caiga, ya se abisme, con lágrimas del corazón, lágrimas de verdadero arrepentimiento, tiene que volver á levantarse, comenzar de nuevo la lucha, y siempre mirando hácia adelante: ese es su destino. Ahora, que la victoria corone sus esfuerzos... ¡esa es la cuestión de las cuestiones! Ninguna importancia daremos á los detalles cuando el espíritu del sujeto es verdadero; los detalles á nada conducen, ni nada nos enseñan. Aun los errores y faltas de Mahoma no los apreciamos con verdadero espíritu de justicia; por este camino no se va á parte alguna, y supuesto que tuvo un pensamiento, estudiemos imparcialmente cuál fué éste y de qué medios se valió para ejecutarlo, para llevarlo á cabo; no hay otra manera de llegar á conocer á Mahoma y de hacerle cumplida y desinteresada justicia.

Lós árabes, entre quienes nació Mahoma, son en verdad un pueblo notable, y notable también su país: mansión propia y adecuada á raza semejante. Montañas de inaccesibles rocas y perspectivas salvajes; grandes y espantosos desiertos, cuya tristéza y monotonía vienen á interrumpir de tarde en tarde pedazos hermosísimos de verdor, cubiertos de odoríferas y balsámicas plantas; el árbol del dátíl y el del incienso; la hermosura está allí donde brota y corre el manantial del agua. Considerad esas vastas soledades de arena,

semejantes á un mar de ilimitados horizontes, y que os separan completamente de las moradas de los hombres. Allí os encontráis enteramente solos, sin más comunicación que la del universo; de día, un sol abrasador que os calcina los huesos, y por la noche la inmensidad de los cielos con sus innumerables ejércitos de estrellas; este país es propio de una raza de hombres resuelta y determinada, y de corazones dispuestos á todo género de empresas. Hay en el carácter árabe cualidades extremas que no se excluyen, sino que se armonizan admirablemente; una elasticidad y versatilidad sorprendentes, junto á la meditación más profunda y al más extraordinario entusiasmo. Se llama á los persas los franceses del Este; nosotros llamaremos á los árabes los italianos del Oriente. Raza rica y noblemente favorecida, pueblo de fuertes é indómitos sentimientos, pero al mismo tiempo dotado de voluntad potente para reprimirlos: ¡la característica del genio y de todas las almas nobles y generosas! El montaraz beduino recibe en su tienda al extranjero como á quien tiene derecho á todo cuanto hay en ella; y aunque fuese su mayor enemigo, matará, para agasajarle, la cría de su yegua; le mantendrá durante tres días con exquisita hospitalidad, y no le dejará hasta verle seguro en el camino, con las advertencias que crea necesarias para su seguridad, y después, por una ley no menos sagrada, le matará si puede, lo mismo de palabra que de hecho. Por regla general, no son gente

locuaz, más bien taciturnos; son elocuentes y hasta inspirados cuando hablan; pueblo grave y de verdad. Son, como todos saben, de origen judío; pero al terrible y mortal fanatismo de éstos saben combinar cierta gracia y otras cualidades brillantes, de que los judíos carecen en absoluto. Antes del tiempo de Mahoma solían tener entre sí certámenes poéticos. Sale nos dice que en Ocadh, al Sur de Arabia, se celebraban ferias todos los años, donde, después de terminadas, los poetas concertaban y contendían por el premio; aquella gente inculta tenía gran placer escuchándolos.

Una cualidad judaica poseen estos árabes, base de muchas ó de todas las más altas y nobles cualidades: la religiosidad. Desde tiempos remotísimos venían observando sus ejercicios religiosos conforme á la luz de su entendimiento. Adoraban, como sabeos, las estrellas y otros muchos objetos naturales, reconociéndolos como símbolos, como inmediatas manifestaciones del Supremo Hacedor de la naturaleza. No estaba bien, y sin embargo no enteramente mal. Todas las obras de Dios son todavía, en cierto sentido, símbolos de Dios; y aun ahora, como en todos tiempos, ¿no admitimos y consideramos como un mérito el reconocimiento de cierta significación inextinguible, ó sea poética belleza, según la llamamos, en todos los objetos naturales, sean los que fueren? A un hombre, por hacer esto mismo, ya hablándolo, ya cantándolo, se le honra con el nom-

bre de poeta, con una especie de culto diluído.

Tenían estos árabes muchos profetas, maestros cada cual de sus tribus respectivas y conforme á la luz que cada uno poseía. Y verdaderamente, ¿no somos nosotros, desde tiempos inmemoriales, poseedores de la más noble de las pruebas, prueba visible y palpable á cualquiera de nosotros por lo tocante á la religiosidad y nobleza de espíritu que en los corazones de estos pueblos incultos y reflexivos se albergaban? Los que se consagran á los estudios bíblicos están conformes en que nuestro libro de Job fué escrito en esta región de la tierra. Yo tengo este libro, aparte de cualesquiera otras teorías, por una de las cosas más grandes que jamás ha escrito la pluma del hombre. Hay en él tal grandiosidad, corrientes de sentimiento tan profundas, tal generosidad y nobleza tan universales, y en todo tan diferente de las nobles sugerencias del patriotismo de secta y de nación, que estamos por no creer que libro semejante sea hebreo. ¡Libro magnífico, el libro de todos los hombres! Él es la primera, la más antigua manifestación del sempiterno problema del destino del hombre, y de los caminos que Dios le tiene reservados aquí en la tierra. Y todo con tal riqueza y atrevimiento de pincel, grandioso lo mismo en la sencillez como en la sinceridad; en su épica melodía, como en el reposo de la reconciliación. Allí está el ojo vidente, el inteligente y sosegado corazón, tan verdadero en todos los sentidos; luz y visión para todas las co-



sas; lo mismo las materiales que las espirituales: "El caballo—vestiste tú su cerviz con el trueno, el ríe al tremor de la lanza! Jamás se han vuelto á escribir símiles de tanta vida. Sublime tristeza, sublime reconciliación; la melodía coral más antigua y como si brotase del corazón de todo el género humano, tan suave, tan grande, serena como una noche de verano, como el mundo con sus mares y océanos de estrellas. No hay nada escrito, según nuestra opinión, ni en la Biblia, ni fuera de la Biblia, de igual mérito literario.

Para los árabes idólatras, uno de los más antiguos y universales objetos de su veneración era la Piedra Negra, conservada hasta nuestros días en el templo llamado la Caabah, en la Meca. Diodoro Sículo hace mención de este edificio de una manera que no da lugar á dudas, como uno de los más antiguos, más famosos y más concurridos templos de su tiempo; esto es, medio siglo antes de nuestra Era. Silvestre de Sacy dice que hay apariencias de que la Piedra Negra sea un aerolito: ¡en ese caso alguien le habrá visto caer del cielo! Yace hoy al lado del pozo Zemzem; la Caabah cubre á los dos. Una fuente es en todas partes objeto de interés y de cariño, brotando, como si dijéramos, de las mismas entrañas de la tierra, y mucho más en países tan secos y abrasadores, donde viene á ser una de las primeras condiciones de la vida. El pozo Zemzem deriva su nombre del mismo susurro de las aguas: *zem-zem*; se cree ser la misma fuente que encon-

tró Agar con su hijo Ismael en el desierto; el aerolito y la fuente vienen siendo, con el templo que los cubre, lugar sagrado hace algunos miles de años. ¡Objeto curioso ese templo de la Caabah. Allí está á estas horas envuelta en el manto negro que el Sultan le envía todos los años; veinte y siete codos de altura, con cerco, doble cerco de columnas con ringleras de lámparas festonadas y de ornamentos preciosos; las lámparas se volverán á encender esta noche para brillar de nuevo bajo las estrellas. Un fragmento auténtico de la más remota antigüedad. Este es el Keblah de todos los musulmanes; desde Delhi hasta el imperio de Marruecos, los ojos de innumerables devotos se tornan hacia él cinco veces este día y todos los demás días; uno de los centros más notables en la morada de los hombres.

De la santidad atribuida á esta piedra y á la fuente de Agar, lo mismo que á la peregrinación de todas las tribus de árabes, es de donde le viene á la Meca su carácter de ciudad. Una gran ciudad en otro tiempo, aunque muy decadente ahora. No debe á la naturaleza ventaja alguna natural para una ciudad; está situada dentro de una hondonada de arena, distanciada del mar y rodeada de escuetas y estériles montañas; todas sus provisiones, y hasta el mismo pan, tienen que ser importados. Para tal afluencia de peregrinos necesitaba alojamiento, y luego todo lugar de peregrinación viene á ser desde el principio centro de comercio. Desde el primer día que los peregrinos

se reunen, allí están también reunidos los mercaderes; donde los hombres se ven reunidos para un objeto, saben que pueden realizar al mismo tiempo otros que precisamente dependen de la circunstancia de encontrarse juntos; la Meca llegó á ser de este modo el mercado de toda la Arabia y, por ende, el emporio y general depósito de todo el comercio existente entre la India y los países occidentales; Siria, Egipto y hasta la misma Italia. Hubo un tiempo en que su población no bajaba de 100.000 almas, compradores, expendedores de los productos del Oriente y Occidente, é importadores de provisiones y cereales por cuenta propia. El gobierno era una especie de república aristocrática, no muy regular en sus funciones y con su dosis de teocracia. Diez hombres de una de las principales tribus, escogidos de una manera algo primitiva, eran los gobernadores de la Meca y guardianes de la Caabah. Los Koreish eran la tribu principal en tiempo de Mahoma, y á esta tribu pertenecía su familia. El resto de la nación, fraccionada y separada por desiertos, vivía bajo la misma forma de gobierno primitivo y patriarcal, ya fuese de uno ó más individuos: pastores, trajineros, negociantes y hasta ladrones también, frecuentemente en guerra los unos con los otros ó todos á la vez, sin más vínculo que los una que la peregrinación á la Caabah, donde todas las formas de idolatría árabe se congregaban en un culto común; pero sobre todas las cosas, unidos principalmente por

los vínculos de la sangre y del lenguaje. De esta manera vivieron los árabes por gran número de siglos desconocidos del mundo; pueblo de grandes cualidades y que aguardaba silenciosamente, sin sospecharlo siquiera, el día en que había de darse á conocer á todos los pueblos de la tierra. Sus idolatrías amenazaban venirse al suelo; todo entre ellos se hallaba en confusión y decadencia, como si alguna cosa desconocida fermentase en los espíritus. En el curso de los siglos habían llegado también hasta la Arabia confusos rumores de uno de los más extraordinarios sucesos que jamás tuvieron lugar en el mundo: la vida y muerte en Judea del Hombre divino, síntoma y al mismo tiempo causa de cambios y sucesos de trascendencia inconmensurable para todos los pueblos de la tierra. Estas nuevas no podían menos de fermentar allí por su misma virtud.

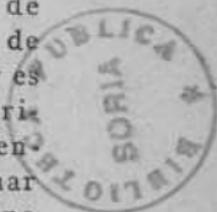
Entre estos árabes, tales como los hemos descrito, nació el hombre Mahoma en el año 570 de nuestra Era. Procedía, como hemos dicho, de la familia Hashem, de la tribu de los Koreisch, y por lo que se ve relacionado, aunque pobre, con las principales personas del país. Poco después de nacer perdió á su padre y á su madre, mujer de extraordinaria hermosura y de considerable mérito, cuando apenas tenía seis años: vino, de consiguiente, á quedar á cargo de su abuelo, un anciano de cien años y un buen viejo. Abdallah, padre de Mahoma, como el menor de todos, había sido su hijo favorito. El buen viejo veía con sus

cansados ojos aparecérsele en la persona del niño al perdido Abdallah, y le amaba con entrañable ternura, por ser todo lo que le quedaba de aquel hijo. Acostumbraba á decir que en toda la parentela no había cosa tan preciosa como aquel muchacho, cuyo cuidado recomendaba á todos ellos. A su muerte, cuando el muchacho contaba dos años, quedó á cargo de Abu Thaleb, el más viejo de los tíos y jefe de la familia. Por este tío, hombre justo y racional, según todas las apariencias, fué educado Mahoma conforme á las costumbres árabes, lo mejor que se pudo.

Mahoma, según iba creciendo, solía acompañar á su tío en sus viajes y expediciones mercantiles; le vemos también seguirle á la guerra á los dieciocho años de edad. Pero tal vez el más importante de todos estos viajes es uno que vemos relatado algunos años antes: un viaje á las ferias de Siria. Aquí, por la primera vez, vemos al joven en contacto con un orden de cosas enteramente extraño—entre un elemento de infinita importancia para él: —la religión cristiana. No sé qué pensar de aquel Sergio, monje nestoriano, con quien él y su tío estuvieron hospedados; ni de lo que un fraile pudo haber enseñado á uno tan joven; probablemente se ha exagerado mucho esto del monje nestoriano. Mahoma tenía entonces catorce años, y no poseía más lengua que la materna; mucho de lo que en Siria pasaba debía serle enteramente extraño é ininteligible. Pero los ojos y la inteligencia del muchacho estaban allí para re-

cibir impresiones, impresiones de confusos enigmas, que en su día habrían de fermentar y transformarse en convicciones arraigadísimas. Estos viajes á Siria fueron, sin duda alguna, el principio de los grandes y sucesivos acontecimientos en la vida de Mahoma.

No debemos olvidar otra circunstancia: la de que Mahoma jamás tuvo escuela ni estudios de ninguna clase. El arte de la escritura acababa de introducirse en Arabia por aquel tiempo, y es opinión general que Mahoma jamás supo escribir. ¡La vida del desierto, con todas sus experiencias, fué toda su educación! Cosa digna de llamar la atención, si bien lo consideramos, esto de no tener libros. Desde la esfera oscura en que se hallaba circunscrito, no le era posible saber más, ni alcanzar más instrucción que la que sus propios ojos y pensamientos pudieran descubrir en los inmensos y desconocidos espacios del Universo. No podía tener más instrucción que la que le ofrecía la vista de los objetos que interesaban su atención, ó lo que oía contar por referencias de los demás en los incultos desiertos de la Arabia. La sabiduría que existió en el mundo, y la que existía lejos de él, podían considerarse como si para él no existieran ni hubieran existido jamás. De todas las grandes almas, de todos los grandes corazones, faros inmensos que esclarecieron con su luz vivísima tantos siglos y naciones, ninguna comunicó directamente con esta grande alma, con este gran corazón. ¡Allí, solo, condenado á vege-



tar en la más profunda soledad del desierto; solo con la naturaleza y sus propios pensamientos!

Desde edad muy temprana se hacía notar por su genio meditabundo: sus compañeros le llamaban «El Amin», el creyente; un hombre de verdad y fidelidad; verdadero en todo cuanto hacía, en todo cuanto hablaba y pensaba: también notaban que en todo cuanto decía daba siempre á entender alguna cosa. Hombre más bien taciturno, y cuando nada tenía que decir, silencioso; pero oportuno, discreto, sincero cuando hablaba, y siempre esclareciendo la cuestión: único modo digno del discurso. Durante su vida se le consideró y respetó como á hombre verdaderamente sólido, fraternal, humano, verdadero. Carácter grave y franco, pero al mismo tiempo cordial, amable y hasta jocoso y amigo de la risa de vez en cuando: hay hombres cuya risa es tan falsa como todo lo demás de su persona: hombres que no saben ni pueden reír. Se habla de la hermosura de Mahoma: de su hermosa, sagaz y franca fisonomía; su tez de un moreno sonrosado, negros y brillantes ojos; y no sé por qué, me agrada aquella su negra vena de la frente, que siempre á impulso del enojo se le hinchaba; semejante á la vena-herradura en el caballero de Walter Scott, el de la roja manopla. Era éste un rasgo fisionómico en la familia Hashem, muy más pronunciado en Mahoma que en ningún otro. Hombre espontáneo, irascible, pero justo y bien intencionado. Rebosando talento, fuego y luz, todo mérito.

to; pero todo inculto, agreste y montaraz, abriéndose él mismo su camino, allí, en las oscuridades del desierto.

De qué manera vino á ser acomodado con la rica viuda Kadijah en calidad de mayordomo; y cómo, en virtud de este nuevo cargo, volvió á emprender sus interrumpidos viajes á los mercados de Siria; la inteligencia y fidelidad con que administró los intereses de la viuda; de qué manera fué creciendo la gratitud y la consideración de ésta para con él, y la agradable y sucinta relación de su matrimonio: todo esto constituye un episodio hermoso, á la vez que interesante, según nos lo cuentan autores árabes. Mahoma tenía entonces veinticinco años, Kadijah cuarenta, pero hermosa todavía. Casado, vivió con su bienhechora la vida más pacífica y tranquila que imaginarse pueda, no amando sino á ella sola, con afecto respetuoso, con todo el cariño de su corazón. Este género de vida, excepcionalmente común y trivial, que duró hasta pasar el calor y la efervescencia de la juventud, habla poco en favor de la teoría «Impostura.» Ya cumpliera los cuarenta años y aún no comenzara á hablar de ninguna misión especial del cielo. Todas las irregularidades, reales ó supuestas, atribúyensele cumplidos ya sus cincuenta años, cuando ya había muerto la buena Kadijah. Toda su ambición, según parece, habíase limitado hasta entonces á vivir una vida honrada; y toda su fama á la buena opinión de sus vecinos. Sólo cuando, consumido el prurito ardiendo

te de la mocedad, y ya cercano á la vejez; cuando el deseo de paz parece ser el único objeto de la existencia: entonces, en contradicción con toda su vida pasada, es cuando comienza su carrera de ambición y se nos ofrece de repente, bajo el disfraz de un charlatán desgraciado, con el fin de conseguir lo que ya de ninguna manera podría gozar. Esto no nos satisface; no, de ninguna manera.

¡Ah, no! Este hijo indómito del desierto, todo sentimiento y corazón; con sus hermosos ojos negros, alma franca social, abrigaba otros pensamientos muy distintos de la ambición. Alma grande y amiga del silencio, alma de aquellas á quienes no es posible dejar de pensar seriamente en todo cuanto las preocupa; almas sinceras por rescripto de la misma naturaleza, y mientras los otros son una fórmula viviente al amparo del rutinarismo encumbrado, este hombre no se paga de oropel, ni le imponen las prescripciones al uso; está solo, sin más amigo que su alma y la realidad de las cosas. El gran misterio de la existencia está allí, lacerándole el corazón y deslumbrándole el alma con todo el esplendor de sus misterios y terrores; ningún rumor ni fórmula espantosa le pueden ocultar este hecho inexplicable. *Adsum!* (1) Hay en esta sinceridad, como venimos diciendo, algo de divino; la palabra de estos hombres es como una voz que nos

(1) Estoy presente.

viene del mismo corazón de la naturaleza. No debemos escuchar más voz que esa; toda otra cosa en comparación, es viento. Desde mozo, y durante sus viajes y peregrinaciones, mil extraños pensamientos le atormentaban el espíritu. ¿Qué soy yo? ¿Qué es esta cosa insondable donde vivo, y que los hombres llaman universo? ¿Qué es la vida, qué es la muerte? ¿Qué es lo que yo debo creer? ¿Qué es lo que yo debo hacer? Las rígidas peñas del monte Hara, las del monte Sinaí, los silenciosos arenales, no contestaban. Los inmensos cielos, con sus ejércitos de estrellas, no contestaban; nadie contestaba. ¡Estas cuestiones sólo las puede contestar al alma del hombre, la inspiración de Dios!

Este es el problema que todos los hombres se deben proponer, que todos nosotros nos debemos proponer resolver. Este hombre inculto sabía que era de *infinita* importancia, y todas las demás cosas en comparación, sin importancia alguna. La jerga argumentativa de las sectas griegas, las vagas tradiciones de los judíos, la estúpida rutina de la idolatría árabe, en todo esto no había respuesta que buscar. Un héroe, como voy diciendo, tiene en primer término esta condición primordial que resolver, que bien pudiéramos llamar el principio y el fin, el Alfa y la Omega, el alma de todo heroísmo: la de penetrar á través de las cosas, la esencia de las cosas mismas. El uso, la costumbre, la tradición, la fórmula; todo muy respetable sin duda alguna, pero...

todas estas cosas, sin duda muy respetables, ¿son buenas, ó no son buenas? Porque siempre hay, ó bien detrás, ó bien delante de ellas, algo con que tienen que conformar, cuya imagen deben reflejar; y si no llenan esta condición perentoria, por muy respetables que sean todas estas cosas, vendrán á ser, sin término medio, idolatrías, pedazos de palo pintado con la pretensión de dioses, abominación y escándalo para todas las almas rectas, idólatras de la verdad. Las idolatrías, por más cubiertas de oropel que estén, por más custodiadas que se las tenga por las cabezas de la tribu koráita, para el hombre Mahoma no constituyen absolutamente nada. ¿Qué importa, ni qué bien resulta de que toda el Arabia, de que el mundo entero permanezcan fieles á este culto? La realidad, la gran realidad está allí, flameando sobre él, y allí está él también para contestarla ó perecer miserablemente en la demanda. ¡Ahora, aún ahora, ó jamás por toda la eternidad! Respóndela; tú necesitas encontrar una respuesta. — ¿La ambición? ¿Qué venían á ser para este hombre ni toda la Arabia, ni las coronas del griego Heraclio, ni las del persa Cosroes, ni qué le podrían importar todas las coronas de la tierra? Nada de cuanto hay en la tierra le interesaba, sino algo de los misterios del cielo y del abismo. ¿Dónde estarían, dentro de breves años, todas las soberanías de la tierra? Ser Jeque de la Meca ó de la Arabia, con un pedazo de palo dorado en la mano, ¿depende de esto sólo nuestra salvación? Decididamente

creemos que no. Dejemos, pues, por nuestra parte esta hipótesis de la impostura como no creíble, y mucho menos digna de fe, ni tolerable siquiera; digna tan sólo de que la abandonemos enteramente y no volvamos más á tratar de ella.

Habíase acostumbrado Mahoma á retirarse todos los años, durante el mes de Ramadán, á un lugar solitario y silencioso, según costumbre de los árabes; costumbre digna de loa y conforme al genio de nuestro héroe, que la consideraba muy natural y hasta útil. Conferenciando en el silencio de la montaña con su propio corazón, él mismo silencioso, y sólo abierto á las inarticuladas voces — ¡una costumbre verdaderamente natural! — encontrábase Mahoma en sus cuarenta años, cuando habiéndose retirado á una caverna del monte Hara, cerca de la Meca, durante este mismo mes de Ramadán, á fin de pasarlo en oraciones y en la meditación de aquellas grandes cuestiones; un día dijo á su mujer Kadijah, la cual, con toda la servidumbre, hábale acompañado este año, que por especial é inexplicable gracia del cielo, había por fin averiguado y descubierto todo; que las tinieblas se habían disipado, y que las dudas no le atormentaban; que lo había visto todo. Que todos estos ídolos y fórmulas no eran nada más que miserables pedazos de palo; que no había más que un Dios sobre todas las cosas; que había que volver los ojos á Él solo, y dejar los ídolos; que sólo Dios es grande, y que nada hay grande sino ¡Él! El es la realidad; los ídolos

de palo no son verdad. Él sólo es la verdad. Él fué quien nos crió y sostiene todavía; nosotros y todas las demás cosas no somos sino su sombra, una envoltura transitoria que cubre el eterno esplendor ¡*Allah akbar!*—Dios es grande;—y también Islam. ¡Que debemos someternos á Dios! ¡Que toda nuestra fuerza está en la sumisa resignación á El sólo, sea lo que fuere lo que nos hiciere, lo mismo en éste que en el otro mundo! La cosa que Él nos envíe, fuese la misma muerte ó cosa todavía peor, no puede menos de ser buena, de ser lo mejor; debemos resignarnos á la santa voluntad de Dios.—Si esto es Islam, dice Gœthe, ¿no vivimos nosotros todos en Islam? Sí: todos nosotros, todo el que tenga una vida moral, todos nosotros vivimos en Islam. Siempre fué considerado como asunto de la más alta sabiduría en un hombre, aquello de someterse, no meramente á la ley de la necesidad—la necesidad nos hará someter,—sino saber, conocer y creer resueltamente que las duras y severas pruebas ordenadas por la necesidad, son lo más sabio, lo mejor, lo que allí precisamente se necesitaba. Mahoma añadía que debía dar fin á la loca pretensión de escudriñar los misterios de Dios y de su divina creación, en el rincón reducido de su pobre inteligencia; saber que había verdaderamente, aunque profunda y muy lejos de sus alcances, una ley justa, cuyo espíritu era bueno; que su deber era el de conformarse humildemente á esta ley universal, seguirla religiosamente en silencio, no argüirla,

sino obedecerla sin ningún género de vacilación.

Nosotros afirmamos que ésta es todavía la única y verdadera moralidad conocida. El hombre á quien la razón asiste y la virtud alienta, viene á ser invencible, y con la seguridad de la victoria, porque se inspira én la grande y profunda ley del mundo, á despecho de la superficialidad de cualesquier otras leyes, pasajeras semblanzas y cálculos sobre pérdidas y ganancias; él es victorioso y hasta invencible mientras siga cooperando á los fines de esa gran ley central, y no de otra manera: y seguramente la primera oportunidad de cooperar ó ponerse en contacto con ella, es la de que conozca con toda su alma que ella *es*; ¡que es buena, y ella sola buena! Ese es el espíritu, el alma del Islamismo, el alma también del cristianismo; porque el Islam viene á ser una forma confusa del cristianismo, y á no haber existido éste, no habría sido posible aquél. El cristianismo nos ordena también á todos nosotros, y ante todas cosas, resignarnos y conformarnos á la santa voluntad de Dios. Que no debemos tomar consejo de la carne, ni dar vida á vanas cavilaciones, ni á vanos pesares y deseos; saber que nada sabemos, y que lo peor y más cruel á nuestros ojos no es tal como aparece; que todo cuanto nos sucede acá abajo lo debemos recibir como cosa enviada de Dios altísimo, diciendo: «esto es lo bueno y lo sabio, ¡loado sea Dios, Dios sólo es grande! Aunque me mate, he de creer y confiar en Él.» Islam quiere decir la negación de

uno mismo, la total noentidad de nuestro individuo. Esta es aún la más alta sabiduría que el cielo haya revelado á nuestra Tierra (1).

Esta luz vino á iluminar la noche que envolvía el alma de este árabe indómito. Una confusión deslumbradora, como de vida y cielo en aquellas sombras de la muerte; él la llamó revelación y ángel Gabriel: ¿quién de nosotros sabe á estas horas cómo llamarla? Es la inspiración del Todopoderoso la que nos da inteligencia. Saber conocer, llegar hasta penetrar la esencia de una cosa, es siempre un acto místico, sobre el cual la mejor de las lógicas no hará más que desbarrar sin pasar de la superficie. ¿No es la fe la verdadera creadora de milagros, según Novalis? Que el alma de Mahoma, poseída de esta gran verdad, á él revelada, llegase á considerarla como la cosa de la mayor importancia, de la mayor trascendencia, era natural. Que la Providencia hablase, de una manera inexplicable, honrándole á él solo reveládosela y librándole de la muerte y las tinieblas, y que él, por todo esto, estaba obligado á darla á conocer á todo el mundo; esto es lo que viene á significar. Mahoma es el profeta de Dios, y esto, en verdad, nos parece que tiene su significación.

La buena Kadijah, según podemos figurarnos,

(1) Componen estas palabras con la fórmula casi idéntica de los libros *religiosos* de Tolstói.

escuchábale llena de asombro y duda, contestándole al fin que sí, que lo que él decía era la verdad. Podemos imaginar al mismo tiempo la inmensa gratitud de Mahoma, y cómo, de todas las atenciones que ella había tenido para con él, la más grande fué la de creer la palabra que ahora le dirigía. Ciertamente, dice el mismo Novalis, que mi convicción gana infinitamente desde el instante que otra alma llega á creer en ella: es un favor que no tiene precio.—Siempre tuvo presente á esta buena Kadijah. Mucho tiempo después, Ayesha, su joven y favorita esposa, mujer que durante su larga vida fué muy estimada entre los musulimes por sus relevantes prendas; la joven y brillante Ayesha preguntábale un día: «¿No valgo yo más que Kadijah? Ella era viuda, vieja, y había perdido todos sus encantos; tú me quieres más que á ella, ¿no es verdad?—No ¡por Alah! contestó Mahoma; no, ¡por Alah! Ella fué la primera que creyó, cuando ningún otro creía. En el mundo sólo tuve un amigo: ¡y ese amigo fué ella!» — Seid, su esclavo, también creyó en él; estos, con su primo Alí joven, hijo de Abu Thaleb, fueron sus primeros conversos.

El hablaba de su doctrina con este y con aquél; pero los más se burlaban de ella y la miraban con indiferencia y hasta con desprecio; en tres años, según creo, sólo pudo atraerse 13 sectarios, y por lo que se ve, el progreso no podía ser más pobre. Los estímulos para proseguir adelante eran los mismos estímulos que encuentra todo

hombre en iguales circunstancias. Pasados tres años con muy poca fortuna, convidó á cuarenta de sus principales parientes á una fiesta, y allí, en medio de ellos, se levantó y les expuso cuáles eran sus pretensiones, que él abrigaba un pensamiento que deseaba dar á conocer á todos los hombres; que era una de las cosas más altas, la única cosa: ¿y quién de ellos le querría secundar en esta empresa? En medio de la duda y la sorpresa general, el joven Alí, mozo de dieciséis años, impaciente del silencio de todos, se levantó, y con acento apasionado y fiero dijo que él quería. La asamblea, en la que se hallaba Abu-Thaleb, padre de Alí, no podía ser enemiga de Mahoma, y, sin embargo, al considerar allí á un hombre ya mayor y sin noción alguna de letras y á un muchacho de dieciséis años, hablando sobre este asunto de tal importancia y contra el parecer y común sentir de todo el género humano, no pudieron menos de considerarlo, no ya temerario, sino ridículo, y se separaron al fin en medio de la risa general. El asunto, á pesar de todo, no era cosa de risa, sino muy seria, como lo probaron después los sucesos. Por lo que toca al joven Alí, no puede uno menos de concederle todas sus simpatías. Alma noble y generosa, según se nos muestra ahora y en toda su conducta sucesiva, rebosando afecto y temeraria audacia. Algo de caballeresco en él, valiente como un león, y todo con una gracia y afecto tan cariñoso y tal amor de verdad, digno en todo de las antiguas órdenes

de la caballería cristiana. Murió asesinado en la mezquita de Bagdad, y á causa de su generosidad y candor y su confianza en la buena fe de los demás, poco antes de morir decía: «Si la herida no es mortal, quiero que se perdone al asesino; pero si lo fuese, se le mate al mismo instante de mi muerte, á fin de aparecer entrambos á la misma hora ante la presencia de Dios para ver cuál de los dos era el verdadero culpable.»

Mahoma, como era de esperar, ofendía con sus predicaciones á los koraítas superintendentes de los ídolos. Uno ó dos hombres de influencia se le unieron; la cosa, como se ve, marchaba muy despacio, pero iba ganando camino. Naturalmente, sus innovaciones no parecían bien á todo el mundo. ¿Quién es él para pretender ser más sabio que todos nosotros, que á todos nos censura, no sólo en el concepto de pobres majaderos, sino en el de estúpidos adoradores de leños? Abu Thaleb, su buen tío, habló con él: «¿No podrías callarte y dejar todo eso, y en todo caso tenerlo para ti solo, sin alborotar á los demás ni enojar á la gente principal, exponiéndote tú y comprometiéndonos á todos si sigues hablando de la manera que lo haces?», Mahoma contestó: «Si el sol estuviese en mi mano derecha y la luna en mi mano izquierda, y me ordenasen callar, no obedecería.» No: había cierta cosa en esta su verdad, que no era cosa de él, sino de la misma naturaleza, igual en rango al sol y a la luna y á cualquier otra cosa digna de las manos de Dios. Él había de hablar en tanto que

Dios Todopoderoso se lo permitiese, á pesar del sol y de la luna y de todos los koraítas, y de todos los hombres y de todas las cosas. Había de hacer eso, y ninguna otra cosa sino eso. Así contestó Mahoma; y ¡se echó á llorar! Y se echó á llorar: veía que su tío Abu Thaleb era bueno para él, que la tarea que se echaba sobre los hombres no era cosa suave, sino carga muy grande y muy pesada.

Y siguió hablando á todos cuantos le querían escuchar; publicando su doctrina entre los peregrinos que venían á la Meca; ganando secuaces en este lugar y en el otro. Continuas contradicciones, odios ocultos y manifiestos peligros le rodeaban por todas partes. Su poderosa parentela le protegía; pero más tarde, y de su propio consejo, sus partidarios tuvieron que abandonar la Meca y refugiarse al otro lado del mar, en Abisinia. Los koraítas se iban enojando cada vez más; le armaban asechanzas y juraban darle muerte con sus propias manos. Abu Thaleb había muerto, y la buena Kadijah había muerto también. Poco le importan á Mahoma nuestras simpatías; pero sus esperanzas y su fortuna por este tiempo eran de las más desesperadas. Tenía que andar escondido por las cavernas, huyendo disfrazado de una parte para otra, sin hogar, y en continuo peligro de la vida. Más de una vez pareció haber acabado todo para él; más de una vez estuvo pendiente de un cabello, ya fuese por espantársele al jinete el caballo, ó por otros accidentes semejan-

tes, el que Mahoma y su doctrina no acabaran allí y no se hablara jamás de ellos; pero estaba dispuesto arriba que no había de acabar así.

En el año décimotercio de su misión, viendo á todos sus enemigos unidos contra él; cuarenta juramentados, uno de cada tribu, en acecho para quitarle la vida, y su permanencia en la Meca imposible por más tiempo, Mahoma huyó al lugar llamado entonces Jathreb, donde él se había ganado algunos partidarios; al lugar que ahora llaman Medina, ó Medinat-al Nabí, la ciudad del profeta, por esa circunstancia. Está situada á 200 millas de distancia por medio de rocas y desiertos; no sin grandes dificultades, y con el humor que nos podemos imaginar, se refugió aquí y halló buena acogida. Todo el Oriente data su Era desde esta huida, Egira, como ellos la llaman; el año I de esta Egira es el 622 de nuestra Era y el cincuenta y tres de la vida de Mahoma. Como vemos, el hombre se encontraba en los linderos de la vejez; sus amigos desapareciendo de su alrededor uno á uno; el camino de la vida no podía presentársele ni más desolado ni más lleno de peligros: á menos de no hallar esperanza en su propio corazón, la perspectiva de las cosas, según todas las apariencias, no podía ser más desconsoladora. Así sucede con todos los hombres en iguales casos. Hasta estos momentos había sido la intención de Mahoma propagar su creencia con las armas del discurso y la persuasión solamente. Pero ahora, arrojado ignominiosamente de su patria, ya que

la injusticia de los hombres no quiso prestar oídos á la misma palabra bajada de los cielos, á los hondos lamentos de su corazón, ni aun dejarle vivir si proseguía hablando; siquier fuese pacíficamente, el hijo indómito del desierto resolvió defenderse, y defenderse como un hombre y un árabe. Si los koraitas lo quieren así, así lo tendrán. Nuevas de importancia suma, no sólo para ellos, sino para todos los hombres, no han querido siquiera prestarles atención, sino exterminarlas con todo género de violencias, el hierro y la muerte: bien; sea, pues, el hierro quien decida. Diez años más vivió Mahoma; diez años de batallar sin descanso, de inauditos esfuerzos; el resultado todos lo sabemos.

Mucho se ha hablado sobre la manera que tuvo Mahoma de propagar su religión por medio de la espada. Sin duda fué mucho más noble y más santa la del cristianismo, por medio de la predicación y la convicción. Pero si hemos de tomar esto como argumento de la verdad ó falsedad de una religión, confesaremos que encierra un error muy capital. ¡La espada! ¿Dónde hallaréis la espada? Toda opinión nueva en su principio se encuentra precisamente en una *minoría de uno*: en la cabeza de un solo hombre, allí reside todavía. Un hombre solo, de todos los habitantes de la tierra, la cree: un hombre contra todos los hombres. Que él tome una espada y trate de propagar con ella, le servirá de muy poco. ¡Necesitáis, en primer lugar, conseguir vuestra espada! Por regla general,

una cosa se propagará por sí misma de la manera que pueda. Nosotros no vemos ni en la misma religión cristiana, que no se haya hecho uso de la espada cuando la pudo haber á su servicio. La conversión de los sajones por Carlomagno no fué por medio de la predicación. Poco nos importa la espada: dejaré que una cosa luche en este mundo por sí misma; bien sea con la espada, ó con la lengua, ó con cualquier otro instrumento de que poder echar mano. Dejaremos de predicar, hablar, escribir; pelear y hacer todos los esfuerzos imaginables con el pico y con las garras y con todo cuanto en sí encierre de vida; en la seguridad de que á la larga nada conquistará que no merezca ser conquistado. Lo que es mejor que la cosa misma, no puede ser desplantado, sino sólo lo que es peor. En este gran duelo, la misma naturaleza es árbitra y no puede cometer injusticia: lo que más profundamente arraigue en ella, lo que nosotros llamamos lo único, lo verdaderamente genuino, eso arraigará al fin, y ninguna otra cosa.

Aquí, sin embargo, será bueno recordar, con referencia á la vida y hechos de Mahoma, cuán buena y justa es la naturaleza como árbitra y dispensadora de sus propias bondades. ¡Cuánta grandeza y qué fondo de apacible serenidad y tolerancia hay en ella! Cogéis el grano de trigo, y lo arrojáis al seno de la tierra; el grano irá mezclado con toda suerte de barreduras y desperdicios; no importa, la tierra recibe el grano en

su seno bondadoso, y le hace brotar; la broza y desperdicios que le envolvían los absorbe y embebe, mas sólo el grano espiga y enrojece; de la broza nadie se acuerda. Así procede la naturaleza en todas sus manifestaciones. Ella es la realidad, no la semblanza ni la mentira; y, sin embargo, ¡tan grande, tan justa y á la vez tan maternal en su misma realidad! Ella sólo nos exige que seamos reales y verdaderos de corazón; si lo fuésemos, nos protegerá; si no, vendríamos á ser la broza y desperdicios de la verdadera simiente. En todas las cosas que ella toma bajo su amparo hay siempre un espíritu de verdad y de realidad. ¡Ah! ¿No es ésta la historia de toda verdad altísima que venga ó haya jamás venido al mundo? El *cuerpo* de todas ellas es imperfección, un elemento de luz en un fondo de tinieblas; á nosotros nos llegan envueltas en un cuerpo de pura lógica, en algún teorema del universo, puramente *científico*, que no *puede* ser completo; que algún día no puede menos de ser hallado *incompleto*, erróneo, y, por lo tanto, morir y desaparecer. El cuerpo de toda verdad muere; y sin embargo, en todas, digo yo, hay un alma que nunca muere; que siempre se renueva y bajo formas más nobles y más bellas: ¡vive inmortal como el hombre mismo! Así procede la naturaleza; la esencia de la verdad nunca muere. Que ella sea real y verdadera, una, procedente de la misma inmensidad del universo, este es el punto que habrá de fallar la misma naturaleza. Lo que nosotros llamamos

puro ó impuro, no es para ella la cuestión final, no la broza y desperdicios que haya en vosotros; sino si hay entre tanta paja algún trigo. ¿Puro? Podríamos decir á muchos hombres: sí, vosotros sois puros, demasiado puros; todo paja y ningún trigo—hipótesis insinceras, puros que dirán, y formalismo; el gran corazón del universo nunca estuvo en contacto con vosotros, no; vosotros, propiamente hablando, no sois puros ni impuros; vosotros sois... nada: la naturaleza no quiere nada con vosotros.

Hemos llamado la doctrina de Mahoma una especie de cristianismo; y verdaderamente, si vamos á considerar el entusiasmo ardiente, el impetuoso y fanático celo con que fué creída y puesta en obra, diríamos un cristianismo mucho mejor que el de aquellas miserables sectas de Siria, ocupadas en frívolas disputas con su charla sempiterna sobre *Homoiousion* y *Homoousion*; ¡llena de ruido vano la cabeza, y el corazón vacío y muerto! Si bien examinamos esta doctrina de Mahoma, vemos la verdad que ella encierra, sumida en el fondo de portentosos errores y falsedades; pero es la verdad, no la falsedad lo que la hace ser creída; por la verdad que contenía llegó á vencer y á imponerse. Una especie bastarda de cristianismo, pero especie viviente, con un corazón rebosando vida; ¡no lógica meramente, inanimada, altercadora y sin fruto! De entre todos aquellos escombros de árabes idolatrías, de argumentadoras teologías, de tra-

diciones, de sutilezas, de rumores é hipótesis de griegos y judíos, con sus cansadas y ociosas cavilaciones; este hombre inculto, este hijo del desierto, con su indómito y sincero corazón; grave como la muerte y real como la vida; con su relampagueante y natural perspicacia había penetrado y puesto al descubierto el mismo fondo de la cuestión. La idolatría no es nada: estos vuestros ídolos de leña, ¡os lo digo yo! esos ídolos no pueden hacer nada por vosotros; son una pretensión impotente y blasfema, un horror y abominación si vosotros los conociérais. Dios solo es; Dios solo tiene poder, Él nos hizo, Él puede matarnos y mantenernos vivos: *Allah akbar!* Dios es grande. Entended que su voluntad es lo mejor para vosotros; que aunque en cualquiera manera doloroso y duro á la carne y á la sangre, veréis á la postre que eso es lo mejor y lo más sabio; estáis obligados á recibirlo así en este mundo y en el otro: ¡no tenéis ninguna otra cosa que podáis hacer!

Ahora bien: si aquella gente idólatra y agres-te creyó en esta doctrina, é inspirándose en ella sus fogosos corazones resolvieron llevarla á efecto en la forma y manera que la iban recibiendo, yo digo que valía bien la pena de ser creída. En una ú otra forma digo que es todavía la única cosa digna de ser creída por todos los hombres. El hombre, por su medio, viene á ser el gran sacerdote de este templo del mundo. Él vive en armonía con los derechos del Autor de este univer-

so, cooperando en ellas, no resistiéndolas vanamente; no conozco hasta hoy día mejor definición del deber que el que venimos tratando. Todo lo que es justo va comprendido en esta cooperación con la real tendencia del mundo: por este medio saldréis bien (la tendencia del mundo tendrá buen éxito), os encontraréis bien allí y en la verdadera dirección. *Homoiousion, Homoousion!* vana y fútil garrulería sofística: entonces, ó antes, ó después, ó en cualquier tiempo, se desvanecerá en humo, ó irá adonde mejor plazca, quiera ó convenga; esta es la *cosa* hacia donde todo converge á dar razón y significación de ella, si algo tiene que significar. Si no consigue significar esto, no significa cosa alguna. No en que las abstracciones y proposiciones sofísticas estén correcta ó incorrectamente expresadas; sino en que los vivientes y concretos hijos de Adán se propongan esto de corazón de todas veras, consiste la cuestión de las cuestiones. El Islam acabó con todas estas sectas vanas y gárrulas, y creo que tuvo derecho para proceder así. Esta era una realidad emanada del gran corazón de la naturaleza, una vez más. Las árabes idolatrías, las fórmulas siriacas y todo cuanto no era verdaderamente genuino, tenía que desaparecer con el fuego—mero combustible muerto, en varios sentidos—para hacer lugar á esto que era *fuego* verdadero.

En medio de estos tiempos turbulentos, luchas y contiendas, fué cuando Mahoma dictó por inter-



valos, especialmente después de su fuga de la Meca (1), su libro sagrado, que ellos llaman Corán ó Lectura, cosa para ser leída. Esta es la obra que tanto él como sus discípulos miraban con tanta reverencia y estimación, hasta preguntar á todo el mundo: «¿No es eso un milagro?» Los mahometanos miran el Corán con tal devoción, que muy pocos cristianos la tienen igual por la Biblia. Está admitido como regla y norma de toda ley y costumbre, lo mismo en las especulaciones intelectuales como en todas las demás prácticas de la vida; el mensaje enviado directamente del cielo, al cual toda la tierra debe ajustar su conducta, conformarse y obedecer: es lo que debe ser leído. Por esta ley fallan sus jueces; todos los musulimes están obligados á estudiarla y buscar en ella la luz de su vida. Tienen mezquitas donde se lee diariamente todo el libro, á cuyo fin tienen treinta sacerdotes que se relevan sucesivamente todos los días hasta darle fin. Allí, durante estos mil doscientos años, en todos los momentos, la voz de este libro ha venido repercutiendo en los oídos y los corazones de tanta muchedumbre de gente. Tenemos noticia de algunos doctores mahometanos que le han leído ¡setenta mil veces!

Curiosísimo: si se fuera á buscar discrepancias

(1) El texto dice «á la Meca» *to Mecca*, en vez de *from Mecca*. Mahoma huyó al Yatreb, el nombre antiguo de Medinat-al-Nabí, hoy Medina por excelencia, según Conde y el mismo autor más arriba.

(N. del T.)

de gustos nacionales, aquí seguramente encontraríamos los más grandes ejemplos sobre este mismo tema. Nosotros podemos leer también el Corán; la traducción que tenemos de Salé está reconocida por bastante buena, y debo decir, en pureza de verdad, ser una de las más cansadas lecturas que jamás hice en la vida; un baturrillo tedioso, confuso, grosero, indigesto, iteraciones, embrollos y divagaciones inacabables; en fin, un libro indigestísimo y de lo más informe; el colmo de la estupidez. Imposible que un europeo, á no ser por un sentimiento de deber, pueda soportar la lectura del Corán desde el principio al fin. Nosotros le leemos á la manera que se leen los montones de farrago ilegible en los archivos del Estado, por ver de hallar alguna vislumbre que nos ponga de relieve algún rasgo característico que nos dé á conocer al hombre ilustre. Verdad es que el Corán se fué compaginando bajo las circunstancias más desfavorables; los árabes ven en él más método que nosotros. Los discípulos de Mahoma le hallaron reducido á fragmentos, á la manera que estaba escrito cuando su primer promulgación; gran parte del libro, dicen ellos, fué escrito sobre omoplatos de carnero arrojados en montón dentro de un arca; publicándose después sin orden ni concierto respecto al tiempo y serie de materias; procurando meramente, según parece, colocar, y esto no muy estrictamente, los más largos capítulos primero. Por este orden, el verdadero principio está colocado casi al fin,

porque los fragmentos más antiguos eran los más cortos. Ordenado según la serie histórica en que fué escrito, tal vez no habría salido tan mal. Gran parte de él, según dicen, es rítmico; una especie de entonación selvática en el original. Tal vez sea ésta una particularidad muy esencial, y por lo visto se habrá perdido también mucho con la traducción. No obstante, y á pesar de todas las indulgencias imaginables, no podemos comprender cómo haya habido mortal capaz de creer que semejante libro fuese escrito en el cielo y hasta demasiado bueno para la tierra; ni siquiera libro bien escrito, ni aun libro, sino más bien una rapsodia desconcertada; y por lo que toca á este punto, de tan mala manera escrita como lo fué jamás libro alguno. Esto en cuanto á las discrepancias nacionales y libros modelo.

Y no obstante, diríamos que la manera con que los árabes lo recibieron, comprendieron y amaron, no nos parece ininteligible. Una vez fuera y á respetable distancia del Corán, el carácter esencial que le da vida comienza á destacarse y presentárenos de relieve, y en esto se encierra un mérito muy distinto y muy otro que el mérito literario. Si un libro procede del corazón, buscará la manera de hacerse comprender de otros corazones; todo el arte y todo el ingenio del autor son de muy poca importancia, comparados con aquella condición esencial. Diríamos que el carácter fundamental del Corán es esta su *genuinidad*; el ser un libro escrito *bona fide*. Sé que Pri-

deaux y otros lo han representado como un puro tejido de juglerías; capítulo tras capítulo ensartados para excusar y cubrir los pecados sucesivos del autor, y por este medio promover su ambición y charlatanismo: creemos que ha llegado el tiempo de acabar con esta gran vulgaridad. No es que queramos afirmar la constante sinceridad de Mahoma: ¿quién es constantemente sincero? Pero sí confesamos que no sabemos qué hacer del crítico que en estos tiempos le acusase de engaño preconcebido; de engaño consciente en general, ó tal vez de manera alguna. Todavía más: de vivir en un mero elemento de consciente engaño, y escribir este Corán como lo hubiera hecho un juglar y un falsario. Todo hombre imparcial, nos parece, leerá el Corán de muy distinta manera. Producto del fermento bullidor de un alma grande, aunque grosera, ruda, inculta, que ni aun leer sabe; pero alma ferviente, llena de fuego y celo; haciendo vehementísimos esfuerzos para dar á conocer por medio de la palabra los pensamientos que la inquietan: éstos se le agolpan en tumultuosa confusión; trabaja con tirantez extremada por abrirles camino, y á causa de la misma abundancia, no le es posible expresar nada. La idea que le domina no la puede amoldar á forma alguna de composición; ni individualizar en serie ni ilación, método ni coherencia; es inconstruible, inamoldable. Pensamientos informes, lanzados de aquella alma mientras en ella se revuelven en su caótico é inarticulado estado. He-

mos dicho «estúpido»: sin embargo, la estupidez natural no es en manera alguna el carácter del libro de Mahoma, sino más bien la falta de cultura. El hombre no había estudiado el arte de hablar, ni en la premura del pelear continuo había tenido tiempo de madurar su pensamiento, ni mucho menos había podido darle cuerpo en adecuadas formas. El vehemente y angustioso anhelo del hombre que lucha por la vida en el tumulto de las batallas: ¡tal fué la disposición de ánimo en que este libro fué escrito! La prisa y precipitación del momento, la misma grandeza de las ideas, el reducido caudal de voces á su disposición: ¡parece como que todo conspira á impedirle descargar el peso de su alma por medio de la palabra escrita! Las sucesivas manifestaciones de un alma en tal disposición de humores, revestidas, además, con los accidentes y vicisitudes de veintitrés años de luchas y contiendas; y todo ello expresado unas veces bien y otras peor: este es el Corán.

Porque nosotros debemos considerar á Mahoma, durante estos veintitrés años, como la figura principal de un mundo entregado á la eterna discordia. Batallas con los koraítas y los gentiles; conflictos entre sus propias gentes, y transgresiones de su inquieto y turbulento corazón; todo esto le mantenía en perpetua agitación y movimiento, sin que su alma volviese á conocer ya más las dulzuras del descanso. En las noches, de insomnio como nos lo podemos figurar, el alma inquieta del hombre, forcejando en medio de

tantas encontradas corrientes, saludaría cualquiera luz que las esclareciese, como luz verdadera de los cielos; cualquiera producto de su espíritu, de tal manera favorecido é indispensable para él en aquel momento, le parecía una inspiración del mismo ángel Gabriel. ¿Falsario y juglar? ¡No, no! Este grande y fogoso corazón, corazón bullente y humeante como un grande horno de encendidos pensamientos, no es corazón de juglar. Su vida es un hecho para él; este universo de Dios, un hecho y realidad pavorosos. Muchas son sus faltas. Hijo de la madre naturaleza, sin cultura ni civilización alguna, con mucho del beduino todavía sobre sí, no debemos tomarle ni más ni menos que por lo que es; pero considerarle como un infeliz y despreciable simulacro; impostor hambriento sin ojos ni corazón, representando por un plato de miserable pitanza los fraudes más irreverentes y escandalosos; falsario de documentos celestiales, constituyendo crimen de alta traición contra su Hacedor y contra sí mismo, ¡no! nosotros no queremos ni podemos tomarle por cosa semejante.

La sinceridad en todos los sentidos nos parece ser lo que constituye el mérito principal del Corán; lo que le ha hecho tan precioso y tan querido á los ojos del desierto. Después de todo, este es primero y último mérito de un libro; origen y muerte de toda suerte de méritos; no sólo esto, sino que en el fondo la sinceridad es la única fuente y origen del verdadero mérito en todas

sus especies. Además, y como revuelta y confundida entre el inmenso farrago de tradiciones, quejas, vituperios, querellas y jaculatorias, descubrimos en el Corán una vena de verdadera y directa intuición, de aquello que bien pudiéramos llamar, á falta de otra cosa, poesía. El cuerpo de este libro está compuesto de mera tradición, vehementes exabruptos y entusiastas predicaciones extemporáneas. Una vez y otra vuelve siempre con las viejas consejas de los árabes; de qué manera un profeta tras otro profeta, el profeta Abraham, el profeta Hud, el profeta Moisés y otros profetas, cristianos los unos, reales ó fabulosos los otros, habían llegado á esta y á la otra tribu, haciéndoles memoria de sus pecados, y de qué modo habían sido recibidos por éstas, ni más ni menos que á él, Mahoma, le recibieron, que no dejaba de ser un gran consuelo para él. Estas cosas las repite diez, tal vez veinte veces, una vez y otra con fastidiosa y cansada iteración, y aún no acaba de repetir la misma cosa. No hay duda que nuestro valiente Samuel Johnson estudiaría y consignaría de la misma manera en su triste y solitaria guardilla las biografías de nuestros poetas. Estas son las grandes bellezas del Corán. Pero de vez en cuando, y como salido de en medio de toda esta baraúnda de confusiones, un rayo de luz nos viene á revelar algo así como del verdadero pensador y del vidente. En estos mismos momentos tiene la vista fija en el mundo este Mahoma; con la penetración y el rudo vigor

nativo de su espíritu, sabe despertar en nuestros corazones los mismos sentimientos de las cosas que del suyo hicieron dominio y natural asiento. Sus alabanzas á Allah, que algunos preconizan tanto, no tienen comparación alguna con las del hebreo, de donde, según supongo, están tomadas esencialmente. Pero el alma que con la rapidez del rayo penetra el corazón de las cosas, leyendo sus secretos, es para mí asunto del mayor interés y de la más alta importancia. Dón exclusivo de la gran naturaleza, que á todos graciosamente concede, y que de entre tantos millares de almas sólo una sabe agradecer y estimar en lo que vale: esto es lo que yo llamo sinceridad de visión, la piedra que descubre los quilates de todo corazón sincero.

Mahoma no pretende hacer milagros; con frecuencia responde impacientemente: «Yo no hago milagros. ¿Yo? Yo soy un público predicador, escogido para predicar esta doctrina á todas las criaturas. Sin embargo, el mundo, desde muy antiguo, había sido para él un grande y verdadero milagro. Fijad los ojos en todo cuanto os rodea, dice él: ¿no es verdaderamente maravillosa toda esta grande obra de Allah, y un verdadero milagro si vuestros ojos fuesen capaces de comprenderlo? Esta tierra la hizo Dios para vosotros; ordenó en ella caminos; podéis vivir en ella y moveros de una parte para otra». Las nubes, en las secas regiones de la Arabia, son cosa muy maravillosa para Mahoma; las grandes nubes, dice,

nacidas en los profundos senos de la inmensidad altísima, ¿de dónde proceden? Allí están pendientes los enormes monstruos negros; de allí arrojan sobre la muerta tierra sus torrentes de lluvia para volverla á la vida; brota la hierba y reverdecen las enhiestas y hojosas palmeras con sus racimos de dátiles por guirnalda. ¿No es ese un milagro? Vuestro ganado, Allah lo crió también; mudas y serviciales criaturas, ellas cambian el pasto en leche; vuestras ropas son de sus lanas, del vellón de estas singulares criaturas; puestas en fila vuelven á su redil á la caída de la tarde, y, dice él, ¡son un honor para vosotros! También las naves (él habla frecuentemente de las naves), montes movibles, tienden sus alas de lino y allá van atravesando las aguas á la merced de los vientos que les manda el cielo; de repente paran. Dios les retiró el viento, y yacen muertas, no se mueven. ¿Milagros? exclama él: ¿cuál es el milagro que quisierais ver? ¿No estáis ahí vosotros? Dios os hizo á vosotros de un puñado de polvo. Hace poco tiempo érais pequeños; no ha muchos años no existíais. Sois dueños de la hermosura, de la fuerza, del pensamiento, y os compadecéis los unos á los otros. Viene la vejez y las canas; vuestra fuerza se convierte en debilidad; caéis postrados, y ya no sois. Os compadecéis los unos á los otros: mucho me sorprende esta sentencia. Allah pudo haberos hecho sin compasión los unos de los otros: ¿qué hubiera sucedido entonces? Este es un pensamiento grande, original; una intuición lu-

minosa y de primera mano, penetrando en el corazón y realidad de las cosas. Rudos vestigios de un genio poético, de todo cuanto existe de bueno, de mejor y de más verdadero, todo se ve visible en este hombre. Intelecto potentísimo. aunque inculto; penetración, corazón, un gigante del desierto; habría sido lo que hubiese querido: poeta, rey, sacerdote, personificando en sí mismo todos los héroes.

A sus ojos está para siempre evidenciado que este mundo es una cosa enteramente milagrosa. Él ve lo que, según hemos dicho otra vez antes de ahora, todos los grandes pensadores, hasta los mismos rudos escandinavos, han procurado ver de una ú otra manera. Ve que éste, al parecer tan sólido mundo material, es en el fondo y esencia de su misma naturaleza.—Nada: una visible y palpable manifestación del poder y presencia de Dios—una sombra interpuesta por Él sobre el abismo de lo infinito vacío; nada más. Las montañas, dice él, estas grandes montañas peñascosas, se disiparán también como las nubes; se fundirán lo mismo que las nubes en lo azul, y no serán. El se representa la tierra según la manera de los árabes, dice Sale, como una inmensa llanura ó plancha de terreno aplastada; las montañas: especie de contrapeso para mantenerla firme. En el último día desaparecerán como nubes; toda la tierra se revolverá y girará fuera de sí misma hasta convertirse en un total naufragio, y semejante al polvo y al vapor, des-

vanecerse en la inanidad. Allah le retira su mano, y deja de ser. El imperio universal de Allah, la presencia en todas partes de un poder indefinible, de un esplendor y de un terror que no se puede nombrar, como de verdadera fuerza, esencia y realidad de todas las cosas, fueren lo que fueren, fué siempre para este hombre una cosa incontrovertible. Lo que un moderno califica con los nombres de Fuerzas de la Naturaleza, Leyes de la Naturaleza, sin que figure para nada una cosa divina, ni aun como una cosa cualquiera, sino como una serie de cosas muy poco divinas, artículos de venta y compra, buenos, todo lo más, para el uso de la navegación. Con nuestras ciencias y enciclopedias, no parece sino que estamos dispuestos á olvidarnos de Dios dentro de nuestros laboratorios. Nosotros no debiéramos olvidarlo, porque, una vez olvidado, no sé qué encontraríamos digno de remembranza. Las más de las ciencias vendrían á ser letra muerta; un objeto seco, hueco y litigioso: un cardo otoñal. La mejor de las ciencias, sin Dios, apenas si es un leño muerto; no el árbol ni el bosque que da y reproduce siempre madera entre otras muchas cosas. Al hombre no le es posible conocer con verdad cosa alguna, á menos de conocer y rendir culto á lo que está muy por encima de todas las demás cosas; de otra manera, su ciencia vendrá á ser pura pedantería, pura hojarasca, un cardo muerto.

Mucho se ha hablado y escrito sobre el sensua-

lismo de la religión de Mahoma; más de lo justo, en nuestro sentir, La indulgencia con que él miraba y parecía consentir ciertas cosas, para nosotros criminales, jamás fueron de su propio consentimiento; las encontró establecidas y practicadas en Arabia sin ningún género de contradicción, desde tiempos inmemoriales; lo que él hizo, fué cercenar y restringir, combatiendo el hecho por todas partes. Su religión no es cosa fácil de practicar: rigurosos ayunos, abluciones, estrictas y complejas fórmulas, la práctica de la oración cinco veces al día y la total abstinencia del vino; su buen éxito, pues, no lo debió á la laxitud de sus principios morales; como si por estos medios pudiera jamás religión alguna alcanzar buenos resultados. ¡Es calumniar al hombre decirle que sólo por medio de las comodidades, ó la esperanza del placer, ó de las recompensas se le excita á las acciones heroicas; por el camino de las confituras no se llega á parte alguna, ni en este mundo ni en el otro! En el mortal más envilecido hay siempre alguna cosa más noble. Hasta en el mercenario valentón que se alquila para hacerse matar, hay su honor de soldado, distinto al del recluta, con su chelín é instrucción disciplinaria. No á satisfacer sus viles instintos, sino á ejecutar y llevar á cabo nobles y generosas empresas, y hasta á vindicarse á sí mismo bajo el firmamento altísimo de Dios, como criatura hecha á imagen del mismo, es á lo que todo hijo de Adán aspira, aunque de manera vaga é in-

definida aquí en este mundo sublunar. Mostradle la manera de hacerlo, y hasta el ganapán más estúpido se encenderá y tornará en héroe. Calumnia grandemente al hombre quien diga que se le puede seducir con los atractivos del placer. Las dificultades, la abnegación, el martirio, la muerte, son los únicos incentivos que influyen en el corazón del hombre. Encended la parte más íntima de su vida genial, y obtendréis una llama que consumirá todas las consideraciones menos nobles. No la felicidad, sino alguna cosa más alta: y esto se ve hasta en las clases más frívolas con su pundonor, y cosas así. No lisonjeando nuestros apetitos, no, sino despertando lo heroico que dormita en todos los corazones, es como gana toda religión sus prosélitos.

Después de todo cuanto se diga acerca de Mahoma, nadie podrá decir que era un hombre sensual. Erraríamos grandemente si considerásemos á este hombre como un voluptuoso vulgar, sin más pensamientos que el goce de groseros placeres, ni siquiera dado á satisfacciones de clase alguna. Su casa era de las más frugales; su dieta común, pan de cebada y agua: en ocasiones no se encendía fuego en su hogar durante meses. Se recuerda con justo orgullo que él mismo se cosía los zapatos y remendaba la capa. Un hombre pobre, un trabajador incesante, mal provisto y descuidado de todo cuanto el común de los hombres ambiciona. No un mal hombre, debiera yo decir; alguna cosa mejor en él que el *prurito*,

no importa de qué género, porque de otra manera, aquéllos árabes indómitos, peleando y acometiendo durante ventitrés años á sus órdenes y siempre en íntimo contacto con su persona no le hubieran respetado y reverenciado de la manera que le respetaban y reverenciaban. ¡Gente montaraz y silvestre aquellos árabes! De vez en cuando se sublevaban y descargaban sus fieros corazones en todo género de sinceridad salvaje. Sin varonil valor y toda clase de méritos excelentes, ningún hombre hubiera podido mandar ni sujetar aquella gente indómita. Llamábanle Profeta, decís: ¿y qué? allí estaba cara á cara con ellos; desnudo y descubierto, no oculto ni rodeado de misterio; allí, visible, remendando su manto y sus zapatos; disponiendo y ordenando, aconsejando y peleando allí, en medio de ellos: debieron sin duda alguna haber visto con qué clase de hombre se las habían, llámesele de la manera que se quiera. Ningún Emperador, con todos sus armiños y diademas, fué jamás obedecido como lo era este hombre con la capa remendada de sus manos, durante ventitrés años de rudo pelear y de verdaderas y reales experiencias. No serían posibles todas estas cosas sin las cualidades de un verdadero héroe.

Sus últimas palabras son una deprecación; interrumpidas jaculatorias de un corazón que lucha con vacilante esperanza por acercarse á su Criador. No podemos decir que su religión le hiciese peor; hízole mejor; bueno, no malo. Se re-



cuerdan de él muy nobles cosas: cuando perdió á su hija, la respuesta que da en su propio dialecto, sincera y equivalente á la de los cristianos en todas sus partes: «El Señor lo da, y el Señor se lo lleva: alabado sea el nombre del Señor.» De la misma manera responde cuando la muerte de Seid, su emancipado y bien amado esclavo, el segundo de los creyentes. Seid había caído en la guerra de Tabúc, la primera de las refriegas de Mahoma con los griegos. Mahoma dijo: «Bien está; Seid se fué ahora á su Señor: todo va bien con Seid.» Sin embargo, la hija de Seid le encontró llorando sobre el cuerpo de su padre. ¡Un viejo, la cabeza toda canas, llorando! «¿Qué es lo que veo?» dijo ella.—«Ves un amigo llorando sobre el cuerpo de su amigo.»—Por la última vez, dos días antes de su muerte, fué á la Mezquita, y preguntó si había allí alguno á quien hubiese hecho mal; que mis espaldas carguen con los latigazos. Si había alguno presente á quien le debiese alguna cosa: Una voz contestó: «Sí, á mí, tres dracmas, prestadas en tal ocasión.» Mahoma ordenó se le pagasen: «mejor está la vergüenza ahora que en el día del Juicio.»—Tenéis presente á Kadijah, y el «¡No, por Allah!»: rasgos de esta naturaleza nos muestran al hombre realmente ingenuo, al verdadero hermano de todos nosotros, hoy visible y en presencia nuestra, á través de doce siglos:—al Hijo verdadero de nuestra Madre común.

Además, nos agrada Mahoma por su carácter

libre de toda falsa devoción. Hijo independiente del Desierto, no pretende ser lo que no es. No veréis en él la pompa ostentosa y vana del orgullo; pero tampoco síntomas ni falsas apariencias de humildad. Allí le véis á su manera, con los zapatos y la capa remendados por sus propias manos; hablando llanamente con toda clase de reyes de Persia y de Emperadores griegos, enseñándoles lo que por deber están obligados á hacer; sabe bastante bien, por lo que á él corresponde, lo «del respeto que á ti se debe.» En una guerra á muerte con los beduinos, no debieron faltar episodios sangrientos y crueles; pero tampoco escasean los actos de generosa compasión y noble misericordia, Mahoma ni se excusa de lo uno, ni alardea de lo otro: obra todo de su libérrimo corazón, conforme á las exigencias del momento y las circunstancias del tiempo y del lugar. No un hombre de falsas y melosas palabras. ¡Más bien de una ferocidad ingenua cuando la ocasión lo exige; no le gustan los paliativos! La guerra de Tabúc es cosa que él menciona con frecuencia: sus hombres se negaron, muchos de ellos, á seguir adelante en aquella ocasión, alegando el calor del tiempo, la cosecha y otras cosas por el estilo; nunca pudo olvidar eso. ¡Vuestra cosecha! ¿Vuestra cosecha es asunto de un día? ¿Que vendrá á ser de vuestras cosechas durante toda la eternidad? ¿El calor del día? ¡Sí, hay calor; pero ha de haber mucho más calor en el infierno! Algunas veces, algún rudo sarcasmo se le

ocurre; dice á los incrédulos: «¡en el Gran Día tendréis la justa medida de vuestras obras: se os pesarán, y no tendréis motivo de queja respecto al peso!» En todo asunto fija la cuestión sobre sus bases naturales; él la ve: su corazón de vez en cuando queda como sorprendido y enmudecido por la misma grandeza del pensamiento. «Ciertamente, — dice él, — esta palabra en el Corán, equivale las más de las veces á una sentencia por sí sola.» Seguramente.

No busquemos en Mahoma *dilettantismo* alguno; todo para él es cuestión de salvación y de reprobación, de tiempo y de eternidad: cuestión de vida ó muerte para él. El *dilettantismo*, la hipótesis, la especulación, género de investigar la verdad á lo *amateur*; jugando y coqueteando con la verdad; éste es el más deplorable de los pecados: la raíz de todos los pecados imaginables: y consiste esto, en no haber estado jamás ni el alma ni el corazón del hombre *abierto* a la verdad, viviendo en una vana ostentación y puro engaño. Un hombre semejante, no solamente profiere y produce falsedades, sino que él mismo *es* una falsedad. El principio moral y racional, centella y luz de los cielos, desprendida de la frente de la misma Inteligencia Divina, yace hundido y oscurecido en él, en sosegada parálisis: la vida reducida á la muerte. Las mismas falsedades de Mahoma son más verdaderas que las mismas verdades de un hombre semejante. El es el hombre insincero, puro barniz y boca de miel; respetable en

ciertos tiempos y lugares; inofensivo, no dice nada inconveniente á nadie; del todo irreprochable; puro, limpio—ni más ni menos que el ácido carbónico—el veneno y la muerte.

Nosotros no ensalzaremos ni juzgaremos los principios morales de Mahoma como si fuesen siempre de lo más refinado y superior, pero sí diremos que hay siempre en ellos una tendencia al bien, y que son la fiel expresión y sentimiento de un corazón que aspira á todo lo que es grande, bueno, justo y verdadero. Verdad es que no encontráis en ellos los sublimes preceptos del cristianismo; ni el perdón y olvido de las injurias, ni el volver la mejilla al que os azotó la otra: debéis vengaros; pero con medida, no demasiado ó más allá de lo que es justo. Por otra parte, el Islam, como toda creencia grande y con conocimiento perfecto de la misma esencia del hombre, es un perfecto nivelador de todos los hombres: el alma de un creyente está por encima de todas las dignidades de la tierra; todos los hombres, conforme el Islam, son iguales. Mahoma no insiste sobre la conveniencia de dar limosna, sino en la necesidad, en el deber de hacerlo: señala por la ley el cuánto habéis de dar, con riesgo de vosotros si lo descuidáis. La décima parte de la renta anual de un hombre, sea la que fuere, es la propiedad del pobre, del que está afligido y necesita ayuda y consuelos. Muy bueno todo esto: la voz natural de la humanidad, de la compasión y de la equidad saliendo del corazón de este

hijo inculto de la Naturaleza; así lo manifiesta.

El Paraíso de Mahoma es sensual, y sensual su Infierno: cierto; en el uno y en el otro hay bastante que repugna y ofende nuestros sentimientos espirituales. Pero debemos tener presente que los árabes ya lo tenían así, y que los cambios introducidos por Mahoma fueron más bien para suavizar y disminuir aquellas ofensas. Las peores sensualidades no son obra de él, sino de los doctores que le siguieron. En el Corán hay realmente muy poco escrito sobre las alegrías y placeres del Paraíso: se insinúan más bien que insistir en ellas. Ni se olvida de hacer presente que aun allí los placeres y alegrías más grandes serán espirituales; la pura presencia del Altísimo separará infinitamente á todas las demás alegrías: Dice él: «vuestro saludo será, paz. *Salam*. La paz sea contigo—la cosa que todas las almas racionales desean y buscan vanamente aquí abajo como el único favor digno del cielo.—Os sentaréis en sitaliales, unos enfrente de otros: todos los odios envejecidos desaparecerán de vuestros corazones. — ¡Todos los odios envejecidos! Os amaréis los unos á los otros, franca y abiertamente; para cada uno de vosotros, y, en presencia de vuestros mismos hermanos, habrá cielo bastante.

Con referencia á esto del Paraíso sensual y sensualidad de Mahoma, uno de los capítulos más delicados para nosotros, habría mucho que decir, y que no sería conveniente tratar ni discutir en este lugar. Dos observaciones solamente me per-

mitiréis hacer, dejando lo demás á vuestra ingenuidad. Una de ellas nos la sugiere Goëthe, y es una de aquellas insinuaciones casuales, que, como suyas, merecen bien se las tenga en cuenta. En una de sus descripciones, en los *Viajes de Meister*, el héroe viene á dar con una sociedad de hombres de muy extrañas maneras y procedimientos, y uno de ellos era éste: «Nosotros exigimos, dice el Superior, que cada una de nuestras gentes se limite á seguir una sola dirección; á ir directamente contra su propio deseo en un solo objeto, y obligarse á hacer la cosa que no desea, permitiéndole en todos los demás caminos la más amplia libertad.» Me parece ver en todo esto una grande exactitud. No está el mal en gozar de aquellas cosas que son en sí agradables, sino en dejarse dominar por ellas, entregándoles nuestro ser moral á perpetua esclavitud: ahí está el mal. Probemos ante todas cosas nuestro dominio absoluto sobre nuestras costumbres y hábitos de que, en caso necesario, podremos desprendernos y arrojarlos lejos de nosotros: ésta es una excelente ley. El mes Ramadán para el muslime, mucho en la religión de Mahoma y en la propia vida del mismo, tiende á demostrar este aserto, si no por la premeditación ó propósito determinado de reformas morales de su parte, á lo menos por cierto sano y varonil instinto, que para el caso es tan bueno.

Pero hay otra cosa que decir sobre el cielo y el infierno mahometanos, á saber: que por gro-

seros y materiales que sean, ellos son el emblema de una verdad sempiterna que no se tiene muy presente en otras partes. Aquel su paraíso indecoroso y sensual, aquel su infierno horrible y todo llamas; aquel tremendo y espantoso Día del Juicio, que no se aparta un instante de sus ojos: ¿qué viene á ser todo esto, sino la ruda y tosca sombra, en la ruda y tosca imaginación del beduino, de aquel grande hecho, de aquella grande realidad espiritual? Comienzo de hechos que á ninguno de nosotros estará bien desconocer, dejar de sentir. ó tener presentes: la naturaleza infinita del deber. Que las acciones del hombre aquí abajo, son de infinita importancia para él; que nunca mueren ni acaban en modo alguno; que el hombre, con su corta vida, se remonta y toca al cielo, y desciende y se abisma en el infierno. y en sus doce lustros de tiempo, mantiene, poseído de terror y asombro, una eternidad oculta en el más profundo de los misterios: todo esto pasó encendido con caracteres de fuego dentro del alma de aquel árabe indomable. Como entre fuego y relámpagos, allí está escrito, tremendo, inexplicable, siempre presente á sus ojos. Con arranques enérgicos, con feroz y salvaje sinceridad, balbuceando, incapaz de expresión, se esfuerza trabajosamente por articular su pensamiento, y al fin lo envuelve en ese cielo y ese infierno. Envuelto de la manera que se quiera, él es la primera de todas las verdades: venerable bajo todas las formas y envolturas. ¿Cuál es el objeto primordial del

hombre aquí en este mundo sublunar? Mahoma ha contestado á esa pregunta de un modo categórico, capaz de avergonzar á muchos de nosotros. Él no tomará, como un Bentham ó un Paley, la noción de lo justo y de lo injusto, ni calculará la ganancia ni la pérdida por el resultado del placer en uno y otro caso; ni después de los sumandos y sustraendos, os preguntará con aire de triunfo: ¿qué tal? ¿no prepondera, después de todo, la noción de lo justo considerablemente? No; no es mejor hacer lo uno que lo otro; lo uno es á lo otro, como la vida es á la muerte. Como el cielo es al infierno.—Lo uno, de ninguna manera debe hacerse, ni de ninguna manera dejar de hacer lo otro. No los deberéis medir, porque son inconmensurables: lo uno es la muerte eterna, y lo otro la vida eterna para el hombre. La utilidad benthamista, la virtud por la regla de tres, por la partida de ganancias y pérdidas, reduciendo la creación de Dios á una bruta máquina de vapor, á un cuerpo inanimado; el alma infinita y celestial del hombre, á una balanza que sirve de igual manera para pesar el heno y los cardos, que el dolor y los placeres.—Si se me preguntase cuál de las dos soluciones da la más pobre y la más falsa idea del hombre y sus destinos en este universo, contestaré:—¡No es ciertamente la de Mahoma!

En términos generales, diremos que la religión de Mahoma es una especie de cristianismo; que, tomada en conjunto, contiene un elemento verda-

dero de lo que hay espiritualmente de más alto; elemento visible á todos los ojos, á pesar de todas sus imperfecciones. El dios escandinavo Wish, deseo el dios de todos los hombres rudos, — de lo que este dios representa, — fué convertido por Mahoma en un cielo, pero un cielo que simboliza la consagración del deber y que sólo se puede alcanzar por medio de la fe y las buenas obras, las acciones valientes, y por lo que hay de más valiente todavía: la paciencia divina. — Viene á ser el paganismo escandinavo con la adición de un elemento verdaderamente celestial. No lo llaméis falso; no miréis únicamente á la falsedad, sino á la verdad que encierra. Durante mil doscientos años viene siendo la religión y luz de la vida de una quinta parte de todo el género humano. Sobre todo, esta ha sido una religión *creída* con toda sinceridad. Estos árabes creen su religión y procuran ajustar su conducta á sus preceptos. Ningún cristiano, desde los tiempos primitivos del cristianismo, prescindiendo acaso de los puritanos ingleses en los modernos, se mantuvo al lado de su fe como el musulmán en la suya; creyéndola de todo corazón, desafiando con ella al tiempo y á la eternidad. — Esta noche, al dar el centinela su «¡quién vive!» en las calles del Cairo, oirá del transeunte, á la vez que la respuesta: «No hay más Dios que Dios.» *Allah akbar!* Islam resuena en todas las almas, durante todos los días de la existencia de estos atezados millones de seres. Misioneros fervientes la predicán entre los mala-

yos, los negros papuanos y demás idólatras brutales, procurando destruir lo malo, no lo que es mejor ó bueno.

Para la nación árabe vino á ser como una resurrección de las tinieblas á la luz; la Arabia vino á la vida por la fe de Mahoma. Un pueblo de pastores totalmente desconocido, vagando por sus desiértos desde la creación del mundo llega á recibir la voz de un profeta, la voz de un héroe, voz que podía creer: y ved: el pueblo desconocido llega á llamar la atención del mundo entero; á igualarse é imponerse á los más altos poderes; dentro de un siglo tenéis la Arabia en Granada de una parte, y de la otra en Delhi; resplandeciendo con la aureola del genio y los brillantes atributos del valor. La Arabia, durante muchos siglos, viene á ser la primera de entre todas las naciones. Grande y redentora es la fe. La historia de una nación, desde el instante que llega á tener fe, comienza á ser fructuosa, grande y vigorizadora de las almas. Estos árabes, este hombre Mahoma, y aquel siglo, ¿no viene á ser como si una centella fuese á caer en medio de aquel mundo de oscuros y desiértos arenales, á todos desconocido? Pero ved: la arena se convierte en pólvora explosiva, se inflama, y llega al cielo desde Delhi hasta Granada. Yo digo: el hombre grande fué siempre como el relámpago del cielo; el resto de los hombres le esperaban como combustible que á su vez se enciende y se convierte en llamas.

TERCERA CONFERENCIA

EL HÉROE COMO POETA

Dante.—Shakspeare.

El héroe como divinidad, el héroe como profeta, son productos de los tiempos viejos, que no se volverán á reproducir en los nuevos. Presuponen cierta rudeza de concepción, que nuestros progresos en la ciencia han hecho desaparecer para siempre. Porque haría falta una sociedad enteramente exenta de toda noción científica para que los hombres, en su amor por lo maravilloso, volviesen á considerar á uno de sus semejantes como á un dios, ó hablando con la voz de un dios. La divinidad y el profeta pertenecen á lo pasado. Ahora vamos á considerar á nuestro héroe bajo el carácter de poeta, título menos ambicioso y también menos controvertible: un carácter que nunca muere. El poeta es una figura heroica, perteneciente á todas las edades; que todas las edades poseen, una vez producido, y que lo mismo la edad más antigua como la más moderna pueden producir—y seguirán produciendo siempre y

cuando plazca á la Naturaleza.—Que la Naturaleza nos envíe un alma heroica, sea la que fuere la época en que aparezca, esta alma heroica tiene de necesidad que presentárenos con la investidura de poeta.

¡Héroe, profeta, poeta, muchos nombres distintos, en tiempos y lugares diferentes solemos dar nosotros á los grandes hombres, según la variedad que en ellos notamos y la esfera en que se movieron y desplegaron sus talentos! Bien podríamos dar muchos otros nombres sobre este mismo tema. Sin embargo, volveremos á notar como un hecho no sin importancia y digno de ser conocido, que la diferente *esfera* constituye el grande origen de semejante distinción; que el héroe puede ser poeta, profeta, rey, sacerdote ó todo lo que queráis, según el pueblo y gente entre quienes naciera y se criara. Confieso no tener idea de ningún hombre verdaderamente grande que no pudiera ser toda manera de hombre. El poeta que no sirviese de otra cosa que de estar sentado componiendo estrofas, jamás haría un verso que mereciese el concepto de tal; ni serviría para cantar las hazañas del guerrero heroico, á menos de no ser un guerrero heroico también. Nos imaginamos que en él existen el político, el pensador, el legislador, el filósofo; en uno y otro sentido él habría sido, él es todas estas cosas. De esta misma manera no puedo yo comprender cómo un Mirabeau, con aquel su grande y fogoso corazón, con el fuego y torrentes de pasión que atesoraba, no

hubiera escrito versos, tragedias, poemas y conmovido y arrastrado todos los corazones tras sí; hubiérale el destino y su manera de ser en la vida llevádole por ese camino. El grande y fundamental carácter del grande hombre, es el de ser grande. Hay palabras en Napoleón que son otras tantas batallas de Austerlitz. Los generales de Luis XIV son al mismo tiempo una especie de hombres poéticos; las cosas que Turena dice están llenas de sagacidad y de genialidad, así como las sentencias de Samuel Johnson. ¡El gran corazón, el ojo sagaz y escrutador; aquí está todo; ningún hombre, sea el que fuere y sea la que fuere su carrera ó profesión, podrá alcanzar cosa alguna sin estas condiciones! Petrarca y Bocaccio desempeñaron mensajes diplomáticos bastante bien al parecer, y es fácil de comprender en semejantes hombres; ¡otras cosas más duras y difíciles habían ya hecho antes que esto! Burns, el poeta privilegiado, hubiera sido más que Mirabeau. Shakspeare. . . ¿qué no hubiera sido Shakspeare capaz de hacer en grado supremo?

Verdad que hay aptitudes naturales: la Naturaleza no funde á todos los grandes hombres, ni más ni menos que á todos los demás hombres, en el mismísimo molde. Variedades de aptitud sin duda alguna, pero infinitamente más de las circunstancias; y éstas son, con mucho, las que más se consideran generalmente, según sucede entre la gente popular con el aprendizaje de un oficio: tomáis cualquiera de estos hombres de capacidad



todavía desconocida é indefinida, pero dispuestó para toda clase de industrias y profesiones, y hacéis de él un herrero, uu carpintero, un albañil, todo lo que queráis: mas de ahí en adelante, por regla general, ese hombre no será otra cosa por toda su vida. Y si, como ya Addison se quejaba, veis algunas veces algún hombre con las canillas no más gruesas que un huso, doblándose bajo el peso de una enorme carga, y á un paso de allí un sastre con la armazón y robustez de Sansón aderezando un trapo con una aguja de á ochavo, ¿no se nos dirá que aquí, en uno y otro caso, se tuvieron en cuenta la idoneidad y aptitudes naturales! Y el grande hombre, ¿á qué oficio le ponemos? Dado el héroe, ¿que llegará á ser? ¿Conquistador, rey, filósofo, poeta? ¡Problema de difícil solución entre él y el mundo! El estudiará el mundo con sus leyes; el mundo, con sus leyes, está ahí para que le estudiemos. Lo que el mundo sobre esta importante materia consienta y disponga, es, como ya dijimos, el hecho de la mayor importancia y de la exclusiva incumbencia del mundo.

Poeta y profeta difieren grandemente en la idea vaga é indeterminada que de estos nombres nos formamos hoy día. En algunas lenguas antiguas estas voces son sinónimas; *Vates* significa al mismo tiempo profeta y poeta; y en verdad, en todos tiempos, poeta y profeta, bien entendido, tienen grande afinidad en su significación. Fundamentalmente son todavía lo mismo, y especialmente en este punto importantísimo, que bajo una

ú otra forma entrambos penetraron el sagrado misterio del Universo, lo que Goëthe llama «el secreto manifiesto». ¿Cuál es el gran secreto? pregunta uno. «El secreto manifiesto»: ¡manifiesto á todo el mundo y visto de muy pocos ó ninguno! Aquel misterio divino que está por todas partes en todos los seres, «la Divina Idea del Universo» aquello que está, según la calificación de Fichte, en el fondo de la Apariencia; de lo cual toda Apariencia, desde el firmamento estrellado hasta la hierbecilla del campo, pero especialmente la apariencia del hombre y su trabajo, viene á ser la *vestimenta*, la incorporación que nos la hace visible. ¡Este divino misterio *esté* en todos los tiempos y lugares; verdaderamente está! En los más de los tiempos y lugares lo pasamos grandemente inadvertido; y el Universo, siempre definible en uno ú en otro dialecto, como el realizado Pensamiento de Dios, lo consideramos como un lugar común, cuerpo inerte y trivial, como si, dice el Satirista, fuese alguna cosa muerta, que algún amueblador hubiese compaginado! ¡De nada bueno serviría *hablar* mucho sobre este asunto ahora; pero seríamos objetos dignos de compasión si lo desconociésemos ó dejásemos de vivir alguna vez bajo la impresión de su reconocimiento ¡Verdaderamente objetos de la más deplorable conmiseración; un desengaño triste de la vida si hubiésemos de vivir de otra manera!

Pero ahora decimos: quien quiera haya olvidado este divino misterio, el *Vate*, bien profeta ó

poeta, ha penetrado dentro de él; es un hombre enviado acá abajo para hacérselo conocer con impresión mas fuerte. Ese es siempre su mensaje; tiene el deber de revelárnoslo, ese sagrado misterio en presencia del cual, él, más que otro alguno, vive siempre. Mientras otros lo olvidan, él lo ve y lo conoce; pudiéramos decir él ha sido obligado á conocerlo; á vivir en él sin previo consentimiento, ligado á él de necesidad. ¡Una vez más, aquí no hay rumor ni conseja alguna, sino directa intuición y fe; este hombre no podía menos, no podía dejar de ser un hombre sincero! Quien quiera que viva en la apariencia de las cosas; para este hombre, es una necesidad de su naturaleza vivir en la misma realidad de los hechos. Un hombre, una vez más, en íntima y estrecha comunicación con el Universo, aunque todos los demás hombres lo miren como una especie de juguete. Es un *Vates* primero que todo, y en virtud de su sinceridad. Hasta aquí el profeta y el poeta, copartícipes del secreto manifiesto, viene á ser todo uno.

Por lo que respecta al significado de estas voces, volvemos á decir: el *Vates* profeta se apoderó del misterio sagrado por su lado moral, como el bien y el mal, el deber y la prohibición; el *Vates* poeta del lado que los alemanes llaman estético, como lo bello, lo hermoso, etc. Al uno podemos llamarle un revelador de lo que debemos hacer, y al otro de lo que debemos amar. Pero es lo cierto que estas dos jurisdicciones se compenetran y no pueden separarse. El profeta tiene también la

vista fija en lo que nosotros debemos amar; porque de otra manera, ¿cómo distinguiría lo que debemos hacer? ¡La voz más grande que jamás se oyó en este mundo decía también: «Considerad los lirios del campo; ni trabajan ni hilan, y sin embargo Salomón en toda su gloria jamás pudo vestirse con la hermosura de uno de ellos.» Una observación, que nos descubre los arcanos más profundos de la hermosura. Los lirios del campo vestidos más preciosamente que los mismos príncipes de la tierra; los lirios nacidos en los humildes surcos de los campos; un ojo hermoso que os está mirando desde lo más hondo del mar inmenso de la hermosura. ¿Cómo pudiera la tierra tosca y desapacible hacer estas cosas si su esencia, tosca y desapacible como es y aparece, no fuese íntimamente fuente y manantial purísimo de hermosura? Desde este punto de vista, un dicho de Goëthe que ha llamado la atención de algunos, puede tener su significado: «La hermosura, dice, está por encima de lo bueno; la hermosura incluye lo bueno». Lo hermoso verdadero, que, ya dijimos en otra parte, difiere de lo *falso*, como «¡el cielo difiere de Vauxhall!» Y basta por lo que toca á la distinción é identidad de poeta y profeta.

En los tiempos antiguos, así como en los modernos, hay unos pocos poetas que son considerados como perfectos, y sería hasta un acto de traición atribuirles el menor defecto. Esto merece tenerse en cuenta; es justo; pero en puridad de verdad, viene á ser una ilusión. En el fondo de las cosas

es evidente que no hay poeta perfecto. Una vena de poesía existe en los corazones de todos nosotros; no hay hombre hecho enteramente de poesía. Nosotros, cuando *leemos* un poema bien, somos todos poetas. La imaginación que se estremece con la lectura del *Infierno* del Dante, ¿no es una facultad igual á la del Dante, menos en intensidad? Nadie sino un Shakspeare pudo dar cuerpo y vida, tomados de Saxo Gramático, al cuento de Hamlet; pero cada cual puede idear uno á su manera, quién mejor, quién peor. No necesitamos gastar tiempo en definiciones: donde no hay específica diferencia como en lo redondo y lo cuadrado, toda definición, por necesidad, ha de ser más ó menos arbitraria. El hombre cuyo elemento poético llegue á desarrollarse de manera que llame la atención de sus vecinos, será calificado por éstos de poeta. Los poetas famosos, y también los que debemos considerar como poetas perfectos, son confirmados por los críticos de igual manera. El que se levante por encima del nivel general de los poetas, vendrá á ser para este crítico y el otro, un poeta universal; como así procedía. Y, sin embargo, es y debe ser una arbitraria distinción. ¡Todos los poetas, todos los hombres tienen algún contacto con lo universal; ningún hombre está formado enteramente de ese elemento! A los más de los poetas se les olvida muy pronto: ni aun para los nobilísimos Shakspeare y Homero será eterna la memoria: vendrá un día y también para ellos se acabará!

Con todo, me diréis, debe existir una diferencia entre la verdadera poesía y el verdadero lenguaje, oración ó discurso no poéticos: ¿cuál es la diferencia? Sobre este particular muchas cosas se han escrito, especialmente por críticos alemanes de reciente fecha, algunos de los cuales no son muy inteligibles sin particular estudio. Dicen, por ejemplo, que el poeta tiene en sí una infinibilidad; comunica una *Unendlichkeit*, cierto carácter de infinibilidad á todo cuanto trata. Esto, aunque no muy preciso, con todo, y sobre un asunto tan vago, merece tenerse en cuenta: bien meditado, puede sacársele gradualmente algún sentido. Yo lo encuentro, y muy considerable, en la vieja distinción vulgar de la poesía cuando es metro, verso, música: un canto. Cierto, si se nos apremiase á dar una definición, nosotros, por nuestra parte, daríamos ésta más bien que otra cualquiera: si vuestra descripción es auténticamente *musical*, musical no solamente en la palabra, sino en el corazón y la sustancia, en sus pensamientos y articulaciones, en toda su concepción, entonces será poética, más no de otra manera. Musical: ¿cuánto se encierra en esa palabra! Un pensamiento musical es un pensamiento articulado por una inteligencia que llegó á penetrar hasta en lo más íntimo del corazón de las cosas, y puesto al descubierto lo más recóndito de sus misterios; á saber: la *melodía* oculta en ellas, la interna armonía de coherencia que es su alma, por la que existe y tiene razón de ser aquí en este mundo. Diríamos que todas las cosas

profundas donde se encierra oscuridad y misterio son espíritu de melodía, convertido naturalmente en canto: el sentido de esta voz va muy adentro. ¿Díganme dónde está el que en discursos lógicos pueda expresar el poder que la música tiene sobre nosotros? ¡Una especie de lengua inarticulada que no se le halla fondo, que nos conduce á la presencia de lo Infinito y nos permite contemplarle cara á cara! Verdad es que por muy breves instantes.

Además, toda habla, aun la del dialecto más común, tiene algo de canturía: no hay aldea, lugar ó parroquia en el mundo que no tenga su acento especial: ¡el ritmo ó tono musical con que la gente de allí canta lo que os tiene que decir! El acento es un género de canturía; todos los hombres tienen un acento que les es peculiar, aunque cada uno de por sí no observa sino el de los demás. Observad también cómo todo lenguaje apasionado viene á ser por sí mismo musical, con música más delicada que la del mero acento; el lenguaje de un hombre, aun movido de la ira, se convierte en canto. Todas las cosas oscuras y misteriosas son como un canto lejano y desconocido. Parece, en cierta manera, la misma esencia de nuestra alma, canto; ¡como si todo lo demás fuese tan sólo la envoltura y la corteza! Nuestro primitivo elemento, no sólo el nuestro, sino el de todas las cosas. Los griegos idearon armonías de las esferas: era este el sentimiento que tenían de la interna estructura de la Naturaleza; de que el

alma de todas sus voces y articulaciones eran perfectas notas musicales. Llamaremos, pues, á la poesía pensamiento musical. El poeta es el que *piensa* de esa manera. En el fondo gira todavía sobre el poder intelectual; al poeta le hace su alcance de visión, como también su sinceridad. Ved y penetrad profundamente el interior de las cosas, y veréis y penetraréis musicalmente; el corazón de la Naturaleza comprende todas las armonías, toda la poesía y el poder del ritmo: ved de qué manera podéis llegar hasta él.

El Vates Poeta, con su melodioso Apocalipsis de la Naturaleza, parece ocupar un rango muy pobre entre nosotros, en comparación con el Vates Profeta; nuestro respeto por su persona y por las funciones de su magisterio, muy poca cosa. El héroe considerado como divinidad, el héroe considerado como profeta, y después el héroe considerado sólo como poeta: ¿no os parece como si nuestra estimación por el grande hombre estuviese, época tras época, viniendo en decadencia gradual y paulatinamente? ¡Al principio le recibimos como á un dios, después como á un profeta y ahora, en el próximo escalón, su divina y maravillosa palabra obtiene de nosotros el reconocimiento de poeta, de hermoso versificante, hombre de genio ó cosa por este estilo! Así parece; pero estoy persuadido de que intrínsecamente no es así. Si bien lo consideramos, quizá resultará que existe todavía en el hombre la *misma* grande y peculiar admiración por el heroico Don ó como quiera que le

queráis llamar, que jamás pudo existir en tiempo alguno.

Podríamos decir que si ahora no consideramos al grande hombre como á una divinidad literalmente, es que nuestras nociones de Dios, de la suprema é inasequible fuente de esplendor, sabiduría y todo heroísmo van siempre elevándose más altas, sin que por eso hayan disminuído el respeto y reverencia por esas cualidades manifestadas en nuestros semejantes. Esto vale la pena de que lo pensemos. El *dilettantismo* escéptico, la execración y vergüenza de nuestros días, execración y vergüenza que no han de durar siempre, está haciendo estragos desastrosos en todas, pero muy especialmente en esta parte altísima de la humana especulación: nuestra veneración y reverencia hacia los grandes hombres, con todas las contrariedades que las empequeñecen, se nos presentan bajo formas desgraciadísimas, apenas reconocibles. Los hombres, si no la realidad, veneran la ficción, la apariencia y la ostentación de los grandes hombres; la mayor parte niega rotundamente la realidad de que existan tales grandes hombres, y por consiguiente la veneración de los mismos. ¡Creencia de las más fatales y desastrosas que, si se fuese á creer, podríamos entonces desesperar literalmente de la humanidad y de toda noble empresa de los hombres! Sin embargo, ahí tenéis, por ejemplo, á Napoleón. ¡Un teniente de artillería de la isla de Corcega! esa es toda su representación. Pues bien: ¿no fué acaso obedecido,

venerado, reverenciado y hasta idolatrado como jamás lo fueron todas las tiaras y diademas de la tierra, personificadas y puestas en conjunto? ¿No hemos acaso visto altas y hermosas duquesas, y hasta los mozos de las posadas juntarse alrededor del rústico escocés, el poeta Burns? ¡Un sentimiento extraño palpitaba en cada uno de ellos, sentimiento de extrañeza y de curiosidad por no haber visto ni oído jamás un hombre semejante; como si dijeran: este es el hombre! En lo secreto del corazón de estas gentes, se nos revela todavía este sentimiento de veneración; aunque no hay manera acreditada de patentizarlo ahora, que este rústico, con la negrura de sus cejas y la brillantez de sus ojos, la magia de sus palabras moviendo á risa y llanto al mismo tiempo, es de una dignidad que deja muy atrás todas las demás dignidades, pero inmensamente atrás. ¿No lo creemos así? Ahora bien: si por la misericordia de Dios se nos quitase de encima y arrojase muy lejos de nosotros, como así llegará á suceder algún día (y quiera Dios que no esté lejos), esta pajarera importuna, frívola y chillona en todas sus formas y variedades y que llamamos *diletantismo*, escepticismo, frivolidad y trivialismo; si la creencia en la apariencia y exterioridad de las cosas la pudiésemos reemplazar por la verdadera fe en las cosas verdaderas, y no en sus simulacros, de manera que un hombre pudiese obrar á impulsos de lo uno y contarse lo demás por no existente, ¡qué sentimiento entonces más vivo y

más espontáneo hacia la persona de este Burnsi

No solamente esto, sino en estas edades, tales cuales son, ¿no tenemos nosotros dos simples poetas sino deificados, creo que podríamos decir poco menos que beatificados? Shakspeare y Dante son santos de la poesía; y realmente si bien lo meditamos, podemos hasta decir *canonizados*, por los pueblos, abriéndose paso á través de todas estas perversas obstrucciones, Dante y Shakspeare son un par singularísimo. Viven separados el uno del otro en una especie de real y majestuosa soledad, sin igual y sin segundo: investidos por el sentimiento general de los pueblos de una especie de trascendentalismo, y la aureola de la perfección absoluta. Están canonizados sin que Papa, ni Cardenales, ni poder alguno de la tierra haya tenido que intervenir en ello. Tal, á pesar de todas las influencias corruptoras y de los tiempos más pedestres y prosaicos, es todavía nuestra indestructible reverencia por el heroísmo. Veremos de discurrir un poco sobre este par: el poeta Dante y el poeta Shakspeare: lo poco que se nos permita discurrir aquí sobre el héroe como poeta se ajustará por sí mismo de la manera más conveniente á esa forma.

Muchos volúmenes se han escrito por vía de comentario sobre el Dante y su libro, pero en general con muy poco resultado. Su biografía está, como si dijésemos, irremediabilmente perdida para nosotros. Hombre de no mucha importancia, desterrado de su patria y errando de una

á otra parte sin domicilio fijo, llevandó en la frente marcado todo el peso de sus tristezas, llamó poco la atención, y pocos se cuidaron de sus dolores mientras vivió, y las pocas noticias que de él había desaparecieron en el espacio de tiempo que de él nos separa. Después de todos los comentarios, el libro solo es todo cuanto nos queda de su vida. ¡El libro! Y podríamos añadir aquel retrato que comunmente se atribuye al Giotto, y que, mirándolo, no podéis menos de creerlo genuino, sea de quien fuere. Para mí es un semblante lo más conmovedor, tal vez de los más conmovedores que conozco. Solitario y como si saliese del vacío, con el sencillo laurel ceñido á la frente; los dolores y pesares que nunca mueren, y la esperanza del triunfo que tampoco muere: — esta es la historia del Dante.—Creo que es una de las caras más lúgubres que jamás se pintaron de la realidad, trágica y conmovedora á la vez. Hay en ella como fundamento, la dulzura, el cariño y afectuosa docilidad del niño, pero todo esto como congelado en una contradicción discordante; abnegación, aislamiento y el dolor del orgullo desesperado. Un alma tan dulcemente etérea, con un mirar tan severo, torvo y punzante como si saliese de entre las duras y reforzadas prisiones del hielo. Al mismo tiempo un dolor silencioso, despreciativo y altanero; el labio plegado en una especie de soberano desdén por el objeto que le come y roe el corazón, como cosa despreciable é insignificante, y como si

aquél á quien podía torturar y martirizar fuese superior á todo dolor.—Cara de uno de aquéllos que viven en eterna protesta y batalla con el mundo; de los que mueren, más no se rinden. Amor transformado en indignación: indignación implacable; lenta, igual, callada como la de un dios. La mirada también os mira como sorprendida y asombrada, y como si os preguntase: «¿Por qué el mundo fué así amasadó?» Este es el Dante: así se nos aparece, esta voz de diez siglos silenciosos, que se levanta y nos entona su místico é insondable canto.

Lo poco que sabemos de la vida del Dante corresponde perfectamente con este retrato y este libro. Nació en Florencia, en la clase superior de la sociedad, y en el año 1265. Su educación fué de lo mejor que entonces había; mucha teología escolástica, lógica de Aristóteles y alguna cosa de los clásicos latinos — conocimientos no despreciables para aquellos tiempos: — y Dante, con su natural inteligente y serio, no dudamos que aprendería cuanto había que aprender, mejor que nadie. Posee una inteligencia clara y cultivada, de grande y sutil penetración; y este excelente fruto de sus estudios se lo debe á estos doctores escolásticos. Conoce perfectamente bien lo que tiene al alcance de la mano; pero en aquel tiempo, sin libros impresos, sin comercio y trato común de las gentes, no podía conocer bien lo que se encontraba distante: la pequeña y clara luz, luminosísima para los objetos inmediatos,

se quiebra y se transforma en un singular *claroscuro* que repercute débilmente en los que están lejanos. Éstos fueron los conocimientos que sacó Dante de las escuelas. En la vida pasó por todos los destinos de costumbre; estuvo dos veces en campaña como soldado al servicio de Florencia; desempeñó cargos diplomáticos, y á los treinta y cinco años, por natural gradación de talentos y servicios, llegó á ser uno de los principales magistrados de Florencia. Cuando muchacho, se encontró con cierta Beatriz Portenari, preciosa niña de su propia edad y rango, y desde entonces fueron creciendo á la vista uno de otro, no sin cierta paridad de mutua y amorosa inclinación. Todos los lectores conocen la graciosa y amorosa relación que él hace de este hermoso episodio de su vida; de cómo se llegaron á separar, y contraer ella matrimonio con otro, y morir poco después. En el poema del Dante, es ella una de las más interesantes figuras, y parece haber influido mucho en los sucesos de su vida. Ella murió, y el mismo Dante llegó á tomar estado, pero no tan felizmente como fuera de desear; muy lejos de eso. Nos imaginamos que aquel hombre severo y riguroso, con su carácter susceptible é irritable, no era de los que nacieron para ser felices.

No nos querellaremos de las miserias é infortunios del Dante. Si todo hubiera sucedido á gusto y medida de su deseo, hubiera llegado á ser prior, podestá, ó como lo queráis llamar, de Flo-

rencia; muy querido y acepto de sus conciudadanos, y el mundo hubiera carecido de una de las más grandiosas palabras jamás habladas ó cantadas. Florencia habría tenido otro señor corregidor próspero y feliz; y los diez siglos mudos habrían continuado en su mudez, y los otros diez siglos oyentes (porque serán diez y más), no hubieran llegado jamás á oír *La Divina Comedia*. Nosotros no nos quejaremos de nada. Un destino mucho más noble le estaba reservado á este Dante; y él, luchando como un hombre que conducen á la muerte y á la crucifixión, no tenía más remedio que cumplirlo. ¡Dejarle á él la elección de su felicidad! Él no sabía ni más ni menos que lo que sabemos nosotros; lo que es ser realmente dichoso, ni lo que es ser realmente desgraciado.

Durante el priorato del Dante, las discordias de güelfos y gibelinos, Bianchi-Neri, llegaron á tal extremo, que el Dante, cuyo partido hasta entonces había parecido el más fuerte, vino á verse inesperadamente, desde la cima del poder, en el destierro, condenado desde entonces á una vida de peregrinaciones y dolores. Su hacienda confiscada, y más: sus sentimientos más vehementes fueron siempre de que todo cuanto con él se hacía era injusto, nefando á los ojos de Dios y de los hombres. Hizo cuanto estuvo en su mano para que se le volviese á restablecer en su estado, valiéndose hasta de la sorpresa á mano armada, pero todo en vano; consiguiendo única-

mente volver lo malo en peor. Creemos que hay todavía en los Archivos de Florencia un documento público sentenciando á este Dante á ser quemado vivo donde quiera que sea habido. "Que-mado vivo"; así está escrito, según se dice: un documento cívico de lo más curioso. Otro documento curioso, pero posterior en gran número de años, es una carta de Dante á los magistrados florentinos, escrita en contestación á otra de éstos, concebida en términos más suaves, en concepto de que podía volver á la patria á condición de una apología y una multa. Su respuesta es severa y perentoria: "Si no puedo volver sin declararme á mí mismo delincuente, no volveré jamás: *nunquam revertar.*"

Para el Dante no había ya en la tierra patria ni hogar. Y comienza á seguir su vida errante y azarosa, de uno á otro patrón, de uno en otro lugar, experimentando según, su amarga expresión: "Cuán duro es el camino." *Come è duro calle.* Los desgraciados son huéspedes desagradables. El Dante, pobre y desterrado, con su carácter serio y altivo, con su temperamento enojadizo y fantástico, no era hombre para conciliarse amigos. Nos cuenta Petrarca, refiriéndose á él, que hallándose en la corte de *Can della Scala*, fué censurado un día á causa de su humor taciturno y melancólico, á lo que contestó de una manera poco cortesana. Encontrábase Della Scala en medio de sus cortesanos, con sus mimos y bufones (*nebulones ac histriones*), que le entretenían alegre-

mente; y volviéndose hacia el Dante, le dijo: “¿No halláis extraño que uno de estos locos sea tan alegre y divertido, mientras que un hombre tan sabio como sois, se pasa los días sentado sin tener palabra alegre que decir?” Dante contestó amargamente: “No, nada extraño; vuestra Alteza debe recordar el proverbio: “Tal para cual;” — Dado lo uno, lo otro es consecuencia forzosa. Un hombre tan altivo y taciturno, con sus sarcasmos y mal humor, no podía prosperar en las cortes. Poco á poco llegó á convencerse de que para él no había en el mundo ni lugar, ni descanso, ni esperanza de bien alguno. El mundo le había arrojado de sí, condenándole á vagar de una parte á otra, sin corazón viviente que le amase. En la tierra no había consuelo para él.

Con tanta más razón y más profundamente le había de impresionar todo lo eterno y sobrenatural; aquella espantosa realidad, sobre la cual, después de todo, este mundo de un día, con sus Florencias y destierros, viene á flotar como una sombra vana y pasajera. Á Florencia no volverás á verla jamás; pero el Infierno, y el Purgatorio, y el Cielo, eso sí, lo verás seguramente. ¿Qué viene á ser Florencia, *Can della Scala*, y el mundo, y la vida todo junto? La eternidad: allí seguramente, y no á ninguna otra parte, irás tú y todo lo existente. La grande alma del Dante, sin hogar en la tierra, se fué acostumbrando á otra patria y otro hogar en aquel otro mundo más imponente y misterioso. Su pensamiento ha-

llabase naturalmente absorto en éste, para él asunto de la más capital importancia. Con cuerpo ó sin cuerpo, con forma ó sin ella, este es el hecho importante que interesa á todos los hombres; pero para el Dante, en aquella edad, aparecía con toda la certidumbre rigurosa de una demostración científica; él no dudaba, ni más ni menos que dudamos nosotros, de la existencia de Constantinopla de que el pozo *Malebolge* con sus tristezas, sus *alti guai* y círculos tenebrosos, se encontraba allí, y que él mismo, con sus propios ojos, había de verlo. Su corazón, largo tiempo henchido de estas imágenes y pensamientos, en combate incesante con la sagrada inspiración que le anima, rompe al fin el cerco helado que le ciñe y se desborda en un torrente de voces y cantos místicos que vienen á convertirse en uno de los libros modernos más notables: *La Divina Comedia*.

Debió de haber sido un gran consuelo para el Dante, como lo era en efecto, el sentirse á veces poseído de un pensamiento de noble orgullo, considerando que él, con todo y fuera de su patria, sin hogar y sin amigos, podía llevar á cabo esta obra; que ningún hombre, ni todos los hombres y Florencias del mundo, podían impedirle ni aun ayudarle ni en poco ni en mucho á darle cima. Presumía también, no del todo, que la empresa era grande; la más grande que hombre al guno podía acometer ó emprender. Si tú sigues tu estrella, — *Se tu segui tua stella*. Así el héroe, en su total abandono y extrema necesidad, podía decirse

todavía: «¡Sigue tu estrella, y no te faltará un glorioso asilo!» Nosotros vemos que el trabajo de escribir—y en verdad no podía ser de otra manera—era grande y penoso para él; porque dice: Este libro me ha estado consumiendo muchos años. Sí, consumiendo; porque todo él fué trabajado entre dolores y angustiosas circunstancias, no entre juegos ni burlas, sino en los brazos de la dura realidad. Su libro, como en verdad lo son los buenos libros, fué escrito, en muchos sentidos, con la sangre de su propio corazón; y es la misma historia del poeta, toda su historia, este libro. Murió poco después de haberle acabado; no muy viejo todavía, á la edad de cincuenta y seis años: enfermedad del corazón más bien que de otra cosa. ¡Yace sepultado en la ciudad de su muerte, Ravena! *Hic claudor Dantes patriis extorris ab oris*, Los florentinos reclamaron su cuerpo un siglo después; pero la gente de Ravena no lo quiso dar. «Aquí yazgoyo, Dante, extrañado de sus patrios lares.»

Hemos dicho que el poema del Dante era un canto: quien le llama un canto místico insondable, es Tick; y tal es literalmente su carácter. Coleridge observa, muy justamente en alguna parte de sus obras, que allí donde encontréis una sentencia musicalmente expresada, debe haber alguna cosa buena y profunda en el significado también. Porque el cuerpo y el alma, la palabra y la idea, van singularmente unidos en esto como en todo lo demás. ¡El canto: hemos dicho antes que era lo

heroico en el discurso! Todos los viejos poemas, el de Homero como todos los demás, son auténticamente cantos. Diríamos, en rigor, que todos los poemas lo son; que lo que no es *cantado*, no puede propiamente ser poema, sino un pedazo de prosa que por su dislocación llamaremos sonajera, con gran detrimento de la gramática y no poca pesadumbre del lector: esto por lo menos. Lo que nosotros necesitamos es comprender, penetrar el pensamiento que el hombre tuvo, si es que tuvo alguno: ¿por qué le habría de dislocar y convertir en sonajas, si es que le podía expresar sencillamente? Sólo cuando el corazón de aquél, es transportado, en alas de la pasión, á las regiones de la melodía, y el acento mismo de sus voces llega, según Coleridge, á convertirse por la grandeza, profundidad y música del pensamiento, en notas musicales, es cuando le podemos dar patente para rimar y cantar, llamándole poeta y escuchándole como lo heroico de los oradores, cuyo discurso es canto. Los pretendientes á esta categoría son muchos, y para el lector formal presumo sea, las más de las veces, la lectura de la rima tarea de las más melancólicas, por no decir insoportable. La rima que no tenga íntima necesidad de ser rimada, debe decirnos sencillamente, sin acompañamiento alguno de sonajas, cuál es el objetivo de sus pretensiones. Aconsejaríamos á todo hombre que *pueda* hablar su pensamiento, que en manera alguna lo cante; le haríamos comprender que en tiempos serios, y entre hombres serios, no hay vo-

cación en él, ni poca ni mucha, para cantarlo. Precisamente porque amamos el verdadero canto y lo estimamos y apreciamos como dón superior de los cielos, aborrecemos de igual manera el canto no verdadero, y le consideramos como ruido gárrulo, campana rota, cosa enteramente superflua, insincera y hasta ofensiva.

Creemos que uno de los más altos encomios que del Dante se pueden hacer, es decir que su *Divina Comedia* es, en todos los sentidos, un canto verdadero, y de los más genuinos. Su misma entonación es un *canto fermo*, una especie de canturía solemne y progresiva. El lenguaje, la misma *terza rima*, sin duda le ayudaron mucho en esto. Su lectura, á causa de cierto *lilt* (1) ó sonsonete ligero, es sumamente agradable; lo que no podía ser de otra manera, porque la esencia y materia del asunto son por sí solas la esencia misma de la cadencia y el ritmo. Su misma sinceridad, con la profundidad y arrobamiento de la pasión, convierte el poema en una obra perfectamente musical. Reina en todo su conjunto un espíritu de íntima y verdadera simetría, que solemos llamar arquitectural armonía, porque todo está ajustado y proporcionado con la mayor exactitud arquitectural; porque de igual manera participa del carácter y genio de la música. Los tres reinos,

(1) Voz inglesa, local, no general. Significa cantar ó jugar alegremente, Ejecutar algo con maña ó destreza.

(N. del T.)

Infierno, Purgatorio, Paraíso, se están mirando frente á frente uno de otro, como compartimentos de un grande edificio; un templo inmenso, infinito, sobrenatural, que se os presenta llenándose de asombro por lo tremendo y severo de su grandeza: ¡el mundo de las almas de Dante! En el fondo, en el más sincero de todos los poemas, la sinceridad en esto, como en todo lo demás, viene á ser la medida del verdadero mérito. Procedía de lo más hondo del corazón del autor, corazón de todos los corazones, que se va profundamente internando á través de los siglos en lo más hondo del nuestro. La gente de Verona, cuando le veía por la calle, solía decir: *Eccovi l'uom ch' è stato all' Inferno*. «¡Ahí va el hombre que estuvo en el Infierno!» Sí, por cierto: en el infierno; en muchos infiernos; entre las más amargas experiencias, decepciones y pesadumbres infinitas; las mismas amarguras por las que han tenido sus iguales que pasar seguramente. Las comedias que llegan á ser *divinas*, no lo llegan á ser de otra manera. El pensamiento, todo trabajo verdadero, sea del género que fuere, hasta la virtud más sublime, ¿no son acaso fruto, productos del dolor? ¿Nacidos, como si dijésemos, del fondo de las tempestades? El verdadero esfuerzo, en realidad, ¿no es como el cautivo que lucha por la libertad? Tal es el pensamiento. De todas maneras no podemos llegar á ser perfectos sino por medio del *sufrimiento*. Y volvemos á decir que de todas cuantas obras conocemos, no hay ninguna tan ela-

borada como la de este Dante. Parece como fundida en el horno más encendido de su alma. Durante muchos años le redujo poco menos que á los huesos. No el conjunto general de la obra solamente, sino que todas y cada una de sus partes han sido trabajadas con el más ardiente celo y delicada solícitud, hasta convertirlas en verdad y virtualidad visibles. Todas las partes se corresponden mutuamente, ajustándose cada una al lugar que le corresponde; ni más ni menos que un mármol cuidadosamente cortado y pulimentado. Es el alma del Dante, y dentro del alma del Dante, el alma de la Edad Media, convertida desde entonces, y por virtud del ritmo, en alma inmortal y visible para todas las edades. No trabajo ligero, sino intensísimo: trabajo que al fin y á la postre está *hecho*.

Quizás se podría decir que el carácter preeminente y que prevalece en el genio del Dante y que por completo le domina y le señorea, es la *intensidad* con todo cuanto á esta cualidad eminente se refiere. El Dante no se nos presenta inspirado por un espíritu vasto y eminentemente católico, sino más bien influido y dominado por el espíritu estrecho del sectario: lo que muy bien se podría atribuir en parte á la influencia de los tiempos, la educación y situación de su persona, pero en parte también á la natural disposición de su carácter. Su grandeza bajo todas las formas y sentidos vino á reconcentrarse dentro del énfasis fogoso y vehemente y la profundidad insondable.

Él es grande como el mundo, no por tener la amplitud, sino la profundidad del mundo. A través de todos los objetos él penetra, por decirlo así, hasta llegar al corazón del Sér. Yo no conozco nada tan intenso como el Dante. Considerad, por ejemplo, comenzando por las manifestaciones más superficiales de su intensidad, considerad de qué manera se sirve de la palabra para pintar. Su facultad de visión es grande; sorprende la verdadera imagen de una cosa y os la presenta tal cual es, y nada más. Recordaréis aquella su primera perspectiva de Dite, la ciudad infernal, rojos pináculos de mezquitas forjadas de candente hierro (1); alumbrando con su fulgor siniestro las tristes sombras de aquella inmensa soledad; ¡tan viva, tan distinta y visible de una vez para siempre! Este es un emblema del genio del Dante. Hay en él tal concisión, exactitud tan sorprendente, que el mismo Tácito no le gana en estas cualidades: y luego en el Dante son como una condensación, una espontaneidad naturales en el hombre. Una palabra de efecto, y luego una pausa, y nada más. Su silencio es más elocuente que las palabras. Es singular la gracia con que se apodera de la verdadera semejanza de un objeto: parece como que le penetra con una pluma de fue-

(1)

. . . . già le sue meschite.
 Là entro certo nella valle cerno,
 Vermiglie, come se di fuoco uscite
 Fossero.

(N. del T.)

go. Plutón, el fanfarrón gigante, cae postrado con la reprehensión de Virgilio, «como las hinchadas velas roto de repente el mástil (1)». O aquel pobre Brunetto Latini con el *cotto aspetto* rostro cocido, tostado, oscuro y flaco; y la nieve de fuego que cae allí sobre ellos; ¡una nieve de fuego sin viento; lenta, pausada, inacabable! O las tapas de aquellas tumbas: sarcófagos cuadrados en aquella mansión ardiente, oscura y silenciosa; tormento cada una de un alma; con las tapas abiertas y que no se cerrarán hasta el último día del juicio final: ¡toda una eternidad! ¡Y luego, aquella Farinata que se alza, y aquel Cavalcante que cae al oír hablar de su hijo, con aquella voz de pretérito: fué! En el Dante, hasta los movimientos tienen algo de conciso, rápido, decisión casi militar. Esta manera de pintar procede de lo más íntimo de la esencia de su genio. La fogosa y ligera naturaleza italiana del hombre tan silenciosa y apasionada, con sus movimientos rápidos y abruptos; pálidos y silenciosos furoros, hablan por sí mismos en todas estas cosas.

Porque, aunque esto del pintar es una de las manifestaciones más externas del hombre, procede, sin embargo, así como todo lo demás, de la facultad esencial, en él dominante; es la nota fisiológica de todo el hombre. Dadme un hombre

(1)

Quali le gonfiate vele
Poichè l'alber fiacca.

(N. del T.)

cuyas palabras os pinten una semejanza, y habréis hallado un hombre que vale alguna cosa; notad su manera de hacerlo, como muy característica del hombre. En primer lugar, no habría de ninguna manera podido distinguir el objeto ó ver su raíz vital, á menos que él no hubiese, según se suele decir, *simpatizado* con el objeto, unido en sí simpatía que conferir á los demás objetos. Tuvo también que ser sincero en el estudio del asunto; sincero y simpático: un hombre sin mérito no puede daros la semejanza de cosa alguna; sobre todo cuanto le rodea no tiene fundamento alguno en que apoyarse, á no ser las exterioridades y apariencias engañosas del sofisma, la trivialidad y el rumor vano. ¿No se podría decir, con fundamento de verdad, que la inteligencia se da á conocer enteramente por medio de esta facultad de discernir lo que son los objetos de por sí individual y colectivamente? Sean las que fuesen las cualidades intelectuales de un hombre, no se podría conocer de otra manera. ¿Hay en los asuntos de la vida algún negocio que solventar? El hombre de talento es el que descubre el punto esencial de la cuestión, y deja lo demás á un lado como cosa innecesaria: el talento aquí del hombre de negocios es el que descubre la verdadera *semejanza* de la cosa que trae entre manos, no la falsa y la superficial. ¡Y cuánta *moralidad* hay en la clase de conocimiento que alcanzamos de cualquier cosa; viendo el ojo en todas las cosas lo que consigo trajo la facultad de ver! Para el ojo vulgar, todas

las cosas son triviales, como lo son amarillas para el icterico. Nos cuentan los pintores que Rafael es además el mejor de los retratistas. No hay ojo, por perspicaz que sea, que agote toda la significación de un objeto. En la más común y vulgar fisonomía hay más de lo que al mismo Rafael sea posible trasladar al lienzo.

Las descripciones del Dante, no sólo son gráficas, concisas, verdaderas con la impresión que os causaría un incendio en noche tenebrosa; consideradas bajo un criterio más amplio, son nobles en todas y cada una de sus partes como el producto de una grande alma. Francesca y su amante, ¡qué es lo que no hay en este episodio! Algo como tejido con los colores de todos los iris en un fondo de eterna oscuridad. Algo así como una voz suavísima de instrumento dulcísimo que llega hasta nuestros corazones como un lamento de infinita tristeza. ¡Un sentimiento de mujer al mismo tiempo: *della bella persona, che mi fu tolta*: ¡y cómo aún, en aquel lugar de tormentos, existe el consuelo de que él jamás se apartará de su lado! ¡Qué tragedia tristísima en estos *alti guai*! ¡Y como los vientos los recogen entre sus nubes atormentadoras y se los llevan por aquel *aer bruno*, para ser repetidos de nuevo eternamente! ¡Cosa singular! El Dante era el amigo del padre de esta pobre Francesca: la misma Francesca, cuando niña inocente, se sentó alguna vez en las rodillas del poeta. Compasión infinita, pero ley también infinitamente rigurosa: tal es la Naturaleza; y así la

comprendió el Dante. ¡Cuán pobre y miserable idea la de que esta *Divina Comedia* no es más que un desdichado y esplenético libelo, impotente y terrestre, sin otro objeto que el de meter en los infiernos á aquellos de quienes el poeta no se puede vengar en la tierra! Supongo que si jamás en el corazón de un hombre pudo existir la compasión, la compasión sublime y tiernade una madre, este corazón fué el del Dante. Pero el hombre que no conoció el rigor, no puede conocer la compasión tampoco. Este noble sentimiento vendrá á ser en él cobardía, egoísmo, sentimentalismo ó cosa poco mejor. No conozco en el mundo amor igual al de este Dante. Es un cariño, un amor compasivo, tímido á la vez que vehemente: como el suspiro quejumbroso de las arpas eólicas, suave, suave; como el del inocente corazón de un niño; y luego aquel austero, triste y llagado corazón! Aquella su ansiedad por ver á su Beatriz: su encuentro en el *Paraíso*: su embebecimiento en la contemplación de la pureza de sus ojos transfigurados; de los ojos de aquella tantos años purificada por la muerte, y de él tan lejos separada: nosotros lo comparamos al canto de los ángeles; entre las manifestaciones de amor, una, tal vez, de las más puras que jamás salieron del alma humana.

En cuanto á lo *intenso*, Dante lo es en todas las cosas: ha penetrado dentro de la esencia de todas. Su penetración intelectual como pintor descriptivo, y á veces también como razonador, no es más

que el resultado de todas las demás especies de intensidad. Sobre todo, debemos llamarle moralmente grande: este es el principio de todo. Su desdén y su dolor son tan trascendentales como su amor; porque, en verdad, ¿qué son ellos más que el *inverso ó converso* de su amor? *A Dio spiacenti ed a nemici sui*. Aborrecidos de Dios y de los enemigos de Dios: desdén sublime, silencioso, implacable de aversión y reprobación: *Non ragionam di lor*. No hablemos de ellos: miremos y pasemos. O esta otra: No tienen esperanza de morir: *Non hanno speranza di morte*. Un día despertó en su destrozado corazón el pensamiento austeramente benigno de que él, Dante, á pesar de todas las desgracias y miserias que le agobiaban, tenía la seguridad de *morir*; que el mismo destino no tenía poder de sentenciarle á no morir. Tales son las palabras que hay en este hombre. Respecto al cielo, á la flexibilidad y penetraei6n profunda, no hay con quien compararle en los tiempos modernos; para encontrar su igual tendríamos que remontarnos á los tiempos bíblicos y vivir con los antiguos profetas.

No estamos conformes con gran parte de la crítica moderna en sus preferencias del *Infierno* sobre las otras dos partes de *La Divina Comedia*. Estas preferencias pertenecen, según imaginamos, á la escuela sentimentalista byroniana, llamada á desaparecer probablemente de entre nosotros. El *Purgatorio* y el *Paraíso*, especialmente el primero, se podría casi decir que es todavía más

excelente que el *Infierno*. Noble cosa es aquel *Purgatorio*; montaña de purificación; emblema de la concepción más noble de aquellos tiempos. Si el pecado es tan fatal y el infierno tan riguroso y tremendo, también encuentra el hombre su purificación en el arrepentimiento; el arrepentimiento es el grande acto del cristianismo. Es hermosa la manera con que el Dante lo describe. El *tremolar dell'onde*, aquel tremor de las olas con la impresión de la primera luz de la aurora, alborando á lo lejos sobre los dos viandantes solitarios, viene á ser como la representación de un cambio de naturaleza. Ahora amanece la esperanza; la esperanza que nunca muere, ni acompañada de las más duras calamidades. La oscura morada de demonios y reprobados queda debajo de nuestras plantas; un hálito de suavísima penitencia se remonta y sube hasta el trono de la misericordia misma. “¡Rogad por mí!, exclaman todos á una los habitantes de aquel monte de dolores. “Decid á mi Giovanna que ruegue por mí, á mi hija Giovanna; creo que su madre ya no me ame.” Y siguen trepando penosamente por aquellas escarpadas montañas, encorvados como cariañidos de un edificio; algunos de ellos, opresos y aplastados por el pecado del orgullo; pero con todo, en el transcurso de los años, de los siglos y de innumerables edades, habrán alcanzado la cumbre ó puerta del cielo, donde serán por la misericordia admitidos. La alegría de todos cuando uno consigue entrar: toda la montaña se

conmueve de gozo; y un himno de alabanza se deja oír por todas partes cuando un alma, purificada por medio del arrepentimiento perfecto logra dejar tras sí toda mancha de pecado. Yo, llamo á todo esto la noble encarnación de un pensamiento noble y verdadero.

En verdad los tres compartimentos se mantienen y corresponden mutuamente, haciéndose indispensables uno á otro. El *Paraiso* es para mí una especie de música inarticulada, la parte redentora del *Infierno*; el *Infierno*, sin él, estaría desprovisto de verdad. Todos tres realizan el verdadero mundo invisible, simbolizado en el cristianismo de la Edad Media; una cosa para siempre memorable, y para siempre verdadera en su propia esencia para todos los hombres. Simbolismo jamás ideado en alma alguna con profundidad de verdad tan grande como en la de este Dante; poeta *enviado* para contarle y hacerlo memorable por muchos siglos. Cosa digna de notar la manera concisa y sencilla con que pasa de las realidades de esta vida, á las de la vida invisible; y cómo desde la segunda ó tercer estrofa nos encontramos en el mundo de los espíritus, y vivimos allí como entre cosas palpables, indubitables. Tales eran para el Dante el mundo real, como le llamamos, y sus hechos: no eran más que la entrada á un hecho infinitamente más alto y de otro mundo. En el fondo, el uno era tan sobrenatural como el otro. ¿No tiene cada hombre un alma? Pues él, no será solamente un espíritu,

sino que lo es. Para el Dante es todo un hecho visible; él lo cree, lo ve; y en virtud de eso, es su poeta. La sinceridad, volvemos á repetir, es el mérito redentor, ahora como siempre.

El Infierno del Dante, el Purgatorio y el Paraíso, son además un símbolo, una representación emblemática de su creencia sobre este universo: algún crítico futuro, como los escandinavos aquellos de que hablábamos el otro día, que habrá cesado enteramente de creer lo que el Dante creía, no verá en todo esto sino una alegoría: ¡y quizás una ociosa y vana alegoría! Es una de la más sublimes encarnaciones del alma del cristianismo y que nos pone de manifiesto por medio de emblemas arquitecturales y estupendos como el mundo, de qué manera este Dante cristiano llegó á comprender que el bien y el mal eran los dos elementos polares de esta creación, sobre los cuales todo gira. Que estos dos elementos difieren, no por *preferibilidad* del uno ó del otro, sino por incompatibilidad infinita y absoluta; que el uno es excelente y alto como la luz y el cielo, y el otro, horrible y negro como gehenna y el pozo del infierno. Sempiterna justicia, pero con la penitencia y sempiterna conmiseración: todo el cristianismo, según lo comprendieron el Dante y la Edad Media, está aquí simbolizado.—Simbolizado: y sin embargo, como el otro día dijimos, ¡con qué verdad de intención y cuán inconsciente de representar ningún emblema! Infierno, Purgatorio, Paraíso: estas

cosas no se hicieron para representar emblemas: ¿existió acaso en la inteligencia de nuestra moderna Europa pensamiento alguno de que fuesen emblemas de ninguna manera? ¿No eran, por ventura, hechos indudables, dignos de culto, el corazón del hombre, considerándolos prácticamente verdaderos, y la naturaleza confirmándolos en todas partes? Así sucede siempre en estas cosas. Los hombres no creen en alegorías. El crítico futuro, sea el que fuere su nuevo pensamiento, que considere este nuevo trabajo del Dante como si fuese y representase una mera alegoría, cometerá, sin duda alguna, un error lamentable. — Nosotros hemos considerado el paganismo como una expresión veraz del sentimiento ferviente y respetuoso del hombre para con el universo; veraz, verdadero antes, y no sin algún mérito todavía para nosotros. Pero notad aquí la diferencia del paganismo y del cristianismo; una gran diferencia. El paganismo, simbolizado principalmente en las operaciones de la naturaleza; los destinos, los esfuerzos, las luchas, las combinaciones y vicisitudes de las cosas y de los hombres en este mundo. El cristianismo simbolizó la ley humana del deber, la ley moral del hombre. La una para la naturaleza sensitiva y afectiva — ruda y pobre manifestación del primer pensamiento de los hombres, — la principal y reconocida virtud, el valor, la superioridad sobre el temor. La otra no pertenece á la sensitiva, sino á la naturaleza moral del hombre. Aunque sólo

fuese en este respecto, ¡cuánto progreso en esto solamente!

Así, y de manera muy singular, encontraron, como hemos dicho, diez siglos silenciosos una voz en este Dante. *La Divina Comedia* es de la escritura del Dante; pero en razón de verdad, pertenece á los diez primeros siglos del cristianismo; al Dante el artificio, el trabajo y la última mano. Y así sucede siempre. El artífice, el forjador, con los metales, instrumentos é ingeniosos métodos que posee, — ¡cuán poco de todo cuanto hace es propiamente su obra! — Todos los ingenios inventivos de las edades pasadas trabajan allí con él; como en verdad con nosotros todos y en todas las cosas. — Dante es el vocero, el orador, el cantor y la palabra de la Edad Media; el pensamiento en que vivieron está aquí entre nosotros, interpretado en notas musicales impercederas. Estas sublimes ideas tuyas, hermosas y terribles, son el fruto de las meditaciones cristianas de todos los hombres buenos que le habían precedido. Preciosos ellos; ¿pero no es él también precioso? Muchas cosas, si él no hubiera hablado, habrían permanecido mudas; no muertas, pero sin voz.

Además, ¿no es acaso este canto místico la manifestación á la vez de una de las más grandes almas y de la cosa más alta que Europa hubiese hasta entonces realizado por sí misma? El cristianismo, según la exposición del Dante, es cosa muy distinta del paganismo expuesto por la ruda inteligencia de los norsos; y muy distinto

también del cristianismo bastardo predicado semiarticuladamente en los desiertos de Arabia setecientos años antes. — La *idea* más noble, hecha hasta allí *real* entre los hombres, es ahora cantada y simbolizada por término infinito, por uno de los hombres más nobles. En uno y otro sentido, ¿no tendremos nosotros motivo de estar contentos de su posesión? Calculo que ha de durar todavía largos miles de años. Porque todo lo que proviene de lo más íntimo y recóndito del alma humana, difiere enteramente de lo que proviene de su parte más superficial y externa. Esta vive la vida del día, bajo el imperio de la moda, y desaparece en la corriente de sus veleidades y caprichos; la que sale de adentro, no está sujeta á cambio alguno; lo mismo es ayer que hoy, que mañana, y que siempre. Las almas verdaderas en todas las generaciones del mundo, que estudien y consideren este Dante, encontrarán en su obra el sentimiento de un cariñoso y fraternal afecto; la profunda sinceridad de sus pensamientos, sus infortunios y esperanzas hablarán de igual manera á su sinceridad, y llegarán á sentir que este Dante era también un hermano. Napoleón en Santa Elena se entusiasmaba con la genial veracidad del viejo Homero. El más antiguo de los profetas hebreos, vestido de una manera muy diferente de nosotros, habla todavía al corazón de todos los hombres, porque su voz arranca de su mismo corazón: y éste es el secreto único de continuar largamente memorable. El

Dante, por lo profundo de la sinceridad, es también como un profeta antiguo; sus palabras, como las de aquéllos, provienen de su propio corazón. ¿Sería cosa de maravillarse si predijéramos que su poema es una de las cosas más duraderas que nuestra Europa haya hecho todavía? Porque nada hay tan duradero como una palabra verdaderamente hablada. Todas las catedrales, todas las pontificalidades, el bronce y el mármol, y todos los demás ordenes exteriores, por duraderos que sean, son cosa de un día comparados con una voz del corazón tan insondable como esta voz del Dante. Uno se siente como si ella hubiese de sobrevivir, con la misma importancia para los hombres, cuando todo lo demás haya tenido que sucumbir y convirtiéndose en nuevas y desconocidas combinaciones, y haya cesado individualmente de ser. Mucho ha hecho Europa; soberbias ciudades, grandes imperios, enciclopedias, credos, cuerpos de opinión y de costumbre: pero muy poco en la clase de pensamiento del Dante. Homero vive todavía; presente y cara á cara con cada uno de nosotros, con todas las almas nobles dispuestas á reconocerle y oírle; pero Grecia, ¿dónde está? Desolada hace miles de años; lejos de nosotros, desaparecida; un confuso montón de piedras y de escombros; pero la vida y la existencia, ausentes. Lo mismo que un sueño; ¡como el polvo del rey Agamenon! Grecia fué: Grecia, á no ser en las palabras que habló, no existe.

¿La utilidad, la necesidad ó servicio de este Dante? No nos detendremos mucho sobre su utilidad. Un alma racional que ha penetrado una vez dentro del elemento primitivo del *canto*, y aportádonos, cantando adecuadamente, algunos de sus misterios; esta alma ha trabajado en las *profundidades* de nuestra existencia, alimentando por larga serie de siglos las *raíces* vitales de todo cuanto hay de excelente en lo humano, sea lo que fuere,—y de una manera en que las *utilidades* no se podrán calcular tan fácilmente.—Nosotros no estimamos el sol por la cantidad de gas que nos ahorra; el Dante podrá ser inestimable, ó sin mérito ni valor alguno. Una observación nos permitiremos hacer: el contraste, á este respecto, entre el héroe poeta y el héroe profeta. En cien años, según hemos visto, Mahoma tuvo sus árabes en Granada y en Delhi; los italianos del Dante parecen estar todavía, con poca diferencia, donde él los dejó. ¿Podríamos decir racionalmente que el efecto del Dante sobre los pueblos fué pequeño en comparación? No tal: el campo donde trabajó fué con mucho, más reducido, pero también mucho más noble y esclarecido;—quizás no menos, sino más importante.—Mahoma dirige su palabra á una gran muchedumbre de hombres, en el toscano dialecto que á los tales se adaptaba; un dialecto plagado de inconsistencias, crudezas, delirios y desatinos: sobre las grandes masas puede él únicamente influir, y allí, con el bien y el mal extrañamente amalgamado. El Dante dirige su voz

á todo cuanto hay de noble, puro y grande, en todos los tiempos y lugares. El no envejece ni se hace obsoleto como el otro. El Dante brilla con la pureza de una estrella, fija allá arriba en el firmamento, á la cual, y en busca de luz para sí mismos, vuelven los ojos los grandes y privilegiados de todas las edades: él es la posesión, la herencia de todos los escogidos del mundo por tiempos ilimitados. Podremos muy bien decir que el Dante sobrevivirá por largo tiempo á Mahoma. Y de este modo, la balanza está de nuevo en su fiel.

Pero de todos modos, somos de parecer que ningún hombre ni trabajo de hombre alguno puedan juzgarse ni medirse por el efecto que han de causar en las gentes ó en el mundo, según suele decirse. ¿Efecto? ¿Influencia? ¿Utilidad? Haga un hombre su trabajo; el fruto está al cuidado de otro, no de él. Dará su propio fruto; bien sea transformados en tronos de califas y conquistas de la Arabia de manera que llenen todas las gacetas de la mañana y de la tarde y todas las historias, que no son otra cosa que gacetas destiladas, ó que no se manifiesten ni incorporen de ninguna manera; ¿qué viene á importar todo eso? ¡Ese no es su fruto verdadero, real! El califa de la Arabia, sólo en cuanto hizo alguna cosa, fué alguna cosa. Si la gran causa del hombre, si el trabajo del hombre en esta tierra de Dios no hallaron estímulo ni ayuda del califa de la Arabia, ¿entonces que vienen á importar todas las cimi-

tarras de que dispuso, el oro que se embolsó ni el estruendo y ruido que causó en el mundo? *El* no fué más que el ruido estrepitoso de la tormenta; en el fondo, nada absolutamente. ¡Honremos una vez más el grande imperio del silencio! ¡El tesoro ilimitado que no suena en los bolsillos ni se cuenta en la presencia de los hombres! Tal vez, de todas las cosas, la más útil que puede hacer cada uno de nosotros, en estos tiempos ruinosos.

Así como el Dante, el hombre de Italia, fué enviado á este nuestro mundo para encarnar musicalmente la religión de la Edad Media, la religión de nuestra moderna Europa, su vida íntima, así podemos decir también que Shakspeare encarna para nosotros en sus dramas la vida exterior de nuestra Europa, según existía entonces en sus Ordenes de caballeros, cortesías, humores, ambiciones y todos cuantos usos, prácticas, costumbres y maneras de pensar, obrar, mirar y considerar el mundo tenían los hombres entonces. Así como con los poemas del viejo Homero podríamos reconstruir de nuevo la antigua Grecia, así en Shakspeare y el Dante, después de miles de años, existirá todavía, visible y legible, lo que era nuestra moderna Europa en la fe y en la práctica. El Dante nos dió la fe ó alma; Shakspeare, de una manera no menos noble, nos dió la práctica. ó cuerpo. Esto último habíamos de tener también nosotros, y para ello nos fué enviado un hombre, el hombre Shakspeare. Justamente, cuan-

do aquellas costumbres de formas caballerescas y galantes, habían alcanzado su última perfección y llegado á un punto en donde no podían menos de quebrantarse y descomponerse viniendo bien lenta ó rápidamente á su disolución total, según la vemos hoy por todas partes; este otro soberano poeta, con su ojo vidente y la voz perenne de su canto, fué enviado á tomar nota de estos tiempos y costumbres para perpetuarlos en la memoria de los hombres. Dos hombres idóneos: el Dante, profundo, impetuoso y vehemente como el fuego central de la tierra. Shakspeare, vasto, sosegado, perspicacísimo como el sol, la luz superior del mundo. Italia produjo una de esas voces universales; nosotros los ingleses tuvimos el honor de producir la otra. Es por demás curiosa la manera de venir este hombre entre nosotros como si por mero accidente fuese. Tan grande, tan completo, sosegado y dueño de sí mismo es este Shakspeare, que siempre se me ocurre que á no haberle perseguido aquel hidalgo de aldea por ladrón de sus conejos y venados, ¡jamás, quizás, le hubiéramos conocido como poeta! ¡Los bosques los cielos y la vida rústica del hombre allá en Stratford hubieran sido suficientes para este hombre! Y luego aquel singular y general desarrollo y florecimiento en todas las esferas de nuestra existencia inglesa y que llamamos Era Elisabetana, ¿no vino también como de su propio consentimiento? El árbol Igdrásil florece y se marchita por sus propias leyes—demasiado profundas para

nuestro estudio.—Y, sin embargo, florece y se marchita, y cada una de sus ramas, y cada una de sus hojas están allí por leyes fijas y eternas; pero nunca falta un señor Tomás Lucy que venga á la hora señalada, á la hora convenida Cosa curiosa y no suficientemente considerada: como todas las cosas cooperan con el todo, sin que haya una hoja desprendida del árbol y pudriéndose por los caminos que no sea parte indisoluble de los sistemas solar y estelar, no hay pensamiento, palabra ni acción de hombre que no provenga de todos los demás hombres y que no trabaje influyendo más tarde ó más temprano, reconocida ó desconocidamente, sobre todos los otros hombres. Todo viene á ser como un árbol: la circulación del jugo y demás influencias y sustancias, la mutua comunicación de la hoja más indiferente con la fibra más íntima de una raíz, con todas y cada una de las demás partes grandes y pequeñas del todo. El árbol Igdrásil, que tiene sus raíces en lo más profundo de los reinos de Hela y de la Muerte, y cuyas ramas se extienden, levantándose sobre lo más alto del cielo.

En cierto sentido puede decirse que esta Era gloriosa Elisabetana, con su Shakspeare como producto y flor de todo cuanto le había precedido se debe atribuir á la influencia del Catolicismo en todo el período de la Edad Media. La fe cristiana, que fué el tema del poema del Dante, había producido esta vida práctica que Shakspeare había de eternizar en sus dramas. Porque la reli-

gión entonces, como ahora y siempre, era, es y será el alma de la práctica; el hecho vital primario en la vida del hombre. Y notad aquí, como caso curioso, que el catolicismo de la Edad Media fué abolido, en cuanto las actas del Parlamento podían abolirlo, antes que Shakspeare, su más noble producto, hubiera aparecido. Y sin embargo hizo su aparición. La naturaleza, sin consultar más voluntad que la propia, con el catolicismo ó lo que fuese necesario para el caso, envióle al mundo sin cuidarse para nada de las actas del Parlamento. Los Enriques y las Isabelas siguieron el camino de su antojo; y la naturaleza siguió también el suyo. Después de todo, las actas del Parlamento no son grancosa, á pesar del ruido que meten. O si no, ¿qué acta del Parlamento, debate ni discusión, asamblea ni tribunal del mundo, fueron los que nos trajeron este Shakspeare? ¡Ningún convite de francmasones, ni listas de suscripción, venta de fondos públicos, ni otros ruidos trompeteros de falsos ó verdaderos conatos! Esta Era Elisabetana, con toda su prosperidad y grandeza vino sin proclamas ni esfuerzo alguno de nuestra parte. Nuestro incomparable Shakspeare fué un dón gratuito, un acto voluntario de la Naturaleza; acto espontáneo, llevado á cabo en silencio y recibido de igual manera, como cosa de menor cuantía. Y sin embargo, y como si dijéramos, literalmente, una de las cosas más grandes é inapreciables. Debíamos todos parar mientes sobre esta parte de la cuestión.

La opinión que respecto á este nuestro Shakspeare solemos oír algunas veces, aunque expresada con algún exceso de idolatría, nos parece ser la verdadera; creemos que el juicio más bien fundado, no sólo de este país, sino de Europa entera, va poco á poco señalando la conclusión de que Shakspeare es el primero de todos los poetas hasta ahora; la más grande inteligencia que en los anales del mundo haya dejado recuerdos de sí mismo en los dominios de la literatura. En general, no conozco hombre alguno de facultad de visión tan grande, ni pensamiento de fuerzas tan colosales si le consideramos bajo todos sus aspectos y categorías. ¡Aquella profundidad inalterable, aquella robustez benévola y humana, aquella su alma grande verdadera y transparente, donde toda la creación, la naturaleza entera con todas las infinitas variedades de la existencia, vienen á reflejarse como en la superficie sosegada de un océano insondable! Hase dicho que en la construcción de los dramas de Shakspeare existe, aparte de las otras facultades, una inteligencia manifiesta, igual á la del *Novum Organum* de Bacon. Esto es verdad, y verdad que no sorprende á todos. ¡Verdad cuya evidencia sería más satisfactoria si alguno de nosotros probase, con los mismos materiales de Shakspeare, conseguir un resultado semejante! El edificio entero parece todo él tan completo; todas las partes ajustadas de tal manera á sus respectivos lugares, como si allí estuviesen por su propia ley y la misma naturaleza de las

cosas — que llegamos á olvidar el primitivo y común desorden, y la procedencia del material.— La misma perfección de la obra, como si fuese producto de la naturaleza, encubre el mérito del artífice. Por esta sola razón podríamos llamar perfecto á nuestro Shakspeare, mucho más perfecto que ningún otro hombre: él distingue, conoce como por natural instinto las condiciones de su trabajo, la calidad del material, y sus propias fuerzas en proporción relativa con todo lo demás. No basta con una superficial y pasajera mirada, sino el conocimiento clarísimo y estudio deliberado de todo el asunto: un ojo despejadísimo, *vidente*; una grande inteligencia, en fin. No hay mejor medida para juzgar del mérito literario de un individuo, que el detenido examen, en virtud del diseño y distribución artística de todas las partes, del cuadro general que nos presente en la narración de algún grande acontecimiento del que haya sido testigo. ¿Cuáles circunstancias son esenciales, y cuál el lugar prominente que les corresponde y cuáles no lo son y deben ser descartadas; dónde el verdadero principio, la serie sucesiva y ordenada, y el término verdadero de la acción? Para venir en conocimiento de todo esto, necesitáis extremar toda la fuerza intelectual que hay en el sujeto. Este, en primer lugar, necesita *comprender, entender* la cosa; y conforme á la capacidad de su *comprensión*, de su entendimiento, tal será la idoneidad de su respuesta. Así le examinaréis. ¿Se acomodan las cosas de manera

que cada cual se ajuste á su semejante, las iguales con sus iguales? ¿Se agita en medio de aquel tumulto el espíritu de método de manera que de entre aquella confusión resulte el orden? ¿Puede el hombre decir *Fiat lux*, «sea la luz,» y de entre el caos y las tinieblas aparezca un mundo? Precisamente, y conforme á la luz que haya en él, conseguirá realizar todo esto.

Donde Shakspeare es verdaderamente grande, como ya dijimos otras veces, es en aquel arte suyo de retratar y representar los hombres y las cosas: especialmente los hombres. Aquí es donde la grandeza del hombre se nos presenta de una manera decisiva y sin competencia. No tiene ejemplo la perspicacia creadora, serena y fecunda de Shakspeare. La cosa que él mira no revela esta ni aquella forma particular, sino todo el conjunto hasta el fondo del corazón, con sus más ocultos arcanos; parece como que se disuelve en luz á su presencia para sorprenderle mejor con la perfección de su estructura. Creativo dijimos: la creación poética, ¿qué otra cosa es sino el dón de *ver* también el mismo objeto suficientemente? La *palabra* que le ha de representar procede de su misma claridad intensísima. Y al mismo tiempo la *virtud* de Shakspeare, su valor, su candor, su tolerancia, su misma veracidad; toda la grandeza, toda la fuerza victoriosa que triunfa y atropella por todas las dificultades y obstrucciones, ¿no están acaso visibles aquí también á los ojos de todo el mundo? ¡Grande como el mundo! No *corvo*

y pobre espejo, cóncavo-convexo, reflejando todos los objetos con sus mismas concavidades y convexidades, sino un espejo más bien perfectamente *plano*, es decir, si lo queremos comprender, un hombre justamente relacionado con todas las cosas y con todos los hombres: un hombre bueno; *vir bonus*. Es un espectáculo verdaderamente imponente la manera con que esta grande alma se apodera de todas las especies de hombres y de objetos, un Falstaff, un Otelo, una Julieta, un Coriolano, y os los presenta á los ojos en todo su acabamiento y omnímoda perfección: amante, justo; el verdadero hermano de todos. El *Novum Organum*, con toda la inteligencia y de más grandes facultades de Bacon, son cosa muy pobre en comparación de éste; de un orden enteramente distinto, muy secundario; perteneciente á la tierra, cosa enteramente material. Entre los modernos no hallamos, en rigor, casi nada que se le acerque. Sólo Goethe, desde los días de Shakspeare, nos le hace recordar. De él podéis decir también que vió el objeto; podéis decir lo que dice él mismo hablando de Shakspeare: «Sus caracteres son como los relojes con muestras de transparente cristal; señalan las horas como todos los demás, y os muestran el mecanismo interno al mismo tiempo.»

¡El ojo videntel Este es el que pone de manifiesto la íntima armonía de las cosas; lo que la naturaleza quiso dar á entender; la idea musical por ella oculta en estas con frecuencia rudas é incul-tas incorporaciones. ¡Ella alguna cosa quiso dar

á entender! Para el ojo vidente, esta alguna cosa no pasa inadvertida. ¿Son, por ventura, cosa humilde, baja, vil y despreciable? Podéis reir ó llorar, según os plazca; podéis en cierto modo, de una ú otra manera, relacionaros genialmente con ellas; podéis, á todo más, callar la boca, sufrirlas, manteneros en paz con ellas, volverles la espalda, lo mismo los unos que los otros, hasta que suene la hora de acabar con ellas, de exterminarlas prácticamente! En el fondo es el primer dón del poeta, como lo es de todos los demás hombres, que haya intelecto, entendimiento bastante. Si lo tiene, será poeta; un poeta en la palabra; ó alguna cosa tal vez mejor, un poeta en acción. Si escribe, fuere de la manera que fuere y en tal caso si ha de ser en prosa ó en verso, dependerá de las circunstancias: ¿quién sabe de qué circunstancia sumamente frívola, sumamente accidental tal vez la de haber tenido un maestro de canto, y haberle enseñado á cantar cuando muchacho! Pero la facultad que le habilita para conocer la parte interior de las cosas y la armonía que en ellas reside (porque todo cuanto existe lleva en sí espíritu de armonía ó de otro modo no podría existir), no es el resultado de la costumbre ó del accidente, sino dón de la misma naturaleza: ¡la esencial facultad del hombre heroico donde quiera que fuere y estuviere! Al poeta, como á todos los demás, le decimos, en primer lugar y sobre todas las cosas: *ved.* ¡Si no podéis hacerlo, si no podéis ver, no hay para qué seguir

barajando consonantes, ni concertando sensible-rías, ni llamándose poeta; porque en estas condiciones no hay esperanza para vosotros, hermanos. Si podéis, hay, bien en prosa, bien en verso, en acción ó en especulación, toda suerte de esperanza. El viejo maestro de escuela que murió de un enojo, acostumbraba preguntar, cuando le traían un muchacho: «¿Pero estáis seguros de que no es un borrico?» Porque, realmente, se podría hacer la misma pregunta respecto de cualquiera que se nos propusiera para desempeñar cualquier destino, y considerarla como pregunta sumamente necesaria: ¿Estáis seguros de que *no es un borrico*? No hay en este mundo persona más fatal.

Porque en verdad os decimos que, conforme al grado de visión que haya en un hombre, tal será la correcta medida de ese hombre. Si se nos llamase á dar una definición del talento de Shakspeare, diríamos: superioridad de *intelecto*, y creeríamos que con esa palabra lo habíamos dicho todo. ¿Qué son, en verdad estas cosas que llamamos facultades? Hablamos de facultades como si fuese de cosas distintas, cosas separables; como si un hombre, un individuo tuviese inteligencia, imaginación, fantasía, etc., etc., de la misma manera que tiene manos, pies y brazos. Este es un error capital. Y volvemos á decir: se habla comunmente de la naturaleza intelectual de un hombre, y de su naturaleza moral como de cosas divisibles y que existiesen separadamente. Las necesidades del lenguaje prescriben quizás estas formas de expre-

sión: necesitamos hablar, bien lo veo, de esa manera, si es que hemos de hablar de cualquier modo. Pero no debemos transformar las palabras de suerte que lleguen á tomar la consistencia de las cosas mismas. Por este medio, nuestras nociones sobre la materia están completamente falsificadas: tal es nuestra aprensión. Debiéramos saber, además, y no olvidarlo nunca, que en el fondo estas cosas no son más que *nombres*; que la naturaleza espiritual del hombre, la fuerza vital que en él reside, es esencialmente una é indivisible; que lo que nosotros llamamos imaginación, fantasía, inteligencia y todo lo demás, no son cosa distinta, sino formas diferentes de la misma facultad intelectual, íntima é indisolublemente unidas y fisionómicamente emparentadas de manera que, conociendo una, se conocen todas las demás. La moral misma, lo que llamamos la cualidad moral de un hombre, ¿qué viene á ser sino otro *lado* de la misma fuerza vital por cuyo medio él es y obra de conformidad? Todas las acciones del hombre son esencialmente fisionómicas. Podríais conocer de qué manera un hombre pelearía, por el modo que tiene de cantar; y juzgar de su valor por la misma palabra que pronuncia, por la misma opinión que se ha formado, no menos que por la manera de dar un golpe ó manejar un palo. El no es más que *uno*; y no hay más medio de conocerle, á no ser por estas manifestaciones de sí mismo.

Un hombre sin manos puede todavía hacer uso

de los pies, puede andar; pero tened presente que sin moralidad ¡la inteligencia le sería imposible; á un hombre completamente inmoral le sería absolutamente imposible tener conocimiento de cosa alguna! Para conocer una cosa, lo que podemos llamar conocer, un hombre necesita primero de todo, *amar* la cosa, simpatizar con ella, estar moralmente relacionado con ella. Si no estuviere animado del espíritu de justicia y dispuesto á sacrificar su amor propio y egoísmo á todo instante; si no tuviera el valor de afrontar toda clase de peligros por amor á la verdad abandonada y abatida, ¿cómo podrá conocer? ¿cómo podrá saber? Sus virtudes, todas sin excepción, yacerán archivadas en el protocolo de su inteligencia. La naturaleza, con todos sus secretos y verdades, permanecerá para siempre para el malo, para el egoísta, para el cobarde y el pusilánime, un libro cerrado con cien candados. Lo que los tales puedan alcanzar de la naturaleza es insignificante, vil, superficial, muy poca cosa; apenas si para atender á las necesidades del día meramente. ¿Pero no conoce hasta la misma zorra alguna cosa también de la naturaleza? ¡Cierto que sí! ¡Sabe perfectamente dónde anidan los gansos! La humana vulpeja, en todas las partes del mundo, ¿sabe acaso otra cosa que la que acabamos de decir de la otra especie? ¡No sólo esto, sino que debiera considerarse que si la zorra no tuviese cierta *moralidad* vulpina, jamás daría con los gansos, jamás sabría dónde anidaban! Si se entretuviese malgastando

tristemente el tiempo en atrabiliarias y esplénicas reflexiones sobre la amarga situación de su miserable estado, los desfavores, lo mismo de la fortuna que de la naturaleza y de otras vulpejas de todo género y especie; si careciese de valor, resolución, vigilancia y sentido práctico con todas las demas gracias y talentos vulpinos, que se deje de historias: no cazará gansos. Podemos decir también del zorro que su moralidad y su ciencia son de las mismas dimensiones; diferentes caras de la misma interna unidad de la vida vulpina. Importa que se tome nota de todas estas cosas, porque las que les son contrarias trabajan en su daño con muy desastrosas consecuencias en estos tiempos de perversión: con qué limitaciones y modificaciones, lo suplirá vuestro propio candor.

Si, por lo tanto, dijeseamos que Shakspeare es la más grande de las inteligencias, habríamos dicho todo cuanto hay que decir á su respecto. Pero en la inteligencia de Shakspeare se encierra más de lo que nosotros hemos podido descubrir en ella hasta ahora. Es lo que yo llamo una inteligencia inconsciente; hay en ella más poder de lo que él mismo sospecha. Novalis observa hermosamente que sus dramas son también productos de la naturaleza y profundos como la misma naturaleza. El arte de Shakspeare no es artificio; su mérito más noble no está allí por arte de inventiva ni artificio; procede de las profundidades de la naturaleza, por medio de esta alma noble y sincera, que es también una voz de la naturaleza. Las úl-

timas generaciones encontrarán en este Shakspeare nuevos significados, interpretaciones nuevas respecto á sus personas y humana naturaleza; "nuevas armonías con la infinita estructura del universo; conformidad con las más recientes ideas y afinidades con los poderes más altos y los sentidos más altos de los hombres." Esto merece bien la pena de que se medite un poco. El más alto galardón que la naturaleza puede otorgar á un alma grande, verdadera y sencilla, es el de que llegue á ser en cierto modo *una parte de ella misma*. Las obras de un hombre semejante, fuere no importa que lo que él, con la premeditación y selección más conscientes y extremadas, tuviere que realizar, brotan, como todo lo demás, inconscientemente, de las inexploradas profundidades de su alma;—ni más ni menos que la encina del seno de la tierra, como se forman y agrupan las montañas y las aguas; con una simetría fundada en las propias leyes de la naturaleza, y conforme á toda verdad, fuere del orden que fuere. ¡Cuánto hay aún oculto en este Shakspeare! Sus pesares, sus luchas y silenciosos esfuerzos, de él sólo conocidos; mucho, jamás de nadie conocido, ni capaz de expresión siquiera; bien como las raíces, como el jugo, como todas las demás fuerzas que trabajan subterráneamente. Grande es el discurso; pero más grande el silencio.

Digna de notar al mismo tiempo la jovial tranquilidad de este hombre. No censuremos á Dante ni por su pobreza, ni por sus infortunios:

fué la suya una batalla sin victoria; pero verdadera batalla, primera, indispensable condición. Sin embargo, tengo á Shakspeare por más grande que el Dante, porque luchó también verdaderamente, y conquistó además. No lo dudéis: él tuvo sus pesares. Aquellos *sonetos* suyos dan testimonio expreso de las aguas profundas que tuvo que atravesar, luchando por la vida á brazo desnudo; — ¿á cuál de sus iguales faltaron jamás estos trabajos? Tuve siempre por muy irreflexiva aquella opinión, muy común entre nosotros, que le compara á un pájaro posado en la rama de un árbol, cantando libre y á capricho, sin conocer jamás las miserias y trabajos de los demás hombres. ¡No tal! No hay hombre, lo que se llama un hombre, de quien se pueda decir eso. Porque ¿dónde está el individuo que atravesara el calvario de la vida, desde rústico carnicero y ladrón de conejos, hasta llegar á la cumbre más sublime de los Eurípides y los Sófocles, sin que en la ruta le asaltaran trabajos y pesadumbres sin número? O, todavía mejor: ¿Dónde está el hombre, ó cómo podría un hombre representarnos al vivo un Hamlet, un Coriolano, un Macbeth y tantos otros trabajados y heroicos corazones, si el suyo propio no fuese heroico, no hubiese jamás sufrido? — ¡Y ahora, en contraste con todo esto, notad su jovial regocijo y amor de la risa! Pasión sin mezcla, espontánea, que se desborda y os inunda á todos. Diríais que en ninguna cosa exagera, sino en la risa. Duras, vehementes increpaciones; pa-

labras que os penetran como un cuchillo, que os queman como un tizón encendido: todo esto, y más, hallaréis en Shakspeare; pero aun en esto, sin salirse de los límites de la razón, siempre dentro de lo conveniente y racional; jamás, lo que Johnson, en su lenguaje especial, calificaría de un "buen aborrecedor." Su risa parece como que cae á torrentes: sobre el objeto de su zumba amontona todo género de nombres ridículos; le mueve y tambalea de una parte para otra con toda suerte de juegos, de manera que la risa, aunque no siempre de lo más delicado, os domina contra vuestra voluntad. No ríe de la mera debilidad ó flaqueza, de la miseria ó pobreza; esto nunca. Ningún hombre que sepa reír, lo que llamamos saber reír, se reirá jamás de estas cosas. Esto no lo hace sino algún pobre de espíritu, que *desearía* saber reír y pasar por gracioso. La risa significa simpatía; la risa no es el chasquido desapacible del espino debajo del caldero: ni aun de la estupidez ni ridícula pretensión se ríe Shakspeare de otra manera que genial y compasivamente. Dogberry y Berges nos hacen morir de risa, y los despedimos á carcajadas, no sin buena voluntad y agradecidos del buen rato; sobre todo, buena andanza y la presidencia permanente del cuerpo de vigilantes. Esta risa nos es sumamente grata; bien como la luz del sol en las profundidades del mar.

No tenemos espacio para hablar separadamente de las obras de Shakspeare, aunque tal vez

haya mucho todavía que decir sobre este punto. ¡Si tuviésemos todos sus dramas revistados de la manera que lo está *Hamlet* en *Wilhelm Meister!* Cosa que esperamos será hecha algún día. Augusto Guillermo Schlegel tiene una observación referente á sus dramas históricos, *Enrique Quinto* y los demás, y que vale la pena recordar. Schlegel los califica de poema épico nacional. El célebre general Marlborough, como bien recordaréis, solía decir que no sabía más historia inglesa que la que había aprendido en Shakspeare. Y en verdad que hay, si bien lo consideramos, pocas historias tan memorables. Sus puntos más prominentes están admirablemente escogidos; todo lo demás se va acomodando hasta formar un todo coherente, rítmico y perfecto; ó como Schlegel lo llama épico;—como lo son en verdad todas las concepciones de los grandes pensadores. Hay en esos dramas rasgos bellísimos que, juntos, forman un hermosísimo cuadro. La batalla de Azincourt me sorprende como una de las cosas más notables en su género que se hallen en ninguna otra parte de Shakspeare. La descripción de los dos ejércitos; los ingleses cansados y desanimados; la hora temible; preñada de desastres y de presentimientos fatídicos antes de comenzar la batalla; y luego, aquella alocución inmortal: “¡ Vosotros, hombres buenos, cuyos miembros fueron forjados en Inglaterra!” Respira en todo esto un noble patriotismo, muy distinto de la indiferencia que se atribuye á Shaks-

peare no pocas veces. Un verdadero corazón inglés alienta robusto y tranquilo por todo el discurso; y, lo que vale más, no ruidoso, hinchado ni declamatorio. Hay en él un sonido como del choque de los aceros. En este hombre se encerraba todo cuanto constituye el héroe verdadero.

También diremos que las obras de Shakspeare no nos dan generalmente una idea completa de su autor; ni aun siquiera tan completa como la que tenemos de muchos hombres. Sus obras son como otras tantas ventanas, por donde podemos obtener un vislumbre del mundo que existía dentro de aquel hombre; todas sus obras parecen, comparativamente hablando, descuidadas, imperfectas y como escritas bajo la presión de las circunstancias; sólo aquí y allí, una nota que viene á darnos una verdadera expresión del hombre, una revelación de su genio. Hay pasajes que os sorprenden con todos los esplendores del cielo; ráfagas de brillantísima luz que os iluminan hasta el mismo corazón del objeto, y os obligan á decir: "Esto es *verdad*, de ahora para siempre; en todo tiempo y donde quiera haya una alma humana abierta y dispuesta, eso será reconocido como verdadero." Estos mismos exabruptos, sin embargo, nos hacen sentir que no todo es excelente, relativamente hablando; que, en parte, es temporero y convencional. ¡Ay! ¡Shakspeare tenía que escribir para el teatro el Globo; su grande alma tenía que doblarse, encogerse y acomodarse á aquel molde, y no otro. Sucedió

con él ni más ni menos que lo que sucede con nosotros todos. Todos trabajamos bajo condiciones. El escultor no puede ofrecernos su pensamiento libre y espontáneo, sino acomodándolo á las exigencias del que ordena, trasladándolo á la piedra que se le dió y con las herramientas que pusieron á su disposición. *Disjecta membra* es todo lo que hallamos, lo que nos queda de todo poeta, de todo hombre.

Quien quiera que estudie á este Shakspeare con los ojos de la inteligencia, reconocerá que él también fué un *Profeta* á su manera; de penetración y espíritu proféticos, aunque en otros tonos y otras formas. Para este hombre la naturaleza era cosa también divina, inexplicable, profunda como los abismos, sublime como los cielos: «¡Nosotros somos de la materia de que se forman los sueños!» (1) Aquel pergamino en la Abadía de Westmister, que pocos leen con inteligencia, tiene la profundidad de cualquier profeta. Pero el hombre cantaba, no predicaba á no ser musicalmente. Nosotros llamamos al Dante el sacerdote melodioso del catolicismo de la Edad Media. ¿No podemos también llamar á Shakspeare el sacerdote, aún más melodioso, de un verdadero catolicismo, la iglesia universal del porvenir y de todos los tiempos? No superstición estrecha, ni asceticismo bilioso y desapacible; no intolerancia ni fanatismo feroz, ni perversión del sentido,

(1) We ase such stuff as Dreams are made of!

sino más bien una revelación de las mil y mil maravillas, de las mil y mil excelencias y hermosuras ocultas y existentes entre los pliegues y envolturas de la naturaleza. ¡Revelación que consiente á todos los hombres rendirla culto según sepan y puedan! Diríamos, sin ofensa de nadie que también de este Shakspeare se alza una especie de salmo universal, no impropio de figurar y ser oído entre los más divinos y consagrados por los siglos. ¡No en desarmonía con éstos, si nosotros los entendimos, sino en perfecta armonía! No podemos llamar á este Shakspeare un escéptico como hacen algunos extraviados sin duda por su indiferencia por las creencias y disputas teológicas de su tiempo. No: ni tampoco no patriótico, aunque habla poco de su patriotismo; ni tampoco escéptico, aunque habla poco sobre el símbolo de su fe. Esa indiferencia era fruto, además, de su magnanimidad: todo su corazón estaba dentro de la esfera universal de su propio culto (tal le llamamos); las otras controversias, esencialmente importantes para los demás hombres, no tenían importancia alguna para él.

Pero llamado culto, llamado como queráis, ¿acaso no es una cosa gloriosísima, y hasta orden de cosas, esto que Shakspeare nos ha traído? Por nuestra parte, sentimos que hay actualmente una especie de consagración en el hecho de que un hombre semejante haya sido enviado acá abajo entre nosotros. ¿No es él acaso un ojo para todos nosotros, un mensajero celestial y portador de

luz? Y en el fondo, ¿no fué acaso mucho mejor que este Shakspeare, hombre inconsciente en todos los sentidos, lo haya sido también de todo mensaje celestial? El no se sintió, como Mahoma á causa de aquella magnificencia deslumbradora dentro de sí mismo, que fuese ningún enviado especial, ningún profeta de Dios: y en esto solamente, ¿no fué él más grande que Mahoma? Mucho más grande; y también, si computamos estrictamente, como lo hicimos en el caso del Dante, más afortunado. Fué intrínsecamente un error aquella noción de Mahoma sobre la supuesta supremacía de no haber más profeta que él; error que ha llegado hasta nosotros inextricablemente envuelto en tal confusión de fábulas, impurezas, intolerancias y otras muchas cosas, de manera que viene á ser para mí en estos momentos un acto sospechoso y dado á interpretaciones tener que decir, como ya dijimos en otra ocasión que Mahoma fuese un verdadero orador y no más bien un charlatán ambicioso: ¡perversidad y simulacro; no orador, sino un hablador! En Arabia mismo, según mis cálculos, Mahoma llegará á extinguirse, á hacerse anticuado, mientras que este Shakspeare, este Dante, serán todavía jóvenes; mientras que este Shakspeare pudiera aún pretender la supremacía sacerdotal del género humano por períodos ilimitados de tiempo!

Comparado con cualquier orador ó poeta de los famosos, con Esquilo ó con Homero, por ejemplo, ¿por qué no habría él, por su veracidad y universa-

lidad, de durar como ellos? Él es sincero como ellos, y penetra tan profundamente como ellos en lo universal y perenne. ¡Pero con respecto á Mahoma le hubiera estado mucho mejor no haber sido tan consciente! ¡Pobre Mahoma! Todo aquello de que él fué consciente, no fué más que simple error, vulgarismo y frivolidad, como en verdad lo viene á ser todo lo de su especie! Lo verdaderamente grande en él fué lo inconsciente: que él era un indomable león de los desiertos de Arabia, y habló con aquella su grande voz de trueno, no con palabras que él *pensó* ser grandes sino con hechos, con sentimientos, con una historia que fueron verdaderamente grandes. Su Korán llegó á ser un conjunto estúpido de prolijos absurdos; ¡nosotros no creemos, como él, que Dios hubiese escrito eso! El grande hombre, aquí también como siempre, es una fuerza de la naturaleza: todo cuanto hay en él de grande verdaderamente, surge de las profundidades inarticuladas.

Bien: este es nuestro pobre patán del concejo de Warwich que llegó á ser con el tiempo administrador y director de un teatro, á fin de ganarse la vida sin tener que mendigar; á quien el conde de Southáampton solía dirigir algunas miradas bondadosas; y á quien el caballero Thomas Sucey (gracias le sean dadas) estaba por enviar á presidio. Mientras estuvo con nosotros no le tuvimos por un dios como se hizo con Odino; sobre cuyo punto habría mucho que decir. Pero yo diré, ó más bien repetiré: á pesar del triste estado en

que se halla ahora el culto á los héroes, considerad lo que ha llegado á ser actualmente entre nosotros este Shakspeare. ¿Qué inglés que nosotros hayamos jamás hecho en esta nuestra tierra; qué millón de ingleses no daríamos antes que desprendernos de este rústico de la aldea de Stratford? No nos desprenderíamos de él ni por un regimiento de los más altos dignatarios de la nación. Él es la cosa más grande que nosotros hayamos hecho todavía. Por nuestro propio honor entre las naciones del mundo, como un ornamento de hogar de nuestras familias inglesas, ¿qué cosa hay que nosotros no cediéramos, antes que á él? Considerad ahora si se nos llegase á preguntar: ¿Queréis abandonar vuestro Imperio de la India ó vuestro Shakspeare; preferiríais no haber tenido nunca un Imperio en la India ó no haber tenido nunca un Shakspeare? Realmente sería ésta una pregunta grave. Las personas que ocupasen puestos oficiales contestarían en lenguaje oficial; pero nosotros, por nuestra parte, también nos veríamos obligados á responder: ¡Con ó sin Imperio de la India nosotros no podemos prescindir de nuestro Shakspeare! ¡El Imperio de la India se irá de todos modos cualquier día; pero este Shakspeare no se va: permanecerá para siempre con nosotros; no podemos desprendernos de nuestro Shakspeare!

Además, y aparte de todo espiritualismo, y considerándolo meramente como una posesión tangible, negociable y realmente útil: Inglaterra

antes de mucho, esta isla nuestra, llegará á contener solamente una pequeña fracción de la familia inglesa: en América, en Nueva Holanda, al Oriente y al Occidente hasta los mismos antípodas, se levantará un anglosajonismo llenando las más grandes partes del globo. Y ahora, ¿qué es lo que puede mantener todas estas partes unidas, formando virtualmente una nación, de manera que no riñan y peleen, sino que vivan en paz, comunicándose familiar y fraternalmente, ayudándose los unos á los otros como miembros de una gran familia? Esto está considerado justamente como el problema práctico más grande, el asunto que toda clase de potestades, soberanías, y gobiernos están llamados á solventar, á realizar aquí: ¿qué es, ó dónde está el que ha de llevar á cabo esta grande empresa? Las actas del Parlamento, los primeros ministros de la administración no pueden. América se ha separado de nosotros todo cuanto pudieron separarla los poderes y actas del Parlamento. No lo calificuéis de fantástico, porque hay en ello una gran realidad. Aquí, decimos nosotros, está un rey inglés, á quien ni el tiempo, ni la suerte, ni género alguno de contingencias, ni el Parlamento, ni combinación de Parlamentos, podrán destronar jamás. ¿Acaso este rey Shakspeare, no resplandece sobre nuestras cabezas con el lustre, los arreos y las coronas de todas las soberanías? ¿Acaso no es él el más noble, el más gentil y al mismo tiempo la más legítima esperanza de nuestra unión? Indestructible, real-

mente, más valioso desde ese punto de vista, que todos cuantos medios se imaginaren, fueren los que fueren. De aquí á mil años me lo figuro con el mismo lustre, con el mismo esplendor, dominando, como ahora, sobre todos los pueblos de la familia inglesa desparramados por el globo. Desde Paramatta, desde Nueva York, en todas partes, bajo no importa qué clase de alguacil de aldea, todo inglés, hombres y mujeres, se dirán unos á otros: «Sí, este Shakspeare es nuestro; nosotros le hemos hecho y hablamos y pensamos por él; nosotros somos de la misma sangre, de la misma raza que él». Hasta el político de cualquier categoría y común sentido podrá también, si gusta, pensar en esto.

Sí: ¡cosa grande verdaderamente para una nación esto de tener una voz articulada, que salga de su seno un hombre que pueda hablar melodiosamente lo que su corazón encierre! Italia, por ejemplo, la pobre Italia yace desmembrada, despedazada sin que aparezca su nombre en protocolo ni tratado alguno como entidad cualquiera; y, sin embargo, la noble Italia es actualmente *una*; Italia produjo su Dante; ¡Italia puede hablar! El Czar de todas las Rusias es fuerte, con número infinito de bayonetas, cosacos y dragones; y hace una cosa importante conservando políticamente unida tan gran parte de la tierra con razas tan diferentes; pero no puede hablar todavía. Algo de grande hay en él; pero una grandeza sin voz. No ha tenido la voz del genio para hacerse

oir de todos los hombres y de todos los tiempos. Necesita aprender á hablar: hasta ahora no es más que un monstruo, grande, pero mudo. Sus cañones y sus cosacos habrán desaparecido, consumidos por la herrumbre y las vicisitudes del tiempo, mientras que la voz del Dante se hará oír todavía ni más ni menos que ahora. La nación que posee un Dante está más estrechamente unida que jamás lo podrá estar una Rusia muda. Aquí debemos dar fin á lo que teníamos que decir del héroe poeta.

FIN DEL TOMO PRIMERO

Indice (tomo 1º)

Conferencias de Carlyle Pag.

Prologo de Castelar v

Introduccion de Ales (Clarín) 1

Heroe como diinidad

Odino

1-dupº

Heroe como profeta

Mahoma. - - 75

Heroes como poetas -

Dante - Shakspeare. 141

1870

1870

1870

1870

1870

1870

1870

1870

Polyplocular	V
Intercellular	1
Perforated: Odont —	1
Meloni	75
Ante Shakespeare	141



ΣΥΜΜΕΤΡΙΟΝ

2

D-1

1217